

A pregnant woman is shown from the side, wearing a vibrant green sari. Her hands are gently resting on her belly. To her left, a bouquet of white daisies with yellow centers is visible. The background is a soft, out-of-focus green, suggesting an outdoor setting. The overall mood is peaceful and hopeful.

Victoria Pade

**Proyecto
de vida**

eLit

Proyecto de Vida

Victoria Pade

4° Serie Multiautor Enfrentarse al pasado

Sinopsis

¿Qué ha sido de los antiguos alumnos de Saunders?

Ellen Gardner no iba a permitir que el fracaso de su matrimonio o ciertas dificultades médicas se interpusieran en su sueño de tener un hijo. Como fiscal, estaba más que acostumbrada a negociar para conseguir lo que quería. Por eso, cuando necesitó la ayuda del médico más buscado de la ciudad, tampoco dejó que el mal carácter de aquel tipo se interpusiera en su camino.

La inteligencia de Jacob Weber, el mejor especialista en fertilidad de Boston, sólo se veía superada por su hostilidad hacia todos aquéllos que lo rodeaban. Pero hubo una paciente que logró traspasar los muros de su arrogancia y que quizá podría llenar el vacío de su corazón...

Capítulo 1

La sala de espera de la consulta del doctor Jacob Weber era como tantas otras salas de espera. Incómodas sillas tapizadas en malva sobre el fondo verde de las paredes se alineaban en forma de herradura alrededor de una mesa de centro cubierta de revistas viejas y manoseadas. Enfrente, al otro lado de la media pared que servía de partición, la mesa de la recepcionista. Colgadas de las paredes había algunas copias enmarcadas en marcos plateados, todas ellas dibujos de flores en tonos malvas y verdes, a juego con el resto de la decoración, y en una esquina un gran helecho en una maceta de terracota.

Ellen Gardner miró a su alrededor preguntándose si había algún manual de decoración para consultas de médicos que dijera que el verde y el malva eran colores relajantes y que una planta en una esquina daba un toque más acogedor. Pero incluso si así fuera, ella no se sentía relajada ni cómoda. Y ningún decorador podía cambiar la aprensión que le dominaba ante la idea de entrar en la consulta del hombre a quien en un reciente artículo titulado *Los mejores médicos de Boston* se lo calificaba como el especialista en fertilidad más innovador y con la tasa de éxito más alta de la ciudad.

Pero Jacob Weber era su última esperanza.

Jacob Weber era tan conocido por su arrogancia y su desagradable trato como por sus excelentes resultados y la utilización de las últimas técnicas experimentales.

Claro que su actitud no era una novedad para Ellen. Los dos habían asistido a la Universidad de Saunders, y aunque Ellen había estado tres cursos por delante y nunca lo había conocido

personalmente, conocía bien la reputación de Jacob como niño rico que se consideraba superior a todos los demás y apenas se relacionaba con nadie. Además, la hermana menor de Ellen, Sara, había estado en algunas de las clases de Jacob, por lo que Ellen había oído contar un sinfín de historias, rumores y cotilleos sobre él.

Pero no estaba allí para entablar amistad con el doctor Jacob Weber, sino con la esperanza de lo que no había podido lograr en los últimos tres años: concebir un hijo.

En la sala de espera había otra mujer que, tras una breve mirada a Ellen, sacó un espejo del bolso y se retocó los labios. Ellen sólo llevaba un ligero toque de brillo de labios en tono rosado, pero no pudo evitar pensar si el gesto de la mujer se debía a algo relacionado con su propio aspecto.

Había ido a la consulta directamente desde el juzgado después de presentar una documentación sobre el caso en el que estaba trabajando, y recogió su cartera del suelo, la abrió y la utilizó para comprobar su aspecto en el espejo interior de la misma.

No, no tenía los dientes manchados de carmín, y el peinado estaba recogido; al menos no se le escapaba ningún mechón de pelo. Lo tenía rizado, muy rizado, y por eso no lo llevaba nunca muy largo. La melena corta llegaba hasta la altura de la barbilla, lo que le daba la posibilidad de recogerlo en una coleta cuando no tenía tiempo para arreglárselo más.

Tampoco usaba mucho maquillaje. Sólo colorete, rímel y un ligero toque de delineador en los ojos para resaltar el color gris claro de los mismos. Todo parecía en su sitio. Quizá llevaba la blusa manchada, pensó, moviendo brevemente la tapa de la cartera para ver el reflejo de su ropa, pero tampoco había restos de comida en la blusa blanca que se asomaba por debajo de la chaqueta abierta del traje color ciruela, ni tampoco en las solapas de seda. Una rápida ojeada hacia abajo la informó de que tampoco había nada excepcional en los pantalones de tela, así que tuvo que llegar a la conclusión de que el

gesto de la mujer no tenía nada que ver con ella.

—Ellen Gardner —llamó la enfermera desde la entrada, a la derecha de la recepción.

—Soy yo —dijo Ellen, cerrando el maletín. Tomó el bolso de mano negro de piel y se puso en pie.

—Soy Marta, la enfermera del doctor Weber —dijo la mujer, presentándose y extendiendo una mano hacia ella—. ¿Cómo está?

Ellen no quería admitir que estaba tensa, pero su voz la delató un poco al responder:

—Bien, gracias.

—Dado que hoy es su primera visita, la acompañaré al despacho del doctor. Estará con usted cuanto antes.

—Bien —dijo Ellen.

Ellen siguió a la mujer mayor a lo largo de un pasillo con varias puertas a cada lado, hasta llegar al final del mismo donde la enfermera le indicó la consulta que se veía al otro lado de la puerta entreabierta y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Pase y siéntese —le dijo.

Después la enfermera cerró la puerta y la dejó a solas.

El santuario de la bestia en persona.

Dos mujeres que trabajaban en la misma oficina que Ellen, una asistente legal y otra asistente de documentación, habían pasado por la misma consulta.

De hecho la asistente legal le había recomendado visitar al doctor Weber incluso antes de la aparición del artículo en prensa, aunque advirtiéndole sobre el difícil carácter del especialista. Sin embargo, le había asegurado que gracias al nuevo tratamiento ella se había quedado embarazada por fin tras seis años de intentos infructuosos con otros médicos.

La asistente de documentación, por otro lado, le dijo que después de un par de visitas a la consulta del ginecólogo, su esposo y ella habían decidido dejarlo: preferían seguir sin tener hijos a aguantar al

doctor.

Ahora, mientras esperaba verlo, Ellen trató de tranquilizarse y se recordó que la asistente legal estaba a punto de tener el hijo que tanto a ella le importaba.

Dejó el bolso en el suelo entre las dos sillas que había delante del espacioso escritorio de roble y abrió su maletín por segunda vez. No para mirarse en el espejo esta vez, sino para extraer la carpeta con toda la documentación e historial clínico de sus últimos dos ginecólogos. Después cerró el maletín, lo dejó en el suelo y la carpeta sobre el escritorio.

Demasiado nerviosa para sentarse, dio un paseo por el despacho, y echó un vistazo a los libros que había a la derecha de escritorio.

Sólo había libros de medicina. Después pasó detrás de la silla de piel marrón y fue hasta el enorme ventanal que daba a un extenso parque. Olmos centenarios proporcionaban una agradable sombra a los paseantes, y Ellen pensó que si fuera su despacho ella habría colocado el escritorio delante de la ventana para poder disfrutar de la maravillosa vista.

Después se acercó al lado izquierdo del escritorio, y se detuvo delante de la pared de la que colgaban los diplomas enmarcados que reflejaban la exquisita formación del ginecólogo. Había un diploma de la Universidad de Saunders, idéntico al de Ellen, y otro más de la Facultad de Medicina de Harvard, así como un certificado de su especialidad en ginecología y obstetricia, y otro en endocrinología reproductiva. Además, también había varios premios y menciones especiales de la Asociación Americana de Medicina y de otras organizaciones profesionales.

A continuación, Ellen se fijó en el sofá que había pegado a la pared, detrás de las sillas para los pacientes, y se preguntó con curiosidad por qué estaría allí.

Quizá porque la dedicación del doctor al trabajo era tan intensa que a veces dormía en su despacho, pensó Ellen. Por el artículo de la

revista sabía que no estaba casado, pero podría tener novia. Miró a su alrededor, buscando algún indicio acerca de su vida personal, pero no vio nada.

Ni fotos familiares, ni trofeos de deportes, ni nada que le diera información personal sobre el hombre, aparte de que era culto, con una gran formación y una excelente reputación profesional.

—Mucho trabajo y poca diversión... —murmuró.

En ese momento la puerta se abrió de repente y Ellen se interrumpió, sorprendida ante la brusquedad con que el hombre entró en la consulta, y sin poder evitar la sensación de que la había sorprendido haciendo algo que no debía.

Esa sensación se vio reforzada cuando el hombre alzó una ceja y le dijo burlón:

—¿Está todo a su gusto?

Quizá todo excepto él, pensó Ellen. Sin embargo, en lugar de responder al desagradable saludo, le tendió la mano.

—Me llamo Ellen Gardner —dijo, con la esperanza de que él no reconociera ni recordara su nombre, y tampoco la terrible situación en la que se había visto implicada cuando los dos eran alumnos de Saunders.

Aunque él no reaccionó en ningún sentido, y tampoco vio la mano femenina tendida hacia él porque estaba demasiado ocupado mirando la carpeta abierta que llevaba en la mano. O quizá la utilizó como excusa para no estrecharle la mano. De cualquier manera, Ellen se quedó de pie con la mano extendida mientras él rodeaba el escritorio. Y sintiéndose de lo más incómoda.

—¿Dónde está su esposo? La consulta tiene que incluirlo a él y también necesitareé su expediente clínico completo. No repetiré esta sesión dos veces,

—No tengo esposo. Estoy divorciada.

—Siéntese —ordenó él, totalmente impasible.

Sin embargo él no se sentó. Continuó de pie repasando los

documentos de la carpeta, como si fueran mucho más interesantes que ella.

Ellen empezaba a entender por qué había gente que sólo estaba dispuesta a acudir a él como último recurso. Pero ahora él era su último recurso, y se sentó en una de las sillas, tal y como él le había ordenado.

Jacob Weber continuó concentrado en la documentación que estaba viendo y ella tuvo la oportunidad de estudiarlo. Era un hombre alto probablemente mediría alrededor de un metro ochenta y cinco centímetros, de piernas largas y hombros anchos. Bajo la bata blanca llevaba unos pantalones de tela color caqui, una camisa de sport azul de cuadros y una corbata azul marino, y bajo las prendas se adivinaba un cuerpo sorprendentemente firme y musculoso para alguien que parecía pasarse todo el tiempo trabajando en una ocupación bastante sedentaria.

Estudiando por primera vez el rostro masculino, Ellen se dio cuenta de lo atractivo que era. La única foto que acompañaba el artículo sobre los mejores médicos de Boston había sido tomada de lejos y de perfil, y en ella estaba prácticamente irreconocible.

Tenía la estructura facial de un modelo masculino: mentón fuerte, mandíbulas angulosas, pómulos pronunciados y mejillas ligeramente hundidas. El labio inferior era más carnoso que el superior, pero los dos tenía una forma perfecta bajo una nariz prácticamente recta.

El pelo, de color castaño claro, aunque no largo, le daba un cierto aspecto descuidado que lo hacía más interesante. Y cuando por fin el hombre cerró la carpeta y alzó los ojos hacia Ellen, ésta vio que eran de un color azul tan oscuro que casi parecían morados.

—Historial.

Ellen tardó un momento en darse cuenta de que le estaba pidiendo su historial médico.

—Ha traído sus informes, ¿no es así? Estoy seguro de que ésas fueron las indicaciones de Bev —continuó él, en tono irritado por la

tardanza.

Bev era la recepcionista, y le había dejado claro que el doctor Weber no la aceptaría como paciente sin un historial médico completo. —Sí, me lo dijo. Están aquí —dijo ella, burlona, tomando la carpeta que había dejado sobre la mesa después de que él se sentara por fin frente a ella.

Los increíbles ojos azules volvieron a enfrascarse en los documentos clínicos, aparentemente más interesantes e importantes que ella, y Ellen aprovechó el nuevo silencio para recuperar el control de sus pensamientos. Era evidente que con aquel hombre iba a tener que andarse con mucha cautela.

—Tiene treinta y cinco años —dijo Jacob Weber después de unos minutos.

—Así es.

—Goza de buena salud.

—Sí.

—¿Toma alguna medicación?

—No.

—¿A qué se dedica?

—Soy fiscal federal.

Normalmente conocer su profesión provocaba algún tipo de reacción en su interlocutor, pero no en Jacob Weber. Éste se limitó a continuar hablando sin inmutarse.

—Tras un año de no lograr un embarazo a través de relaciones regulares sin protección, le fueron realizadas todas las pruebas pertinentes y no se descubrió ningún impedimento para la concepción. Ha seguido once tratamientos clínicos diferentes para estimular la ovulación, todos ellos sin éxito —dijo él, interpretando los informes, sin mirarla en ningún momento.

—Así es —confirmó ella.

—Veo que previamente había un esposo. Los informes de sus médicos indican que el cómputo y la movilidad del espermatozoides eran

normales en el varón. Y ahora lo ha intentado cinco veces in vitro, incluso sin marido.

—Sí.

—Y sin éxito.

—Así es.

Por fin él alzó los ojos, la miró y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Y qué espera que haga yo? ¿Un milagro?

—Si tiene uno escondido por ahí, se lo acepto —dijo ella, tratando de restar seriedad a la situación.

Pero él ni siquiera esbozó una sonrisa de cortesía. Sólo continuó mirándola.

—No espero nada —dijo ella por fin, sin saber qué más decir—. He oído que tiene una tasa de éxitos más alta de lo normal, incluso con personas que han seguido otros tratamientos. También he oído que a veces utiliza métodos poco convencionales que dan los resultados esperados en casos desesperados. Por eso estoy aquí. Estoy dispuesta a hacer todo lo que sea por tener un hijo.

—Yo diría que ya lo ha hecho todo, y no ha servido de nada.

—Motivo por el cual esperaba que usted tuviera algún método nuevo, o innovador o experimental que pudiera dar resultados positivos. También me lo sugirió mi ginecólogo. Después de cinco intentos de concepción in vitro, llegamos a la conclusión de que debíamos cambiar de método.

—¿Qué tal si el cambio es abrir los ojos al hecho de que no todo el mundo puede tener un hijo? Hay personas que tienen que aceptar su infertilidad y rehacer sus vidas.

Ellen estaba acostumbrada a digerir las brascas y desagradables respuestas de algunos jueces, y en ese momento recurrió al control que utilizaba ante un tribunal para no perder los estribos.

—Tengo una vida que me gusta —lo informó ella, en tono neutro—. Tengo mi propia casa, tengo una profesión que me gusta, tengo una excelente relación con mi hermana y su familia, tengo amigos...

Pero no he venido aquí por eso. He venido porque quiero tener un hijo.

— ¿Para compensar el fracaso de su matrimonio?

Esta vez necesitó más voluntad para no perder los estribos.

— Cuando estaba casada quería tener un hijo, como puede ver en mi historial, y entonces no necesitaba compensar ningún fracaso. Ni entonces ni ahora. Quiero tener hijos. Quiero una familia. Como la mayoría de la gente. No es un fenómeno extraño.

— ¿Y lo desea tanto que está dispuesta a hacerlo sin un hombre?

— Soy una mujer capaz e independiente. Claro que sería agradable tener el paquete completo, pero no es así. Ese hecho no cambia lo que quiero, pero el tiempo pasa. No tengo tiempo para esperar a que aparezca don Perfecto, segunda parte, y me corteje y se case conmigo para empezar otra vez desde el principio. Y puesto que no tengo la menor duda sobre mi capacidad para criar y mantener a un hijo sola, no necesito un hombre —concluyó, como si fuera la presentación de un alegato ante un jurado.

— Por lo visto me necesita a mí —dijo él, con cierta malicia.

— Oh, más vale que pueda hacer milagros —musitó Ellen, decidiendo en ese mismo momento que no le suplicaría para que la aceptara como paciente.

Después de tragar un poco de su propia medicina, el médico permaneció en silencio durante lo que pareció una eternidad. Su mirada azul oscura continuó analizándola, pero ella no se dejó amedrentar. Si eso era lo que él pretendía...

Por fin, tras unos minutos interminables, él habló.

— Voy a iniciar un nuevo proyecto de investigación a corto plazo. He seleccionado un grupo de pacientes que se someterán a unas sesiones de acupuntura realizadas por una doctora china experta en una antigua disciplina llamada Qiqong. También utilizará hierbas que selecciona ella misma, y les enseñará meditación y técnicas de relajación. Además habrá sesiones de masajes terapéuticos. Mi

objetivo es ver si este tipo de medicina puede reequilibrar el equilibrio natural del cuerpo para aumentar la tasa de éxitos de la fecundación in vitro.

Ellen sintió una chispa de esperanza. —No me importa someterme de nuevo al proceso de fecundación in vitro —le aseguró ella.

—Hay dos inconvenientes —continuó él, ignorando sus palabras —. Por un lado tengo demasiadas pacientes, pacientes casadas...

—¿No puede hacer un hueco para una más?

—... qué además ya han asistido a una sesión de orientación sobre el proceso y el procedimiento —continuó él, como si no lo hubiera interrumpido.

—Estoy dispuesta a hacerlo sin la orientación —dijo ella, aunque detestaba verse en una situación de tanta desventaja.

—No soy un chapuzas —la informó él, con sequedad.

Al menos era ético, pensó ella, aunque no muy diplomático.

Otro silencio, otra vez los intensos ojos azules clavados en ella sin pestañear. Ellen temió que estuviera a punto de rechazarla.

—Quiero que entienda —dijo él, cuando volvió a tomar la palabra —, que si le permito entrar a formar parte del grupo será sólo para este estudio y el procedimiento in vitro que habrá a continuación. Si no concibe tras un número razonable de intentos, tendrá que abandonar mi clínica. Porque, después de ver su historial, creo que ya se ha hecho por usted todo lo que se podía hacer, varias veces.

—De acuerdo —dijo ella, quizá con excesiva celeridad. Y alegría.

—Antes de empezar también debe saber que dado que tanto la doctora Schwartz como yo...

—¿La doctora Schwartz es la doctora china? —preguntó Ellen, extrañada.

—Está casada con un colega mío, Mark Schwartz, y lleva su apellido.

Ellen no pudo evitar una sonrisa.

—Como estaba diciendo —continuó él, sin alterar su sobria expresión—, dado que tanto la doctora Schwartz como yo tenemos mucho trabajo, el tratamiento se llevará a cabo por las tardes, aquí, después de cerrar la consulta.

—Me parece bien —le aseguró ella.

—¿Incluso con su intensa vida?

¡Oh, qué desagradable era!

Pero Ellen no iba a permitirle que la sacara de sus casillas.

—Le he dicho que estoy dispuesta a hacer todo lo que sea necesario —lo informó ella.

—Bien, pues será necesario que se reúna aquí conmigo para que le explique los detalles del estudio. Eso también será después de la consulta, porque no tengo más tiempo disponible. El ginecólogo se inclinó hacia delante y echó un vistazo a un calendario de mesa.

—Hoy es jueves, "pero estoy" ocupado, así que hoy no puede ser. El sábado y el domingo tengo un congreso, y el estudio está programado para comenzar el lunes por la tarde —dijo él, más como si estuviera pensando en voz alta que explicándoselo a ella—. Puedo saltarme la ceremonia y cena de inauguración del congreso de mañana por la tarde, pero después tengo una reunión a la que no puedo faltar. Así que tendrá que ser entonces. Y como la hora con usted será mi única oportunidad para comer, tendremos que hacerlo mientras comemos.

No era precisamente una invitación muy gentil, pero Ellen pensaba aceptar lo que fuera.

—Dígame dónde y cuándo —dijo ella.

Él así lo hizo, sin preguntarle si le importaba ir hasta el centro de Boston al hotel donde se celebraba el congreso.

—Allí estaré —dijo ella, anotando la hora y lugar en su agenda.

—Me quedaré con su historial —dijo él, poniéndose en pie—. Dígale a Bev que le dé todos los papeles que necesitaba rellenar. Las demás ya lo han hecho.

—De acuerdo. Entonces hasta mañana por la tarde.

La única respuesta del hombre fue mirarla con una ceja ligeramente alzada antes de rodear de nuevo el escritorio y salir de la consulta tan bruscamente como había entrado, sin despedirse siquiera.

A pesar de sus pésimos modales, Ellen se sintió aliviada por partida doble.

Por un lado, el famoso doctor Jacob Weber le daba una última oportunidad para tener un hijo.

Y por otro, el médico no parecía recordar ni su nombre ni el escándalo en el que se había visto implicaba en la universidad.

Capítulo 2

A la mañana siguiente, unos besos cálidos y babosos despertaron a Jacob Weber.

—Ah, ¿no puedes esperar a que suene el despertador aunque sólo sea un día? —gruñó él sin abrir los ojos.

La única respuesta fueron más besos y lametazos, con mucho más entusiasmo. En la mejilla, en la nariz, en la oreja, en la ceja...

—Vale, vale, ya lo entiendo —dijo, abriendo los ojos para mirar a la diminuta perrita schnauzer de color negro con quien había compartido cama durante las últimas cuatro semanas.

Aunque no podía enfadarse con la pequeña criatura de apenas un kilo y medio de peso que lo miraba con ojos brillantes mientras meneaba alegremente la cola.

—¿Has olvidado que soy el hombre que te encontré abandonada en la calle y que te salvó la vida dándote de comer con un cuentagotas primero y un biberón después hasta que aprendiste a lamer la leche especial para perros por la que el veterinario me está cobrando un ojo de la cara? Lo mínimo que podrías hacer es dejarme dormir hasta las seis y media.

A juzgar por los alegres ladridos de la schnauzer, la perrita no tenía ningún remordimientos de conciencia. Lo que sí tenía era cierta necesidad de salir al jardín.

Y Jacob prefirió no hacerla esperar para no retrasar su aprendizaje.

—Vale, vale, ya me levanto —dijo él, levantándose y poniéndose los pantalones de chándal que había aprendido a tener preparados.

Mientras se vestía, la pequeña Champ empezó a mordisquear y

pelearse con el borde de la sábana, gruñendo y sacudiendo la cabeza con furia.

—Así se hace, Champ. Presenta batalla, como a ti te gusta —dijo—. Eres una luchadora nata.

La mención de la palabra «luchadora» le hizo recordar a la mujer que había conocido en su consulta el día anterior. La mujer que había recordado con tanta frecuencia, demasiada para su tranquilidad, desde entonces.

Ellen Gardner. Luchadora y decidida. Como Champ.

Jacob no pudo evitar una sonrisa al recordar la declaración de la mujer de que no necesitaba un hombre. ¿Qué le había dicho? Que era una mujer independiente y capaz que no tenía tiempo para esperar a don Perfecto, segunda parte...

—Don Perfecto, segunda parte —repitió en voz alta, riendo otra vez—. Me encanta —le dijo a la perrita, a la vez que la tomaba en brazos y la llevaba al piso inferior y a la puerta del jardín.

Sus pensamientos volvieron con Ellen Gardner.

No estaba seguro de por qué ella había accedido a seguir con él. Era una mujer muy bella, de cabellos rubios cortos y rizados y grandes ojos gris plateado enmarcados por unas largas pestañas. Su piel era como el alabastro, y la nariz pequeña y ligeramente respingona. Sus labios lo dejaron con la duda y el deseo de saber si eran tan suaves como parecían.

Era cierto que estaba acostumbrado a tratar con mujeres atractivas, y lo que ahora lo inquietaba era que nunca se había sentido atraído por ninguna.

Sólo por Ellen Gardner.

¿Sería por su capacidad de presentar batalla?, se preguntó Jacob mientras contemplaba a Champ enfrentarse a un pato de plástico casi tan grande como ella.

Al verla, no pudo evitar relacionar el espíritu indomable de la perrita con Ellen Gardner.

No lograba entenderlo. Sabía que había gente que atribuía la atracción entre dos personas a una especie de dudosa ciencia a la que llamaban «química», pero para él era una ciencia sin fundamentos reales. Eso era lo que había asegurado a un antiguo compañero de la facultad de medicina que estaba ganando una fortuna investigando sobre feromonas para una empresa de perfumes.

Pero quizá por primera vez tenía que admitir que quizá, incluso por endeble que fueran los argumentos de dicha pseudociencia, la química entre dos personas podía existir.

Porque no tenía ninguna explicación para el hecho de tener la imagen de Ellen Gardner continuamente en su mente. Ni tampoco para recordar constantemente la suave fragancia femenina que lo recibió al entrar en su consulta la tarde anterior. Y lo mucho que le había gustado.

Claro que si no era una cuestión de química, tampoco tenía ninguna explicación para lo mucho que se arrepentía de no haber estrechado la mano que ella le tendió a modo de saludo, y de haber perdido así la oportunidad de tocarla. ¿Y qué había sido sino química lo que le hizo ignorar el amable gesto de la mujer? Por educación y por cortesía siempre estrechaba la mano a sus pacientes, pero con Ellen Gardner había algo que lo había llevado de manera instintiva a mantener la distancia, a ser más formal y más distante que de costumbre.

¿A qué se debía?, se preguntó.

No sabía qué era ni cómo denominarlo.

Pero fuera lo que fuera, un médico no podía sentir aquellas emociones por una paciente.

Y ella era una paciente.

Bueno, no estrictamente hablando. De momento y hasta el inicio del tratamiento in vitro, sería la paciente de Kim Schwartz. Hasta entonces no sería su paciente.

Pero Jacob estaba buscando excusas y lo sabía. Básicamente, Ellen

Gardner era su paciente, o su futura paciente, y él no mantenía relaciones personales ni con pacientes ni con futuras pacientes.

O mejor dicho, no mantenía relaciones personales con nadie.

Y así era como le gustaba. Una vida sin relaciones personales. No tener relaciones personales significaba no tener complicaciones. Y tampoco ilusiones, expectativas ni decepciones. Sin compromisos y sin ataduras, así estaba y así deseaba continuar estando, concentrado única y exclusivamente en su trabajo. Así había sido siempre, y así seguiría siéndolo. Motivo por el que no se permitía relaciones demasiado íntimas ni demasiado prolongadas con ninguna mujer.

—Así que desaparece de mi mente, Ellen Gardner —musitó con los dientes apretados.

El sonido de su voz atrajo a Champ, que, creyendo que le hablaba a ella, echó a correr hacia él y empezó a mordisquearle el dedo gordo, a pesar de que apenas le cabía en la boca.

Jacob se echó a reír. Se agachó y tomó a la perrita en brazos para entrarla de nuevo en la casa.

—Pacientes y perritas, a veces sois una auténtica pesadilla —le dijo a Champ.

Pero a pesar de todo, le acarició el hocico y le frotó las orejas.

Y a pesar de su resolución de apartar a Ellen Gardner de su mente, no pudo evitar empezar a pensar en la cena que iba a compartir con ella aquella noche.

Más de lo que hubiera debido.

Y mucho más de lo que quería.

Capítulo 3

—Soy Jacob Weber. Esta tarde he tenido una emergencia y voy con retraso. En lugar de reunimos en el hotel tendrá que venir a mi consulta y esperar a que termine con mis otras pacientes. No sé si tendremos tiempo para cenar, dependiendo del tiempo que me quede antes de la reunión, pero me aseguraré de darle la orientación, incluso si es de camino en el coche. A menos, por supuesto, que cuando termine mis visitas no haya venido, en cuyo caso asumiré que ha decidido no someterse al tratamiento.

Ellen puso el mensaje una segunda vez, sacudiendo la cabeza ante el tono tan cortante y casi grosero del médico. Aunque tenía que darle puntos por realizar la llamada personalmente, y no encargárselo a la recepcionista.

Claro que, pensó Ellen mientras escuchaba el mensaje por tercera vez, quizá sería más recomendable que Bev se encargara de comunicar sus mensajes. Al menos era una mujer mucho más amable.

Pero Ellen se recordó que Jacob Weber era el mejor especialista para casos de infertilidad, por lo que sería mejor que pasara por alto sus pésimos modales.

Aunque era una lástima, continuó pensando mientras escuchaba el mensaje por cuarta vez y la imagen del hombre se presentaba espontáneamente ante ella, al igual que las innumerables veces anteriores desde que lo conoció. Era una lástima que alguien con el rostro de un dios griego, unos intensos ojos azules casi violetas, unos hombros anchos y fuertes y una sexualidad que manaba por todos sus poros tuviera un carácter tan endemoniado.

De no ser por eso, habría sido un hombre al que ninguna mujer se hubiera podido resistir.

Claro que, pensándolo mejor, quizá era mejor así. Porque si estaba repitiendo el mensaje por cuarta vez sólo para oír su voz y recordar lo guapo y atractivo que era, más le valía tener algo que moderara lo que parecía ser una fuerte atracción por él.

¿Qué estaba diciendo? No se sentía atraída por él. Necesitaba sus servicios profesionales, su talento, su conocimiento y su experiencia como médico y nada más. Sentirse atraída por él sería muy negativo, y desde luego lo último que necesitaba, o deseaba.

Sin embargo, repitió el mensaje por quinta vez, diciéndose que era para convencerse de sus malos modales y no para escuchar el sonido de la voz sensual y masculina que lo producía.

Después se obligó a colgar el teléfono.

Una mujer tenía que estar loca o ser una masoquista para aguantar a un hombre como él en una relación personal, se aseguró. Y ella no estaba loca, ni era masoquista, ni tampoco buscaba ninguna relación personal con ningún hombre, y mucho menos con alguien como Jacob Weber.

Un matrimonio que había significado la supresión de sus propias necesidades y deseos, un matrimonio en el que había perdido el control sobre sí misma, había sido más que suficiente. Y desde luego no necesitaba una segunda parte con alguien como el desagradable médico.

—No, gracias —dijo en voz alta, mientras se dirigía a su dormitorio para quitarse el traje de chaqueta—. Tú haz tu trabajo y hazlo bien, y yo estaré encantada de no volverte a ver —dijo, continuando hablando a un invisible Jacob Weber mientras se ponía unos pantalones de tela grises y una blusa blanca para su segundo encuentro con el médico.

Y con un poco de suerte no tardaría mucho en conseguir quedarse embarazada, añadió en silencio para sus adentros, a la vez que

luchaba contra el omnipresente temor a que eso no ocurriera nunca.

—Ya tengo ganas de que no seas más que un mal recuerdo — terminó, mientras se recogía el pelo con una goma sobre la cabeza.

Después salió del dormitorio y de su apartamento.

Porque eso era lo que Jacob Weber sería en el futuro, se aseguró mientras conducía hacia la clínica ginecológica.

—Nada más que un mal recuerdo —repitió, con firmeza.

Sin embargo, debajo de toda aquella valentía seguía habiendo una débil llama de duda.

Una duda que nacía del estremecimiento que la recorría cada vez que pensaba en ver al endemoniado doctor con su cuerpo de dios griego.

—Enseguida estará con usted —le aseguró Marta a Ellen, mientras salía de una de las consultas a la sala de espera donde Ellen llevaba sentada casi una hora.

—De acuerdo —respondió Ellen, esperando que así fuera.

Aunque eso mismo le había dicho Bev, la recepcionista, hacía cuarenta minutos, cuando salió la última paciente, y se lo había repetido veinte minutos antes mientras se ponía el abrigo y se iba.

Marta le ofreció una sonrisa tranquilizadora, y con un «buenas noches» salió de la clínica también.

Ellen decidió dar un paseo por la sala de espera, tratando de ignorar las dudas y temores sobre el embarazo que le embargaban siempre que tenía tiempo libre.

Entonces, a través del pasillo que conectaba la recepción con la sala de espera, vio que se apagaba la luz de una de las consultas. Un momento después, vio al médico abrir la puerta de lo que parecía un cuarto de almacenamiento.

Sin reparar en su presencia, Jacob Weber se metió en el cuarto y cerró la puerta tras él.

Seguro que consideraba más importante contar bolas de algodón que reunirse con ella, pensó Ellen burlona, empezando a sentirse

furiosa por todo el rato que llevaba esperando. Sin embargo el médico salió del cuarto apenas un par de minutos después y se detuvo en la recepción, sin reparar en su presencia.

¿Es que ni siquiera sabía que estaba allí esperando?, se preguntó Ellen.

Todo indicaba que no.

¿Cómo podía ser tan maleducado y descortés? El tipo era un borde, pensó Ellen, mirándolo fijamente con la esperanza de atraer su atención.

No dio resultado. El médico continuó concentrado en una pila de documentos, totalmente ajeno a su presencia.

«Borde, borde, borde...».

Aunque un borde muy atractivo, enfundado en unos pantalones de tela beige y una chaqueta sport del mismo color bajo la que lucía una camisa marrón oscura y una corbata beige que resaltaba el tono castaño de su pelo.

Después de unos minutos, pareció terminar lo que estaba haciendo, porque guardó los documentos en una carpeta y los dejó sobre la mesa de la recepcionista. Sólo entonces miró en dirección a la sala de espera y la vio.

Pero eso fue todo. A pesar de la poca distancia física entre ellos, no la saludó. Simplemente la miró antes de escribir una nota que pegó a la carpeta que acababa de dejar. Por fin, apagó el resto de las luces de la recepción y se dirigió a la puerta que comunicaba con la sala de espera.

«Ya puedes ser un genio en esterilidad», pensó ella, mientras él entraba en la sala de espera.

Pero Ellen tuvo que parpadear para poder creer lo que estaba viendo. De uno de los bolsillos de la chaqueta asomaba lo que parecía ser la cabecita peluda de un diminuto perrito negro que se agarraba con las patas delanteras a la tela y contemplaba todo con interés.

El perrito la saludó con lo que quería ser un ladrido, pero que apenas sonó como un débil chillido que Jacob Weber ignoró mientras decía, sin saludarla:

—Tengo que pasar un momento por mi casa. Por suerte vivo enfrente. Después me temo que sólo tendremos tiempo para una cena rápida antes de mi reunión. A un par de manzanas hay un sitio donde venden perritos calientes. Seguramente tendremos que comérmolos de pie, pero es lo mejor que puedo ofrecer.

Todo ello sin hacer ninguna referencia al perrito en su bolsillo.

—Mmm, está bien —dijo Ellen, y señaló al perrito que asomaba por el bolsillo—. ¿No va a presentarnos? Jacob Weber bajó los ojos hasta el minúsculo rostro negro que se asomaba por su bolsillo y dijo:

—Ésta es Champ. Por eso tengo que pasar por casa. No puedo llevarla a la reunión.

—¿Es una perrita? —preguntó Ellen, incapaz de suprimir una sonrisa, a la vez que estiraba los dedos hacia el animal para acariciarla.

—Es una hembra, sí —confirmó Jacob Weber, y echó a andar—. ¿Vamos? No tenemos mucho tiempo.

Ellen no tuvo más remedio que retirar la mano y seguirlo hasta la puerta. En el vestíbulo, el médico llamó al ascensor, cuyas puertas se abrieron inmediatamente.

—Parece muy joven para no estar con su madre —comentó Ellen durante el descenso.

—Lo es. La encontré delante de mi casa hace cuatro semanas. Parece una perra de raza, así que supongo que su anterior propietario debía de estar trasladando la carnada de sitio y Champ se cayó de la caja o se fue sin que se dieran cuenta. He preguntado a varios vecinos, pero nadie parecía saber nada de ella, así que la llevé al veterinario. Me dijo que debía de tener cinco o seis días de vida y que sin cuidados especiales no sobreviviría.

—¿Y usted decidió darle esos cuidados? —preguntó Ellen, incapaz de ocultar la sorpresa en su voz.

El ascensor se había detenido en la planta baja y el médico la dejó pasar primero.

—El veterinario no podía ocuparse de ella, así que lo hice yo —explicó él.

—¿Qué tipo de cuidados eran? —insistió Ellen, saliendo junto a él del edificio de oficinas.

Mientras cruzaban la calle camino de su casa, el médico le explicó el régimen de alimentación y continuos cuidados de la perrita hasta hacía unos días, y una atención que incluía no dejarla sola durante largos períodos de tiempo.

—Le gustan los animales —comentó Ellen, que no podía creer que un gruñón como Jacob Weber se hubiera molestado tanto por salvar a un perro.

—La verdad es que nunca he tenido ninguno —dijo él, abriendo la puerta de su casa—. Champ es mi primera.

Encendió una luz y la invitó a pasar.

—¿Y la ha estado cuidando hora a hora, día a día, como si fuera un bebé? —preguntó Ellen, maravillada.

—¿Qué iba a hacer? ¿Dejarla otra vez en la calle?

El sarcástico tono del comentario se parecía más a lo que Ellen esperaba de Jacob Weber. Al igual que el cortante «vuelvo enseguida» que dijo a continuación.

Pero por primera vez, el comportamiento del médico la sorprendió cuando él entró en lo que parecía ser el salón, sacó a la diminuta perrita del bolsillo y se la puso a la altura de la cara.

—Bien, jovencita. Sal afuera a hacer tus cosas, y después te meteré en tu caja un ratito —le dijo con voz tierna—. Pero no te preocupes, no te dejaré allí mucho rato.

Y los dos desaparecieron de su vista.

«Quizá no eres tan inhumano como pareces», pensó Ellen.

Claro que a pesar de la delicadeza con Champ, Jacob Weber la había dejado de pie en el vestíbulo de entrada, en lugar de invitarla a pasar al salón. Lo que hubiera sido lo más educado.

Mientras esperaba, Ellen se acercó hacia la entrada del salón y echó un vistazo al interior.

Los pocos muebles que tenía eran de excelente calidad y habían sido elegidos con gusto, pero apenas había un mueble de madera de roble con una enorme televisión de pantalla plana y un impresionante equipo de música; y justo delante, un exquisito sofá negro de piel con una lámpara de pie a un lado y una mesa de centro también de madera de roble. Eso era todo. No había ni cuadros en las paredes, ni plantas en los rincones ni ningún otro lugar para sentarse. Aunque el sofá era bastante espacioso para más de una persona, el salón era sin duda el refugio de un hombre solo que no busca compañía.

Entonces Ellen oyó la puerta del jardín y la voz del hombre hablando con Champ. Rápidamente, volvió al centro del vestíbulo.

Desde el salón, le llegó la voz del médico informando a Champ de que tenía su cojín, su almohada, su oso y su mono y ordenándole que durmiera una siesta hasta su regreso.

Momentos después, Jacob Weber estaba en el vestíbulo de nuevo junto a ella.

—¿Ya ha acostado a Champ por hoy? —preguntó Ellen, fingiendo no haber escuchado la conversación del médico con la perrita.

—Al menos de momento —dijo él, mientras comprobaba la hora—. Tenemos que irnos.

Ellen asintió y salió de la casa con él.

—El estudio empieza el lunes por la tarde —dijo él, sin más preámbulos, echando a andar por la acera hacia la zona comercial a unas manzanas de allí—. Aunque yo no estaré presente...

—¿No estará usted? —preguntó ella, sin poder reprimir un cierto tono de decepción en la voz.

—Estaré el resto del tiempo —se apresuró a asegurarle él.

—Bueno... es que... no sé, como es su estudio y su consulta... —
empezó ella, tratando de dar una explicación.

—Sí, pero durante la fase inicial será la doctora Schwartz quien la trate. Mi presencia no es necesaria, pero estaré allí todos los días excepto el lunes —le aseguró él—. Pero estará Marta. Ella le presentará a todo el mundo. Y Kim Schwartz es una mujer muy amable y muy agradable. No tiene que preocuparse de nada.

—Bien —dijo Ellen, tratando de ocultar la verdadera razón de su reacción.

Estaban en una zona de Boston que había sido rehabilitada para atraer nuevos residentes y negocios. En la zona comercial, había una panadería, un taller de bicicletas, una cafetería, una librería, una pizzería, una tienda de disfraces y varios establecimientos más pequeños, entre ellos el local al que se dirigían a cenar, con un letrero que anunciaba la venta de deliciosos perritos calientes.

—Marta se ocupará de tomarle la tensión, el pulso, y la temperatura. También muestras de sangre y orina —continuó él, después de detenerse un momento para cruzar la calle—. Kim, a la doctora Schwartz no le importa que la llamen por su nombre de pila...

—¿Y a usted?

Por segunda vez, Ellen fue incapaz de reprimir su curiosidad.

—¿Cómo quiere llamarme? —preguntó él, con un ligero tono desafiante.

Aceptando el desafío, y quizá porque necesitaba establecer una relación más equitativa con ese hombre, Ellen dijo:

—Jacob. Lo llamaré Jacob.

—Puedes tutearme —le indicó él—. Y yo te llamaré Ellen —añadió, no sin sarcasmo—, Kim también estará presente el lunes por la tarde. Te hará muchas preguntas. Necesita el historial médico completo, y te tomará el pulso, aunque no por la misma razón que se

toma en la medicina occidental. En la medicina china, el pulso se toma para comprobar la fuerza y la calidad de la circulación. La creencia es que así se obtiene información sobre el «chi», es decir, la energía. Muchos especialistas en medicina china han basado sus tratamientos en eso. Kim asegura que puede diagnosticar algunos desequilibrios corporales sólo tomando el pulso. También querrá verte la lengua.

Ellen lo miró con incredulidad.

—¿Querrá verme la lengua?

El médico sonrió ante su reacción. Sólo una media sonrisa, pero una sonrisa que suavizó sus facciones y le dio un nuevo atractivo.

—En medicina china, es otra herramienta para diagnosticar enfermedades —le explicó él—. La doctora me ha explicado qué es lo que busca y yo he estado utilizándolo también con mis pacientes para ver si mis sospechas y mis diagnósticos se reflejan de verdad en el aspecto de sus lenguas. Me parece una herramienta positiva. También he comprobado que el aspecto de las lenguas cambia en las pacientes que han seguido algún tipo de tratamiento con ella. De hecho, eso fue lo que me indujo a llevar a cabo este estudio.

Habían llegado al restaurante de perritos calientes, y aunque ya estaba oscureciendo, la luz artificial que salía desde el interior proporcionaba una iluminación suficiente.

—Preferiría tener mejor iluminación, pero enseñame la lengua.

—¿Quieres examinarme la lengua aquí, en mitad de la calle?

Ellen no estaba segura de si el médico hablaba en serio o le estaba tomando el pelo.

—No nos mira nadie —dijo él, después de mirar a ambos lados con expresión divertida.

Pero estaban en plena calle, con gente caminando por la acera a su lado, y Ellen sabía que se sentiría como una idiota si le sacaba la lengua.

—No pienso sacarte la lengua —dijo ella, con firmeza.

—Tendrás que hacerlo para Kim —repuso él.

—A ella se la enseñaré, pero a ti no. Y menos aquí.

Un hombre que pasaba junto a ellos los miró con extrañeza. Un destello divertido brilló en los ojos de Jacob, un destello muy atractivo que añadió cierto encanto al hombre.

Pero sólo duró un segundo.

Jacob abrió la puerta del pequeño local y la sujetó mientras la invitaba a pasar al interior. Después de pedir un par de perritos calientes con cebolla, pepinillos y mostaza, Jacob señaló una de las pocas mesas libres que había. Ambos se sentaron. —Al menos podemos sentarnos —dijo él, y continuó hablando sobre el tratamiento que comenzaría el martes por la tarde, cuando él estuviera en su consulta, le aseguró.

El médico concluyó sus explicaciones a la vez que terminó de comer, pero esta vez pareció no tener prisa. De hecho, se apoyó en el respaldo de la silla y la miró un momento antes de hablar.

—Dime, ¿por qué te hiciste fiscal federal? ¿Por la imperiosa necesidad de librar al mundo de los malos?

Tras un momento para absorber el hecho de que el seco y cortante médico estaba iniciando una conversación personal con ella, Ellen respondió.

—La verdad es que sí —confirmó ella—. Estuve un año trabajando en un bufete, pero después de defender a muchos acusados a sabiendas de que eran culpables, decidí pasarme al otro lado.

—¿Y logras muchas condenas?

—Bastantes. Pero lo importante no es la cantidad. Si dejas que eso se convierta en la prioridad, puedes mandar a gente inocente a la cárcel, y no quiero eso en mi conciencia. Para mí no es una carrera, sino...

—Lo importante es hacer el bien y castigar a los malos —concluyó él.

—Seguramente te debe de sonar muy cursi, pero es así. Si alguien comete un delito, la víctima tiene que saber que el culpable recibirá su castigo.

—Por supuesto.

—Pero también puede ocurrir que las pruebas señalen a un inocente, y un fiscal tiene que saber estudiar los casos desde todos los ángulos. Me niego a tomar decisiones precipitadas sobre los sospechosos o acusados sólo para conseguir un mayor número de condenas.

Él asintió, mirándola con sus profundos y oscuros ojos azules como si pudiera ver más allá de la superficie. Y como si le gustara lo que veía, y lo que oía.

—¿Y tú? —preguntó ella, deseando que él dejara de estudiarla con tanta intensidad—. ¿Por qué te hiciste médico? ¿Para ayudar a la gente?

—Si quieres que te diga la verdad, no.

—¿No? —dijo ella con una sonrisa, sorprendida por la respuesta.

—Lo que me gustaba era la ciencia. Estudié medicina con la intención de dedicarme a la investigación, no a trabajar con pacientes.

—¿Entonces cómo terminaste con pacientes?

—Al principio me dediqué a la investigación, y me gustaba —explicó él—. Pero después de un año de trabajar con ratones y pasar el tiempo haciendo gráficos y listas de estadísticas me empezó a resultar excesivamente tedioso. Quería continuar investigando, como este estudio en medicina alternativa, pero quería hacerlo en el mundo real, con gente de carne y hueso.

—Y poder ver los resultados en la realidad, y no en un montón de datos y documentos —concluyó ella.

—Exacto.

—¿Y eso ha resultado mejor? ¿Has disfrutado más trabajando con pacientes que con ratas de laboratorio?

Esta vez la respuesta fue una amplia sonrisa que era mucho más que una afirmación.

—Hablas como si no pudieras creerlo —dijo él.

—¿Tú crees? —preguntó ella, porque no lo había dicho con aquella intención.

Jacob respondió a su pregunta entonces.

—Sí, me ha gustado mucho más trabajar con personas. Creo que he ayudado a muchos hombres y mujeres a ser más felices, y si hubiera pasado los últimos años dedicado a la investigación probablemente seguiría haciendo el mismo proyecto que comencé cuando me licencié en medicina.

—Sí lo sé por lo que he leído y oído sobre tu trabajo. Sé que has hecho bien a mucha gente —confirmó Ellen—. Por eso acudí a tu consulta.

Las palabras de Ellen parecieron recordar algo al doctor, quizá que entre ellos no había más que una relación profesional, porque la sonrisa masculina se difuminó, el hombre se sentó más recto en la silla y echó un vistazo al reloj.

—Tengo que irme si no quiero llegar tarde —dijo.

A pesar del tono formal de sus palabras, Ellen tuvo la sensación de que hubiera preferido continuar con aquella conversación.

Igual que ella.

Sin embargo, los dos se levantaron, recogieron sus cosas y salieron del restaurante.

—Te agradezco que me hayas dedicado este tiempo —dijo ella, mientras caminaban por la calle de nuevo, esta vez en dirección contraria—. Y la cena ha estado deliciosa, también. El comentario provocó una nueva sonrisa en el rostro masculino, que Ellen vio de soslayo.

—No creo que un perrito caliente y una botella de agua cuenten como cena. No le digas a la doctora Schwartz que te he invitado a eso, o creará que estoy saboteando su proyecto. Según ella, el equilibrio

es fundamental: una vida equilibrada, una dieta equilibrada, un cuerpo equilibrado.

—Seguro que me lo ve en la lengua el lunes aunque no se lo diga —bromeó Ellen, provocando una risita en el serio doctor y sintiéndose muy satisfecha por ello.

Ellen lo siguió hasta el aparcamiento del edificio donde estaba su consulta. Allí había dejado aparcado su coche, no lejos del Porsche gris metalizado del médico.

—Te acompañaré al coche —dijo él, siguiéndola y esperando a que ella abriera la puerta del conductor.

—Gracias por la cena informativa —dijo Ellen, levantando la cabeza hacia él para mirarlo por encima de la puerta abierta.

—Te veré el martes por la tarde.

—Allí estaré —le aseguró ella.

Por un momento, él permaneció en el sitio sin moverse, con sus intensos ojos azules clavados en ella durante unos segundos, como si fuera el final de una cita que no deseara que terminara.

Pero después dio un paso atrás y dijo:

—Conduce con cuidado.

—Tú también.

El hombre alzó la barbilla en asentimiento, giró sobre sus talones y se dirigió al Porsche.

Y cuando Ellen se sentó al volante del coche y cerró la puerta, se preguntó qué habría ocurrido si hubiera sido una cita de verdad.

¿Habría intentado besarla?

¿Jacob Weber?

Era una idea de lo más ridícula, se dijo mientras ponía el motor en marcha.

Totalmente ridícula.

Pero ridícula o no, fue incapaz de quitársela de la cabeza durante todo el trayecto hasta su casa.

Capítulo 4

— ¿Ahora vas a dejar que te conviertan en un colador?

Ellen se echó a reír ante el comentario de su hermana Sara cuando le dijo que iba a comenzar un tratamiento de acupuntura en un nuevo intento de quedarse embarazada.

Era martes y Ellen se había tomado la tarde libre para ir de compras con Sara y su hija Janey y preparar la fiesta del tercer cumpleaños de la niña, que iban a celebrar el viernes. Al terminar las compras, las dos hermanas se sentaron en el parque favorito de Janey. Mientras la niña jugaba en la réplica gigantesca de una hamburguesa, Ellen y Sara hablaban en un banco cercano.

— Pero no es sólo acupuntura — continuó explicando Ellen—. Ayer conocí a la doctora Schwartz y también me ha dado unas hierbas. Además, nos enseñará técnicas de meditación y relajación, e incluso tendremos masajes, lo que suena fantástico.

— Pero agujas, Ellen, agujas — insistió Sara.

— Estoy segura de que todo irá bien. La acupuntura se practica desde hace siglos, incluso desde hace más tiempo que la medicina occidental, y estoy segura de que sobreviviré.

— Lo que no entiendo es cómo puede ayudarte a quedarte embarazada — añadió Sara, escéptica.

— De momento es sólo un estudio experimental, lo que significa que no se conocen los resultados. Pero sea como sea, es inofensivo. El objetivo es reequilibrar mi cuerpo para que funcione como debería y ponerme en la mejor situación posible cuando Jacob Weber me someta de nuevo al tratamiento de fecundación in vitro.

— Y encima con ese hombre. Tengo que decir que me pone los

pelos de punta.

—Sé que nunca te ha caído bien...

—Ni a mí ni al resto de mis compañeros de carrera, te lo puedo asegurar —le aseguró Sara.

Ellen sabía que su hermana se refería a sus años de estudiante en la Universidad de Saunders.

—Quizá ahora cambiarías de opinión sobre él —sugirió Ellen.

—¿Sobre semejante borde arrogante? Siempre tratándote como si fuera superior a todo el mundo —dijo Sara, con desprecio—. Recuerdo que, en una asignatura en la que coincidí con él, el profesor nos dividió en grupos para un proyecto. Jacob Weber se negó a trabajar con nosotros y con cualquier otro grupo y preparó un proyecto él solo. El muy impresentable dejó muy claro que prefería hacerlo solo a tener que trabajar con nadie. ¿Quién se creería que era?

Ellen conocía la anécdota, que se repetía como una letanía cada vez que alguien nombraba el nombre del médico, pero por primera vez se sintió inclinada a rechazar la opinión de su hermana.

—Si quieres que te diga la verdad, me sorprendió cuando estuve con él el viernes por la tarde —comentó Ellen, con sumo cuidado de no despertar sospechas en su hermana.

—¿A que no podías creer que existiera alguien tan arrogante?

—Eso fue lo que pensé cuando lo conocí en su consulta y cuando me tuvo esperando más de una hora el viernes —reconoció Ellen—. Pero ahora... no sé, algo ha cambiado.

—¿El qué? —Para empezar, tiene una diminuta perrita schnauzer que encontró abandonada en la calle con apenas unos días de vida y la ha estado cuidando las veinticuatro horas como si fuera un bebé.

—Seguro que la está engordando para darse un banquete de schnauzer a la brasa con patatas y aderezada con un buen vino tinto —comentó Sara, sarcástica.

Ellen se echó a reír.

—Le ha puesto de nombre Champ, la lleva en el bolsillo de la chaqueta como si fueran las llaves y le habla como si fuera un niño.

—Ya verás cuando crezca.

—No, de verdad, Sara. Estoy empezando a pensar que quizá no sea tan horrible. Es verdad que sus modales dejan mucho que desear, pero el viernes por la tarde se relajó y estuvo incluso agradable. Hasta divertido.

—¿Seguro que no te drogó? —preguntó su hermana, incrédula—. Te aseguro que es el hombre más desagradable y estirado que he conocido. A no ser que haya cambiado para tratar a sus pacientes.

—Oh, no. A juzgar por cómo me trató a mí el primer día, cualquiera hubiera dicho que no quería aceptarme como paciente. Pero no sé, la última vez que estuvimos juntos estuvo mucho más amable.

—A lo mejor piensa comerte a ti a la brasa con patatas y un vaso de vino.

Ellen alzó los ojos al cielo con impaciencia.

—No digo que no fuera desagradable conmigo al principio, porque lo fue. Sólo que después el trato mejoró. Y por eso, quizá bajo la superficie...

—¿Quieres mi consejo? —la interrumpió Sara sin permitirle continuar—. No te metas bajo ninguna superficie con ese hombre o saldrás escaldada.

Ellen se echó a reír por tercera vez.

—No tienes remedio, hermanita.

—No me interpretes mal. Espero que tengas razón y que te ayude a quedarte embarazada —dijo Sara, más seria, mientras Janey corría hacia ellas para enseñarles una roca rosa que había encontrado—. Pero no te engañes creyendo que es un buen tipo, porque no lo es.

Después de asegurar a la niña que la piedra era preciosa, Ellen dijo su hermana:

—El caso es que Jacob Weber es el mejor especialista en

tratamientos de fertilidad y eso es lo único que importa.

Pero eso no era del todo cierto. Porque a Ellen le gustó la actitud de Jacob Weber con ella el viernes por la tarde, y esperaba con impaciencia volver a verlo así aquella tarde en la consulta.

Lo que temía era que si no era así, lo iba a sentir más de lo que le gustaría.

Capítulo 5

Dado que Ellen había sido una adición de última hora en el estudio de medicina alternativa, sus citas con la doctora Kim Schwartz serían siempre a última hora de la tarde, cuando la doctora hubiera terminado con sus demás pacientes.

El martes por la tarde, cuando Ellen terminó y estaba en el proceso de vestirse, escuchó las voces de la doctora china, su ayudante y Marta, la enfermera de Jacob, en la recepción despidiéndose hasta el día siguiente. Ellen pensó que sólo quedaría Jacob, y eso la puso un poco nerviosa.

¿Sería el Jacob horrible, o el Jacob agradable?

No tenía forma de saberlo, ya que todavía no lo había visto para juzgar su estado de ánimo actual.

Cuando terminó de vestirse, Ellen se miró en el espejo para asegurarse de que no llevaba el rímel corrido y de que sus rizos seguían recogidos en una coleta. Después alargó la mano para asir su bolso y abrió la puerta.

Jacob estaba en la zona de recepción, a pocos metros de ella, sentado con una cadera apoyada en la esquina de la mesa, repasando los documentos que había en una carpeta.

Iba vestido casi igual que las veces anteriores, con pantalones de tela beige, una camisa de cuadros y una corbata marrón bajo una chaqueta de sport. Parecía recién afeitado, y Ellen pensó que si ése era el caso, no tendría nada que ver con ella. Probablemente tendría otra reunión más tarde.

O quizá incluso una cita.

La idea de una posible cita con otra mujer la inquietó, pero

rápidamente Ellen se recordó que la relación entre ellos era exclusivamente profesional, y que al margen de los planes que él tuviera para el resto de la noche, lo que ella tenía que hacer era despedirse y marcharse.

Alzando la cabeza, Ellen atravesó por fin el umbral de la puerta y salió al pasillo. Y esta vez, ese único movimiento fue lo que necesitó Jacob para reparar en su presencia. Y cuando lo hizo, inmediatamente cerró la carpeta que tenía en las manos y concentró toda su atención en ella.

—Hola —dijo, en un tono serio y distante.

Ellen devolvió el saludo, y casi frunció el ceño al ver una vez más la actitud desagradable del médico con ella.

—¿Qué tal ha ido la sesión? —quiso saber él, mientras dejaba la carpeta cerrada sobre el escritorio a su espalda.

—Bastante bien, creo —respondió Ellen, en un tono también distante y frío—. Ha sido interesante.

Champ estaba otra vez en el bolsillo de la chaqueta, y Ellen extendió la mano hacia la perrita.

—Hola, Champ —le dijo en un tono más cariñoso—. Siento haberte hecho esperar tanto. Seguro que tienes mejores cosas que hacer —añadió, como si hablando al animal pudiera obtener más información sobre los planes de Jacob.

Pero el doctor no dijo nada. Sólo se limitó a continuar mirándola fijamente.

A lo mejor llevaba algo mal puesto.

Ellen hizo un repaso mental a su aspecto: ese día calzaba zapatos sin cordones, así que no podía llevarlos desabrochados; unos vaqueros azules con la cremallera subida —sí, estaba segura de que acababa de subírsela—; una chaqueta de punto amarilla...

No, estaba bastante segura de que su ropa estaba bien.

—Me gustaría conocer los detalles del tratamiento —dijo él, en un tono que parecía un tanto reticente—. Puedes darme tu impresión

sobre la doctora Kim, hablarme de la experiencia, de tu opinión sobre la acupuntura, de si estás notando algún efecto secundario, ese tipo de cosas.

—¿Ahora? —dijo ella, todavía con la idea de que al doctor lo esperaba otra mujer.

—Si tienes unos minutos —dijo él, en tono más formal.

Ellen sabía que el médico no había pedido su opinión a las demás mujeres del estudio, porque mientras esperaba su turno vio a Marta despedir a otra de las mujeres, diciéndole que no era necesario que viera al ginecólogo a no ser que tuviera alguna pregunta especial para él.

Pero ahora estaba allí, aparentemente esperándola, y quería hablar con ella.

¿Sería porque era la última paciente y él tenía un rato libre? ¿O quería hablar con ella en concreto? ¿Y si era así, quería hablar con ella como paciente o como persona?

—Sí. Claro. Claro que tengo unos minutos —dijo ella por fin, dándose cuenta de que había tardado demasiado en responder—. De hecho, iba a preguntarte si podía usar tu teléfono para llamar a mi hermana. Esta tarde mi sobrina me ha dejado el móvil sin batería y tengo el coche en el taller, así que no tengo transporte. Mi hermana Sara me ha traído antes, pero no ha podido quedarse a esperar, y tardará unos veinte minutos en llegar. Pensaba esperarla abajo en el vestíbulo, pero puedo esperar aquí.

Desde luego era mucho más información de la que tenía que dar.

—¿Necesitas un coche? ¿Vives lejos de aquí? —preguntó él.

—No mucho, unos tres kilómetros. Podría ir andando, pero ya ha oscurecido y...

—¿Por qué no te llevo yo y hablamos por el camino? —sugirió él, como si tres kilómetros fueran la distancia máxima que estuviera dispuesto a recorrer.

No era lo que Ellen esperaba. Tampoco lo había comentado para

que él se sintiera en la obligación de llevarla.

—No es necesario. Seguro que tienes ganas de salir de aquí y volver a casa o hacer lo que tengas que hacer...

—Champ y yo no tenemos otros planes. De todas maneras pensaba sacar el coche, para ir a buscar una hamburguesa. Antes puedo acercarte a donde quieras.

Desde luego sabía cómo hacer sentirse especial a una mujer, pensó Ellen con irritación. Sin embargo intentó reprimir su enfado y dijo:

—¿Buscar una hamburguesa? ¿Eso es todo lo que vas a hacer?

—Sí.

—Te propongo otra cosa. He dejado un asado de carne en el horno antes de venir que estará listo cuando vuelva a casa. Aceptaré encantada que me lleves si tú aceptas quedarte a cenar.

Al principio él no pareció muy entusiasmado con la idea, y Ellen se dijo que quizá se había extralimitado.

Pero la vacilación del hombre sólo duró unos segundos.

—Suena genial. Puedo dejar a Champ en casa y...

—No, Champ también puede venir. A menos que no quieras traerla.

—Es muy traviesa —advirtió él—. Nunca se sabe los destrozos que puede hacer. Ellen estiró la mano hacia el bolsillo y acarició la oreja de la perrita.

—No creo que sea tan trasto como mi sobrina —le aseguró—. Pero de todos modos, estoy dispuesta a asumir el riesgo.

—Está bien —aceptó Jacob—. ¿Por qué no llamas a tu hermana y le dices que no hace falta que venga a recogerte?

¿Dónde estaba el carácter hosco y malhumorado que lo caracterizaba?, se preguntó Ellen, frunciendo el ceño. De hecho, el hombre parecía contento. Feliz. Tan contento y tan feliz como se sentía ella. Muy a pesar suyo.

—Sólo tardaré un segundo —le aseguró ella.

Él se apartó del escritorio para darle acceso al teléfono, y quizá también para darle un poco de intimidad se alejó por el pasillo y fue apagando las luces de la zona posterior de la consulta.

La llamada fue breve, aunque Ellen tuvo que escuchar de nuevo las advertencias sobre Jacob.

—¿Lista? —preguntó Jacob, reapareciendo de nuevo en la zona de la recepción.

—Lista —confirmó ella.

Durante el breve trayecto hasta su casa apenas tuvieron tiempo para hablar de la sesión de acupuntura. Ellen le indicó por dónde tenía que ir mientras jugaba con Champ, que iba cómodamente sentada en su regazo.

Cuando subieron al apartamento de la segunda planta, un delicioso aroma a asado los recibió.

Ellen no tuvo que decirle a Jacob que se pusiera cómodo. En cuanto entraron en el apartamento, éste se quitó la chaqueta de sport y la corbata. Enrolló la corbata, la metió en uno de los bolsillos de la chaqueta y después se desabrochó los primeros botones de la camisa.

Fue un proceso que provocó un nervioso aleteo en el estómago femenino.

—Champ necesita agua —dijo ella, cuando él la sorprendió mirándolo, aunque era ella quien tenía la boca seca—. Iré a buscarla.

El apartamento no era grande. La puerta se abría a un vestíbulo entre el salón y el comedor. La cocina estaba detrás de la zona de comedor, y estaba comunicada con el salón a través de una barra americana. Al fondo del pasillo había dos dormitorios y un cuarto de baño.

—Puedes encender la tele mientras lo preparo todo, si quieres —dijo Ellen a Jacob desde la cocina mientras buscaba un cuenco para la perrita.

—¿Qué tal si te ayudo con la mesa? —se ofreció él, entrando en la cocina detrás de ella.

Ellen aceptó la oferta y le entregó mantelitos, platos, servilletas y cubiertos, a la vez que le indicaba la mesa redonda del comedor.

Entretanto, Champ descubrió una pelota de Janey y empezó a jugar tenazmente con ella.

—¿Quieres que se la quite? —preguntó Jacob, señalando a Champ con la cabeza.

—No, deja que juegue. Es uno de los juguetes que tengo para mi sobrina, pero no le hace mucho caso. No creo que a ella le importe — le aseguró Ellen, tratando de no pensar en lo agradable que era tener compañía en casa para cenar.

Era una escena casi familiar que le recordó lo mucho que deseaba tener un hijo. Incluso si no tenía un esposo con quien compartirlo, como estaba compartiendo aquella velada con Jacob en aquel momento.

—Creo que el asado ya está listo —anunció con una sonrisa tras apartar aquella idea de su mente.

Dejó que Jacob se sirviera la ensalada mientras ella servía el asado.

—Empieza por el principio —dijo Jacob, después de probar la carne recién asada y asegurarle que estaba deliciosa—. Dime cuál es tu opinión sobre la doctora Schwartz.

—Me gusta mucho —respondió Ellen, con toda sinceridad—. A veces me cuesta un poco entenderla, por su acento, pero lo bueno es que no le importa repetir. Es muy amable y de un trato exquisito.

—¿Y la acupuntura? —preguntó él después de tragar un bocado, evidentemente mucho más interesado por los aspectos profesionales que personales—. ¿Es dolorosa?

—En algunos puntos. No puedo negar que he notado el pinchazo cuando me ha clavado una en el dedo meñique y también la del pulgar, pero de las del abdomen casi ni me he enterado. De todas maneras, el dolor se pasa enseguida.

—¿También te ha pedido que te pusieras boca abajo para ponerte

agujas en la espalda?

—Sí.

—¿Y ésas? ¿Te han dolido?

—Algunas. Tenía un par de puntos muy tensos, y como puedes imaginar, no es muy agradable que te claven una aguja en un nudo de tensión. Pero en general no me puedo quejar. También me ha puesto ventosas. ¿Sabes qué son?

—Sí —respondió Jacob, asintiendo con la cabeza—. Calienta una especie de globos de cristal y te los pega al cuerpo como si fueran ventosas, succionando la piel.

—Sí.

—Eso te dejará marcas —advirtió él.

—¿Sí?

—Como si fueran chupetones —dijo él, con una maliciosa sonrisa más propia de un adolescente que de un sesudo ginecólogo—. Fue una de las pocas cosas que nos dijeron en la facultad en la única clase que tuvimos sobre medicinas alternativas. Y sólo para que supiéramos que si alguna vez nos llegaba un paciente con ese tipo de marcas no se nos ocurriera llamar a Servicios Sociales por malos tratos.

—¿Tanto?

Jacob arqueó una ceja.

—Desde luego se notará. No podrás ponerte un vestido ni una camiseta sin espalda durante unos días —explicó él—. Dime, en general, ¿cómo te encuentras ahora?

Ellen se encontraba perfectamente, disfrutando de su compañía y hablando con él. Mucho más a gusto de lo que debería. Pero sabía que él no se refería a eso. Jacob quería saber cómo se encontraba físicamente. —Bien, me encuentro bien —dijo ella—. Y relajada. Muy relajada.

Una sensación que prefería atribuir a la relajación tras la sesión de acupuntura y masaje y no a la posibilidad de estar cada vez más

atraída por él.

—Entonces será mejor que friegue los platos y te deje descansar —dijo él, con otra sonrisa.

Los dos habían terminado de comer, pero ninguno hizo ademán de levantarse.

Champ, que había perdido interés en la pelota, se acercó a su dueño. Éste la sentó en su regazo y cambió de tema.

—Cuando estabas hablando con tu hermana por teléfono, he estado pensando. Es posible que estudiara con una tal Sara Gardner. Así es como me dijiste que se llama tu hermana, ¿no?

—Sí. Bueno, Sara Gardner era su nombre cuando estaba en la universidad. Ahora es Sara Wirth —dijo Ellen, confirmando que habían estado en el mismo curso.

Jacob alzó una de las cejas otra vez.

—¿Sabías que estudié con tu hermana? —preguntó.

—Ella te recuerda —respondió ella, evasiva.

«Pero por favor, no recuerdes nada de mí».

—¿Y no me dijiste nada? —Sara me dijo que seguramente tú no la recordarías, así que no había motivo para decir nada.

«Y yo no quería que recordaras los rumores que había sobre mí», añadió para sus adentros.

—El nombre de tu hermana me suena, pero si quieres que te diga la verdad, si la viera por la calle no creo que la reconociera —admitió él—. ¿Y tú? ¿Dónde te licenciaste?

—También en Saunders, aunque unos años antes que vosotros dos.

Ellen contuvo el aliento, a la espera de que él recordara el escándalo en el que ella se había visto envuelta el último año de carrera. Esperando a que Sara no fuera la única Gardner cuyo apellido le sonaba de su época en la universidad.

—¿Te acuerdas de Gilbert Harrison? —preguntó entonces Jacob.

«¡Lo sabe!», se lamentó Ellen para sus adentros, sintiendo que se

le caía el alma a los pies.

Sin embargo hizo un esfuerzo para mantener la calma y dijo:

—Claro que me acuerdo del profesor Harrison.

—¿Sabes que la junta lo quiere echar? Quieren despedirlo. Ellen tardó un momento en darse cuenta de que Jacob no estaba hablando de su pasado. Quizá la referencia a Gilbert Harrison no tuviera nada que ver con ella.

—¿Quieren echar al profesor Harrison? —preguntó Ellen, con incredulidad.

—Como lo oyes. Sobre todo el presidente del consejo de administración de la universidad, Alex Broadstreet.

—¿Por qué? —preguntó Ellen, sorprendida—. El profesor Harrison era, y estoy segura de que sigue siendo, un buen hombre y un excelente profesor. Siempre se preocupó mucho por los alumnos, a quienes ayudaba de forma totalmente altruista. Mucho más que cualquier otro profesor, o tutor, o administrador.

La pasión con la que Ellen defendió a su antiguo profesor hizo que Jacob arqueara las cejas.

—Pareces tener información de primera mano sobre sus actividades.

Pero si él no sabía nada de sus problemas en Saunders, ella no tenía la menor intención de contárselos.

—Sé que no se merece que lo expulsen —dijo ella con firmeza—. ¿Con qué motivo?

—La junta asegura que está anticuado —explicó Jacob—. Los alumnos acuden a él con sus problemas, y él lucha por ellos. Lo consideran un amigo y un aliado...

—Porque eso es lo que es —aseguró Ellen con pasión.

—Sí, pero la junta no quiere que sea tan colega de los alumnos. En realidad, lo que creo es que quieren meter a alguien nuevo que no cuestione sus decisiones, alguien a quien no le importe ser una marioneta más del consejo de administración —explicó Jacob—. Pero

ahora dicen que Gilbert siempre ha hecho cosas no muy legales para ayudar a los estudiantes. Y Broadstreet está empeñado en llegar hasta el final. Básicamente, está empeñado en encontrar un motivo para despedirlo.

—Eso es terrible.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para impedirlo, pero...

—¿Quiénes? —lo interrumpió Ellen.

—Un grupo de antiguos alumnos del profesor. David y Sandra Westport, Kathryn Price, Nate Williams, Rachel James y yo.

—A Nate Williams lo conozco.

—¿De Saunders?

—No, no lo conocí allí. Ni siquiera sabía que había estudiado en Saunders. Es abogado defensor, y me he enfrentado a él en varios casos. Algunos de los otros nombres me suenan, pero no los conozco. Excepto a ti. ¿Cómo os habéis enterado, y cómo decidisteis ayudarlo?

—Nos lo pidió él mismo. Gilbert nos llamó a unos cuantos de sus antiguos alumnos y nos pidió que hiciéramos lo que estuviera en nuestras manos para evitar su expulsión. Todos hemos declarado que sólo ha hecho cosas buenas y desinteresadas por nosotros y que nunca ha hecho nada inapropiado. Que en mi caso, probablemente como el tuyo, es muy cierto —explicó Jacob.

Ellen creyó escuchar cierto interrogante en la voz masculina, como si sospechara que ella también había tenido una relación especial con el profesor Harrison y esperara que la compartiera con él.

Sin embargo, eso no iba a suceder. Después de todo, él tampoco le había contado qué era lo que Gilbert hizo por él en su época de universidad.

Como ella no dijo nada, Jacob continuó hablando.

—Sin embargo, defenderlo está resultando ser bastante difícil ya

que él no está colaborando mucho.

—¿Quieres decir que no está apelando a su inocencia?

—Exacto, y no sabemos por qué —dijo él. Tras una breve vacilación, miró a Ellen a los ojos—. ¿Crees que tu hermana o tú podéis aportar algo que podamos utilizar en su defensa?

Ellen no podía decir lo que ella sabía, a pesar de ser consciente de que era una oportunidad para devolver el favor al hombre que le había salvado el cuello y gracias a quien había podido continuar con su carrera profesional.

—Sé que Sara nunca trató con el profesor Harrison, pero a mí me gustaría colaborar en lo que pueda —dijo, tras meditarlo brevemente.

—Ahora no se me ocurre exactamente qué, pero podría estar bien tener un fiscal federal de nuestro lado.

—Cierto —dijo ella, sin revelar nada más.

—La próxima reunión del grupo es el jueves por la noche, cuando cierre la consulta. ¿Por qué no vienes conmigo? Te presentaré a los demás y quizá a alguien se le ocurra cómo puedes colaborar.

Y además eso significaba poder pasar otra velada con él, fue lo primero que le vino a Ellen a la cabeza. Había disfrutado una vez más de su compañía y desde luego no tenía ganas de desaprovechar la oportunidad de volver a verlo.

—Será un placer —dijo ella. Pero acto seguido, como temiendo que Jacob malinterpretara su interés, añadió—: Estaré encantada de poder ayudar al profesor Harrison.

—Bien, entonces quedamos para el jueves —dijo Jacob.

Después, miró al reloj que estaba colgado en la pared del comedor y dijo:

—Será mejor que me vaya y te deje descansar.

—Estoy bien. Me siento maravillosamente...

Ellen se interrumpió. Una vez más, había sido incapaz de reprimirse y había estado a punto de poner de manifiesto lo mucho

que le gustaba su compañía.

—Pero seguro que Champ y tú estáis cansados y queréis volver a casa.

Jacob volvió a esbozar una ligera sonrisa. ¿Se habría dado cuenta?

Sin embargo no dijo nada. Tomó a la perrita dormida en una mano y se levantó.

—Te la sujetaré mientras te pones la chaqueta —sugirió ella, tomando a la perrita de su mano.

Ellen acarició a la schnauzer mientras observaba a Jacob ponerse la chaqueta. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no estirar la mano y acariciar los músculos que se adivinaban bajo la tela.

¿Se había vuelto loca? Cuando Jacob terminó, Ellen le entregó a la perrita de nuevo.

—Está agotada —dijo él, sonriendo, mientras se apoyaba a la pequeña en el pecho, como si fuera un cojín hecho especialmente para ella.

Un cojín que Ellen deseó para sí al sentir la imperiosa necesidad de apoyar la cabeza en el pecho masculino.

Sin saber de dónde había salido aquel intenso deseo, Ellen aspiró hondo y se alejó de él, yendo hacia la puerta.

—Gracias por traerme —dijo.

—Gracias a ti por la cena —respondió él, deteniéndose en el umbral de la puerta en lugar de salir hasta el pasillo—. Y por la compañía —añadió en un tono más suave y con una sonrisa tan sexy que Ellen sintió un repentino aumento de la temperatura corporal.

Los ojos azules oscuros del hombre permanecieron un largo rato en ella, mirándola de una manera que no tenía nada que ver con la relación entre un médico y una paciente. Era la mirada de un hombre a una mujer.

Una mirada que decía cuánto le gustaba lo que veía.

Entonces, los labios masculinos se curvaron ligeramente y él se inclinó hacia delante para besarla. Un beso rápido como un rayo, que

apenas le rozó los labios, y que fue casi como si no la hubiera besado.

—Buenas noches —dijo él, con una sonrisa más amplia y complacida.

¿Por qué? ¿Por él? ¿Por ella? ¿Por el beso? ¿O por el hecho de que ella no retrocedió ni lo abofeteó?

Ellen no lo sabía.

—Buenas noches —respondió, con una voz tan perpleja y confusa como se sentía.

Pero su perplejidad y su confusión ante el beso del imponente doctor Jacob Weber no fueron nada en comparación con lo que sintió cuando él se fue y ella cerró la puerta.

Porque además de sentirse perpleja y confusa, por dentro se sentía totalmente en ebullición.

Y aunque era posible que la sesión de acupuntura pudiera tener algunos efectos secundarios que no esperaba, estaba segura de que aquella sensación no tenía nada que ver con las agujas de la doctora Kim, sino con el beso del doctor Weber.

Capítulo 6

Cuando sonó el teléfono a las siete y media de la mañana siguiente, Ellen supo quién era antes de responder. Su hermana era la única persona que llamaba a aquellas horas.

—Hola, Sara —dijo descolgando el teléfono de la cocina mientras se preparaba una tostada antes de salir a trabajar.

—Oh, bien. Sigues viva.

—Viva y coleando —le aseguró su hermana, riendo.

—¿Incluso después de una sesión de agujas clavadas por todo el cuerpo y de que el doctor Jacob Weber te llevara a casa?

—Por difícil que te resulte creerlo, es la verdad.

—No me hubiera importado ir a recogerte —le insistió Sara.

—Lo sé, pero él se ofreció y no me pareció muy cortés no aceptar.

—Bueno, venga, dame los detalles sangrientos —le ordenó Sara.

—¿Sobre la acupuntura o sobre el trayecto al casa?

—Empieza con la acupuntura, y después cuéntame lo peor.

Entre mordisco y mordisco de tostada, Ellen le contó a su hermana los detalles de su primera experiencia con la medicina china, sin mencionar el hecho de que había terminado con toda la espalda llena de marcas, ya que sonaba bastante peor de lo que era en realidad y no quería alarmar a su hermana.

—No parece tan horrible —dijo Sara, cuando Ellen terminó.

—No tiene nada de horrible —insistió Ellen, en tono serio—. De hecho, es mucho más humano y más natural que cualquiera de los procedimientos y tratamientos a los que me he sometido en los últimos tres años a manos de la medicina occidental. Y creo que esta noche he dormido mejor que nunca.

Cuando por fin logró quedarse dormida, claro, lo que no ocurrió casi hasta las dos de la madrugada, porque no había podido dejar de pensar en los problemas de su antiguo profesor y sobre todo en el beso de Jacob. Aquel beso prácticamente insignificante e inexistente cuya intensidad y significado se había multiplicado por mil en su mente.

—Me alegra que la acupuntura estuviera bien —dijo entonces Sara—. Ahora cuéntame lo peor.

—No estuvo tan mal —dijo ella—. De hecho, estuvo bien. Jacob se quedó a cenar, su perrita estuvo jugando con una de las pelotas de Janey y debo decir que fue una velada bastante agradable.

—Vaya, te tiene totalmente engañada.

—O a ti —respondió Ellen, casi como un resorte. Pero prefirió restar importancia al comentario de su hermana—. Lo único que sé es que cuando quiere puede ser un hombre muy agradable e interesante.

—¿Qué es lo que pretendes, intentar humanizar al monstruo? —preguntó su hermana, divertida.

—No, en absoluto. No tengo la menor intención de cambiar a nadie. Sólo sé que he estado dos tardes con Jacob y debo decir que han sido muy interesantes.

—Jacob... Es la segunda vez que lo llamas por su nombre de pila.

—Es su nombre —dijo Ellen, sin tratar de justificarse—. Es como lo llamo cuando no lo llamo «cariño», «tesoro», o «pichoncito». Esta vez Ellen consiguió lo que quería: que Sara se relajara y soltara una carcajada.

—No sabes lo que daría por escuchar a alguien llamar a Jacob Weber «mi pichoncito».

—Pues empieza a ahorrar —dijo Ellen, riendo a su vez. Después cambió de tema—. Pero me alegro de que hayas llamado. Tengo un dilema y necesito tu ayuda.

—¿Un dilema relacionado con Jacob Weber?

—No, Sara, ya no estamos hablando de él. Es por otra cosa completamente diferente. Tengo que tomar una decisión que tiene implicaciones morales y éticas, y no sé qué hacer. Pero a ti eso se te da bien, y me gustaría saber tu opinión.

—¿Es algún caso en el que estás trabajando?

Ellen sonrió.

—No, no tiene nada que ver con el trabajo. Ya sabes que no puedo hablar con nadie de mis casos fuera de la fiscalía.

—Está bien, entonces cuéntame —dijo Sara.

Ellen aspiró hondo antes de continuar.

—Hace mucho tiempo descubrí un secreto sobre alguien por casualidad. Y ese alguien me hizo jurar que no lo diría nunca a nadie.

—¿Un secreto que iba contra la ley?

—Sí, quizá... no lo sé. Algo bueno que no tenía la obligación de hacer, pero que no quería que se supiera. Esa persona había hecho algo muy importante para ayudarme y yo me sentía en deuda con ella, por lo que accedí a guardar el secreto. No porque yo lo hubiera revelado a nadie, ya que no era asunto mío y no tenía ninguna razón para contárselo a nadie, pero el caso es que prometí no decirlo nunca a nadie.

—Y es evidente que no se lo has dicho nunca a nadie, porque no tengo ni idea de lo que estás hablando, y si se lo hubieras contado a alguien, me lo habrías contado a mí, de eso no me cabe la menor duda —dijo Sara, con total seguridad.

—Así es —confirmó Ellen.

—Pero ahora quieres contárselo a alguien —dijo Sara.

—Bueno, ahora esa persona tiene un problema muy importante, un problema que no debería tener, y está siendo tratada injustamente. Pero si lo que yo sé sobre esa persona se supiera, es posible que la ayudara a salir de esa situación.

—Y esa persona, ¿por qué no utiliza el secreto que tú conoces para defenderse? —razonó Sara.

—Porque hizo la misma promesa de mantener el secreto a otra persona, y quiere mantener la promesa a pesar de que en realidad puede perjudicarla. Dada la nueva situación, ¿crees que debo contar el secreto para ayudarla?

—Hmm —musitó Sara.

—Ya te he dicho que era un serio dilema.

—Envuelto en un acertijo y atado con una adivinanza.

Y eso sin que Sara supiera que revelar el secreto también sacaría a la luz el secreto mejor guardado de su propia vida. Un secreto que ni siquiera su hermana conocía porque Ellen se había sentido demasiado avergonzada para compartirlo incluso con su familia.

—¿Qué harías en mi lugar? —preguntó Ellen—. ¿Romper la promesa y contar el secreto para ayudar? ¿O decidir que si esa persona está tan resuelta a mantener el secreto yo debo hacer lo mismo y no decir nada?

—¿Contar el secreto afecta a alguien más? —preguntó Sara.

—Supongo que puede demostrar que la persona mostró cierto favoritismo, pero no creo que haga daño en sí mismo. Es más el hecho de ir en contra de los deseos explícitos de esa persona e incumplir la palabra que le di. A alguien que la había ayudado y era lo único que le había pedido a cambio.

—Bien, vamos a repasarlo para ver si lo he entendido bien —dijo Sara, como si hubiera oído lo suficiente para tomar una decisión—. ¿Revelar el secreto ayudaría a esa persona y no haría daño a nadie?

—Así es.

—Y por lo que tú sabes, esa persona mantiene el secreto porque se lo prometió a otra persona, aunque contarle tampoco hace daño a esta persona.

—Así es.

—Y contar el secreto puede ayudar mucho a esa persona, y esa persona no se merece lo que está sucediendo y merece que la ayuden...

—Así es.

—En ese caso, supongo que por el bien de la persona misma, deberías contar el secreto —concluyó Sara—. Aunque se enfade contigo por hacerlo.

¿Y aunque saque a la luz el secreto que Ellen había esperado llevarse a la tumba?

—Mm... —fue la lacónica respuesta de Ellen.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó Sara.

—No es eso. Es que es complicado. Y no me gusta incumplir mis promesas. —Pero ¿cómo te sentirás si no haces nada y ocurre algo malo por no hacerlo? —razonó Sara.

—Me sentiré fatal —dijo Ellen. Pero a pesar de todo no estaba todavía convencida de hacerlo—. Supongo que tengo que seguir meditándolo un poco más.

—Vale, pero hazlo sin la compañía de Jacob Weber, por favor —dijo su hermana, volviendo a lo que parecía ser su tema favorito.

—Estoy con él todas las tardes cuando voy a su consulta —recordó Ellen a su hermana, omitiendo que había quedado con él el jueves después de la sesión de acupuntura.

Y que tenía muchas ganas de que llegara ese momento.

—Tengo que colgar o llegaré tarde al trabajo —dijo—. Gracias por escucharme y dale un beso a Janey de mi parte.

—Lo haré. Ya me dirás lo que decides sobre el dilema.

—Cuando tome una decisión —dijo Ellen, aunque no estaba muy segura de querer compartir su secreto con su hermana.

Cuando Jacob entró por la puerta de su despacho privado en la consulta aquella tarde, escuchó la voz de Kim Schwartz en la sala de espera.

—Bien, parece que hemos llegado a tiempo —susurró a Champ, que iba en el bolsillo de su chaqueta.

Después de encender la lámpara de su mesa, sacó a la perrita del bolsillo y la dejó en el suelo.

Aquella noche la doctora china se había reunido con todo el grupo que se estaba sometiendo al estudio de medicina alternativa para enseñarles a meditar, y después tenía una cita individual con cada paciente para enseñarles los puntos de acupresión que debían estimular en casa como complemento a las sesiones de acupuntura.

Jacob había estado presente al principio de la sesión, pero se fue cuando por fin decidió hacer algo a lo que llevaba dándole vueltas todo el día.

Desde la puerta entreabierta de su despacho vio a la doctora dirigirse con una paciente a una de las salas de examen para las lecciones individuales de acupresión, y se dijo que no tenía mucho tiempo.

Cerró la puerta para evitar que Champ se escapara y después se quitó la chaqueta, la colocó en el armario y entró en su cuarto de baño para afeitarse. Mientras lo hacía, no pudo evitar preguntarse por qué demonios había tenido que planificar un rato a solas con Ellen Gardner después del tratamiento.

¿Planificar?

Más bien conspirar.

Conspirar para pillar a Ellen antes de que se fuera y conseguir que se quedara a compartir con él la cena que había hecho a buscar.

¿Qué mosca lo había picado?, se preguntó mirando su reflejo en el espejo. ¿Por qué se había dejado llevar por aquel impulso tan irracional?

Por curiosidad. Exclusivamente.

Sentía una gran curiosidad por conocer la relación de Ellen Gardner con Gilbert Harrison, y también la fuerte lealtad de la fiscal federal hacia su antiguo profesor. Jacob sabía que él tenía una buena razón para ayudar a Harrison a pesar de no haberlo visto al menos en diez años, pero quería saber por qué Ellen estaba dispuesta a hacerlo también.

Sentía curiosidad, a pesar de que no era asunto suyo. Sentía

curiosidad, a pesar de que los motivos de los demás compañeros que también deseaban ayudar a Harrison no le habían interesado ni preocupado en ningún momento.

Pero mientras continuaba afeitándose, Jacob se negó a seguir buscando una explicación a su falta de interés por los motivos de los demás y en la curiosidad por los motivos de Ellen.

Además, también tenía que decirle que había consultado con el resto de los antiguos alumnos que se habían involucrado en el caso de Gilbert, o al menos casi todos, y que estaban de acuerdo en que se reuniera también con ellos el jueves por la noche e hiciera lo que fuera posible por la causa.

Claro que para decírselo no habría sido necesario acercarse a la carísima tienda de comidas preparadas y pagado una astronómica cantidad de dinero por una de sus especialidades: una cesta de mimbre que contenía una cena completa para dos. Hubiera sido suficiente detenerla un momento en la sala de espera antes de que se fuera y comunicárselo sin más.

Sin embargo, hablar con ella era la razón que necesitaba para justificar su plan.

Una razón que no era únicamente que le gustaba. Que disfrutaba de su compañía, que estar con ella era relajante, divertido y excitante.

Porque a él le costaba mucho más reconocer esas razones, a pesar de que eran verdad. Dejarse llevar únicamente por ellas lo hubiera hecho sentirse débil y vulnerable, dos emociones que detestaba y evitaba a toda costa.

Jacob terminó de afeitarse y recogió la maquina de afeitar.

Se miró al espejo. Se sintió como un adolescente preparándose para hacerse el encontradizo con la chica guapa de la clase y poder caminar con ella hasta el instituto como si fuera una casualidad.

Una casualidad con una carísima cesta de picnic.

Quizá debería cancelarlo todo y olvidar su plan, se dijo.

—Aún no es demasiado tarde —dijo en voz alta a su reflejo en el

espejo.

Pero sabía que no lo haría.

Porque echarse atrás significaría intercambiar unas pocas palabras con Ellen antes de despedirse y quedarse sólo con Champ, cruzar la calle hasta su casa y pasar el resto de la velada sentado solo en el sofá de su casa. Pensando en Ellen. Como le ocurría últimamente.

Pensando en ella y deseando lo que no había deseado con ninguna mujer. Deseando escuchar su voz.

Deseando hablar con ella y escuchar sus puntos de vista.

Deseando su compañía. Y el sonido de su risa, y la suave fragancia de su perfume.

Deseando simplemente estar con ella.

Y sabía que lo desearía con tanta intensidad que se arrepentiría de no haberlo intentado. Por las razones que fueran.

En ese momento Champ lo descubrió en el cuarto de baño y le clavó los dientes en la pernera del pantalón, como luchando con él y tratando de derribarlo.

Jacob se agachó y la recogió con una sola mano, alzándola hasta su cara para mirarla a los ojos.

—Creo que dejarte dormir en mi cama me ha infectado con alguna especie de locura parasitaria —dijo a la perrita, que por toda respuesta le mordisqueó la nariz—. ¡Ay! —exclamó, echando la perrita hacia atrás—. ¿Te subo en brazos y me muerdes? ¡Vaya perrita tan mala! —la reprendió con firmeza, tratando de no reír a la vez que la dejaba de nuevo en el suelo.

Sin embargo, por un momento pensó que quizá el gesto instintivo del animal era una advertencia. Quizá iniciar una relación más íntima con Ellen podía acabar con un mordisco metafórico, como el que Champ acababa de propinarle.

«Bueno, sólo esta noche», se prometió.

«Esta noche y mañana por la noche».

Después volvería a mantener la distancia con ella.

Como había hecho siempre con las demás mujeres.

Como había hecho siempre con todo el mundo.

Aunque ahora, por primera vez en su vida, no sentía el alivio que siempre le proporcionaba tener el control de la situación.

Al contrario, lo que sentía era algo parecido a la tristeza.

Lo que era una ridiculez, se dijo mientras salía del cuarto de baño con Champ pisándole los talones.

Él no se entristecía ni se deprimía por nimiedades como no tener una mujer o alguien más en su vida. Ya no. Eso lo había superado hacía mucho tiempo, cuando aprendió que era mucho mejor estar solo, y ser totalmente independiente y autosuficiente.

—Vale, esta noche y mañana por la noche, y se acabó —se dijo, como si decirlo en voz alta equivaliera a una declaración irrevocable.

Aunque en realidad lo que estaba pensando era que al menos podría disfrutar de su compañía aquella noche y el día siguiente por la noche.

Capítulo 7

Si el sabor no les gusta, pueden mezclar las hierbas con un poco de agua y beberlo de un trago, tratando de saborearlo lo mínimo.

Ése había sido el consejo de la doctora Kim Schwartz. Ellen esperó su turno para ver a la doctora a solas después de la clase de meditación. La pequeña mujer, que rezumaba salud y energía por todos los poros, le mostró en qué puntos debía aplicar acupresión, y después la acompañó hasta la zona de recepción. Allí le entregó una segunda botella de hierbas chinas que había mezclado específicamente para ella, advirtiéndole que su sabor era un poco más desagradable que el de las primeras hierbas, y aconsejándole cómo tomarlas para evitar el sabor.

Ellen puso cuatro cucharadas de hierbas en un vaso, las mezcló con un poco de agua templada y aunque no estaban bien disueltas las bebió de un trago como si se tratara de un chupito de whisky.

Y la cara que puso después hizo sonreír a Kim.

—Lo sé, no sabe bien. Pero son buenas para el cuerpo —le dijo la doctora.

Ellen hizo un esfuerzo para sonreír, volvió a llenar el vaso de plástico con agua y lo bebió.

—Dos veces al día. Por la mañana y por la noche, con las demás —le dijo la doctora antes de despedirse y salir de la consulta.

Ellen esperó a que la mujer se fuera y no pudo contener otra mueca de asco a la vez que trataba de aclararse la garganta.

—¿Tan mal?

Jacob acababa de girar la esquina en ese momento, y sorprendió a Ellen haciendo muecas por las hierbas.

El sonido de la voz masculina la alegró de forma casi irracional, y logró esbozar una sonrisa.

—No, no tan mal —mintió ella—. Creo que deberías probarlas para comprobarlo por ti mismo.

La sonrisa que iluminó el rostro masculino le dio la respuesta.

—Ni lo sueñes —respondió él—. Kim siempre dice que las hierbas son la mayor queja que tiene de sus pacientes.

—No sé por qué —repuso Ellen, con cara de póquer—. La primera botella que me dio tenía algunas especias mezcladas, y ésta sabe a moho y naftalina, igual que las tiendas antiguas. Y en las nuevas —continuó—, hay un montón de polvo, arena y serrín. Mmmm, rico, rico, rico.

Jacob se echó a reír y después señaló con el dedo pulgar por encima del hombro en dirección a su despacho.

—Tengo algo de cena y té con sabor a frutas que puede ayudarte a quitarte el sabor, si quieres.

Ellen no estaba segura de a qué se refería. ¿Le estaba ofreciendo un mordisco de su comida, o un trago de su bebida en lugar de un caramelo o un chicle?

Sin entenderlo muy bien, optó por lo que le pareció una respuesta más segura.

—No puedo dejarte sin cena. Sólo necesito un poco de agua —dijo, llenando el vaso de agua y bebiéndolo.

Con sorpresa, vio que Jacob la miraba como avergonzado.

—En realidad —dijo él, un poco inseguro—, he traído cena para dos. Pensé que podía devolverte la cena de anoche. A no ser que tengas otros planes...

¿La estaba invitando a cenar con él?

La confusión de Ellen aumentó. Si quería cenar con ella otra vez, ¿por qué no se lo pedía directamente? ¿O era ésa su manera de hacerlo?

No lograba entenderlo, pero al ver ante ella al indómito doctor

Weber con aquella expresión de sentirse un poco inseguro y perdido no pudo evitar sonreír para sus adentros. Era agradable ver que no estaba tan seguro de sí mismo.

Además ella tampoco quería perder la oportunidad de volver a estar con él.

A pesar de que sabía que no debía.

—Mi único plan para esta noche era un sandwich y una ensalada en casa delante del televisor —dijo ella.

La expresión de Jacob cambió por completo.

—Estupendo. Ven conmigo y veremos lo que hay en la cesta que he comprado.

Jacob la llevó hasta su despacho, donde encontraron a Champ sentada sobre las patas traseras y estirando al máximo las patas delanteras y el hocico tratando en vano de alcanzar la cesta de mimbre.

¿Una cesta de picnic? Ellen no sabía qué había esperado encontrar, pero desde luego no una cesta de mimbre con una cena especial para dos. Seguro que su elaboración le había costado bastante esfuerzo.

Como si le leyera el pensamiento, Jacob dijo:

—Acaban de abrir una tienda de comida preparada no muy lejos de aquí. Yo quería probar una muestra de lo que venden, y ésta ha sido mi oportunidad. Y además he pensado que podía utilizar la cesta para llevar a Champ de un sitio a otro.

Ellen entendió perfectamente el mensaje: Jacob no quería que creyera que había preparado una cena romántica para dos. Pero dijera lo que dijera, eso era exactamente lo que era. Y ella estaba encantada. Con la cena, y con él por tener una idea tan original y ponerla en práctica con ella.

Pero tampoco quería hacerle pensar que desconfiaba de la excusa.

—¿Te molesta que nos sentemos en el suelo? —preguntó entonces Jacob—. Podemos usar la mesa del centro como mesa de comedor.

—De acuerdo —dijo ella, dejando su bolso en el sofá.

Jacob retiró las dos sillas que había junto al escritorio para hacer más sitio. También logró confundir a Champ cuando la levantó y la dejó en el sofá, pero retiró la cesta de mimbre que la perrita había estado tratando de alcanzar.

—Pobre Champ —dijo Ellen, acariciando al animal—. Se muere de ganas por hincar el diente a lo que hay en la cesta.

—Sí, le encantaría ser la primera en probarlo todo —dijo Jacob, riendo.

Ellen se sentó en el suelo, a un lado de la mesa del centro, apoyando la espalda en el sofá, mientras Jacob hacía lo mismo frente a ella.

Ellen pensó que su atuendo era más adecuado para una cena informal en el suelo que el de él. De hecho, se había cambiado el traje de chaqueta que había llevado a la fiscalía por unos pantalones vaqueros y una camiseta, pero Jacob llevaba pantalones de traje y una camisa de vestir beige, e incluso sin corbata y con las mangas remangadas no eran las prendas más adecuadas para sentarse en el suelo.

Pero a él no parecía importarle. Abrió la cesta y empezó a leer las etiquetas de lo que iba sacando.

—Parece ser que tenemos una rueda pequeña de brie con manzanas y arándanos para comer con galletas saladas. Y cruasanes con pavo, queso, lechuga, tomate, aguacate y mayonesa. También hay ensalada de patatas, ensalada de pasta con aceitunas griegas, una bandeja de verduras crudas cortadas y peladas, y de postre galletas de chocolate con coco y nueces de macadamia.

—¡Qué lujo! —exclamó Ellen.

—¿Te gusta todo?

—Me encanta todo. Y me está entrando un hambre atroz —le aseguró ella.

Jacob también sacó platos, cubiertos, servilletas y un par de

botellas de té de frutas de la cesta.

—¿Qué tal ha ido la sesión de hoy, aparte de las hierbas? —le preguntó él mientras empezaban con el brie y las galletas saladas.

—Bien —respondió ella—. La meditación te hace sentir como si estuvieras flotando, y no creo que sea difícil hacer la acupresión. Parece demasiado sencillo para que tenga algún efecto, la verdad, pero Kim asegura que es un tratamiento efectivo para muchas dolencias diferentes.

—Eso es lo que me ha dicho a mí también —confirmó Jacob.

Después del queso pasaron al resto de la comida y durante un rato disfrutaron probando los distintos manjares.

—Todo el mundo está de acuerdo en que asistas a la reunión de mañana, si sigues interesada —dijo Jacob al cabo de un rato.

Ellen sabía perfectamente a qué se refería. Apenas había dejado de pensar en Gilbert Harrison y sus problemas. Por no mencionar que hasta hacía un rato había creído que la reunión del jueves por la noche sería su siguiente oportunidad para estar con Jacob.

—Me alegro —dijo—. Cuando te dije que quería hacer lo que estuviera en mis manos para ayudarlo lo dije en serio.

—Estaría bien saber por qué —dijo él, en un tono de pretendida indiferencia.

Evidentemente Jacob seguía sintiendo curiosidad por conocer el motivo de la lealtad de Ellen a su antiguo profesor, pero ésta todavía no había decidido si quería sincerarse con él, por lo que prefirió ignorar el comentario y dijo:

—Supongo que si el profesor Harrison os eligió para luchar por él fue porque mantuvisteis una estrecha relación con él.

—No puedo hablar por los demás, pero desde luego no fue mi caso. De hecho, no puedo decir que me entusiasmara la idea de ayudarlo.

—¿No? ¿Por qué no?

Jacob se encogió de hombros.

—Al principio Gilbert sólo me dijo que le gustaría verme. Pensé que estaría en algún comité de recaudación de fondos y que quería dinero, así que le mandé un cheque y lo dejé así. Pero él continuó insistiendo hasta que por fin fui a la universidad y hablé con él.

—Pero cuando te enteraste de lo que estaba ocurriendo, decidiste hacer lo que pudieras también.

Jacob no lo confirmó inmediatamente. Terminó el sandwich y pareció meditar un momento sobre sus palabras.

Después de un momento, aspiró hondo, suspiró y dijo:

—No. Tenía que reflexionar sobre algunas cosas antes de tomar una decisión. No quería involucrarme en nada que estuviera relacionado con mi pasado o mis años en la universidad. Para mí no fue una época feliz, y Gilbert me estaba pidiendo un favor que no hacía más que recordármelo, así que tardé en decidirme.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que llegue a la conclusión de que una deuda es una deuda, y yo estaba en deuda con él.

La seria expresión de su rostro le hizo pensar a Ellen que quizá había abierto una puerta de antiguos traumas y demonios. Pero no era posible. No le cabía la menor duda de que tanto el pasado de Jacob como sus años en Saunders habían sido una buena época para él.

—¿Estás diciendo que el alumno más rico y famoso de la universidad no disfrutó de sus años de estudiante entre fiestas y chicas? —preguntó ella.

Jacob le dirigió una sonrisa cargada de tristeza.

—¿El alumno más rico y famoso de la universidad?

—Ése eras tú —le recordó ella.

Él se echó a reír con una amarga sonrisa.

—Era una farsa.

La frase sonó a confidencia, pero a Ellen le resultaba difícil de creer.

—¿Qué era una farsa? —preguntó, extrañada.

—Todo. Mi vida familiar, para empezar.

—¿La vida con papá y mamá en la lujosa mansión no era lo que nosotros, simples mortales, pensábamos? —preguntó Ellen, con escepticismo.

—No hubo tal vida con papá y mamá en la mansión —dijo él—. Ésa era la imagen que yo quería dar. La verdad era muy diferente. Muy, pero que muy diferente.

—¿A que te refieres? —preguntó ella, retirando el plato.

Probablemente era una pregunta indiscreta, pero Jacob no la cortó. Terminó la cena y empujó el plato hacia atrás. Después apoyó los brazos en la mesa de centro y dijo:

—La verdad es que mi padre se largó cuando yo tenía doce años con lo poco que quedaba de la fortuna familiar después de que mi madre y él despilfarraron la fortuna que hizo mi abuelo con sus negocios textiles. Nunca lo volví a ver ni supe nada de él, y no tengo ni idea de si en la actualidad sigue vivo o no.

—Estás de broma —dijo Ellen, sin poder lo creer.

—No, en absoluto.

—¿Eso era algo que sabía todo el mundo menos yo, o...?

—No lo sabía nadie. Según mi madre, mi padre estaba de viaje, o trabajando en Europa, y como ella tampoco estaba mucho aquí, para cuando cumplí catorce años, apenas tenía que preocuparse de la curiosidad ajena.

—¿Dónde se fue cuando cumpliste catorce años?

—No desapareció por completo, que fue lo que había hecho mi padre, pero casi. Ella seguía teniendo algunas rentas heredadas de su familia, que fueron suficientes para mantener las apariencias: cirugía plástica para tener buen aspecto, ropa cara, vuelos en primera clase a visitar a amigos acomodados con los que pasaba largas temporadas sin necesidad de gastar dinero y que le permitía estar en contacto con su círculo social. Solía venir por casa dos o tres veces al año,

normalmente para recuperarse de algún que otro «estironcillo», como ella decía, y después se iba otra vez.

— ¿Y a ti te dejó con los criados?

Jacob se echó a reír.

— ¿Criados? No había ningún criado. La casa fue construida por mi abuelo, así que no estaba hipotecada, y afortunadamente mi madre al menos pagaba los impuestos, seguramente porque si el fisco le confiscaba la propiedad por deudas pendientes se descubriría el pastel. Pero aparte de eso, apenas quedaba dinero para pagar la electricidad y la calefacción, que para mí era prioritario. Incluso más importante que la comida. En invierno solía instalarme en la habitación más pequeña y cortar leña para encender la chimenea. Tuve suerte de que nunca me cortaran la electricidad ni el agua, y de poder mantener la caldera encendida para que no se helaran las tuberías.

El tono de su voz se había ido haciendo cada vez más acalorado, más irritado y más amargo. Ellen pensó que lo que estaba viendo era el origen que lo había convertido en el hombre que había sido hasta ahora.

— ¿Ni siquiera tenías comida? ¿Desde los catorce años? — preguntó ella, incrédula.

— Me las apañaba — dijo él, como si eso le pareciera mejor—. Mentí sobre mi edad y conseguí un trabajo en un supermercado de alimentación a poca distancia de mi casa. Supongo que nadie esperaba ver a un miembro de la familia Weber buscando trabajo, así que nadie sospechó de mi identidad. Además, era un trabajo nocturno de reponedor, y tampoco tenía que tener ninguna relación especial con mis compañeros. Todos entrábamos, fichábamos, hacíamos nuestro trabajo y nos íbamos. Que era exactamente lo que yo quería. Además, podía llevarme la comida que estuviera un poco pasada o caducada, o con el envase en mal estado.

— ¿E ibas al colegio durante el día?

—Sí.

—¿Y cuándo dormías?

—Después de clase, antes de empezar mi turno. Fue un buen entrenamiento para la residencia.

—¿Y nunca le dijiste a nadie que estabas solo y te alimentabas de comida caducada? ¿A ningún profesor, ni a ningún amigo de tus padres? ¿A alguien que pudiera ayudarte?

Jacob volvió a soltar una amarga risa.

—Un ala de la universidad lleva el nombre de mi familia. ¿Cómo podía presentarme ante nadie y decir que sí, que mi abuelo había ganado una fortuna pero que mi padre la había despilfarrado y se había largado con lo que quedaba sin volver la vista atrás? ¿O que mi madre era una alcohólica más interesada en divertirse que en poner comida en la mesa para su hijo, y mucho menos en regalos de Navidad o de cumpleaños? No podía permitir que todo el mundo supiera lo bajo que habíamos caído.

—Pero todo el mundo te consideraba el niño rico de Saunders. ¿Cómo lograste mantener las apariencias durante tanto tiempo? —preguntó Ellen, tratando de digerir toda la información.

—Las mantuve también era el instituto —dijo él, con sequedad—. Gracias a mi nombre. Todo el mundo me consideraba el hijo de una familia rica. Además, me esforcé por mucho en mantener las apariencias, igual que mi madre, hasta que se mató en un accidente de esquí acuático en la Riviera francesa el primer año de mi residencia. Te puede parecer extraño, pero mi orgullo estaba en juego, y hubiera hecho cualquier cosa por proteger mi nombre y el de mi familia. De hecho, es lo que hice.

—¿Sí? —preguntó ella, sin entender muy bien a que se refería.

—La única manera de mantener la farsa era no tener relaciones con nadie. No podía invitar a amigos que pudieran ver cómo vivía o hacer preguntas sobre la prolongada ausencia de mis padres. Y por supuesto nadie podía saber que trabajaba por las noches apilando

botes de mantequilla de cacahuete y que me alegraba cada vez que uno tenía el envase roto porque podía llevármelo a casa sin pagar.

Jacob se detuvo un momento antes de continuar.

—Lo que ocurre cuando tienes tanto que perder, como era mi caso, es que todo el mundo se convierte en tu enemigo. Todos representan una amenaza. Incluso una vez, cuando pensé que la amenaza era real... —se interrumpió un momento— hice algo terrible. Ellen apenas podía imaginar la soledad y la tristeza del joven Jacob, que utilizaba la arrogancia y lo que se interpretaba como esnobismo para ocultar lo que no podía llegar a hacerse público.

—Todos podemos vernos abocados a hacer cosas terribles en circunstancias desesperadas —dijo ella, sabiendo que era la persona menos indicada para tirar la primera piedra.

Jacob sujetaba el vaso de té con las dos manos y lo contemplaba con el ceño fruncido, como perdido en sus pensamientos, en su pasado.

Por fin, como si sintiera la necesidad que confesarlo todo, dijo:

—¿Conocías a un alumno de Saunders llamado Smith Parker? —preguntó.

—No —respondió ella, tras pensarlo un momento.

—Fue alumno al menos durante un tiempo. No éramos amigos, pero teníamos un par de asignaturas juntos y nos conocíamos de vista. A veces, cuando mi situación estaba especialmente mal, vendía muebles y objetos de la casa en una tienda de empeños para conseguir dinero. Siempre iba a última hora, cuando había oscurecido, para que no me viera nadie. Pero un día, Smith Parker me sorprendió in fraganti. Yo me puse histérico, pensando que me iba a delatar y...

—Y entonces fue cuando hiciste algo terrible —dijo Ellen, preocupada.

—Lo impliqué en un robo que hubo en uno de los colegios mayores femeninos —confesó Jacob, con la voz cargada de desprecio

—. No había sido él. De hecho, lo vi hace unas semanas y me dijo que él había pensado que el ladrón era yo y que estaba en la casa de empeños porque estaba vendiendo el botín, que por supuesto no era cierto. Pero cuando lo acusé en la universidad, él dejó los estudios. Aunque no la universidad. Nunca terminó la carrera y terminó trabajando en el equipo de mantenimiento de Saunders.

—¿Por lo que tú dijiste de él? —preguntó Ellen, tratando de mantener un tono neutral de voz.

—Cuando me encontré con él por casualidad hace unas semanas, decidí que ya era hora de pedirle perdón. Le convencí para vernos y le pedí perdón. Le dije que siempre había sentido remordimientos por lo que le hice, por arruinar su vida. Pero él me dijo que había dejado los estudios por voluntad propia, aunque no sé si es cierto. Ellen entendía la desesperación de Jacob, pero no podía condenarlo tanto como él se condenaba a sí mismo. También sabía que nada de lo que dijera podría cambiar lo que estaba hecho, así que no lo intentó. Sin embargo, decidió continuar con el tema de que estaban hablando, el de Gilbert Harrison.

—¿Tuvo que ver algo en esto el profesor Harrison? ¿Hizo algo en ese período que se convirtió en la deuda que aseguras tener contraída con él?

Jacob sacudió la cabeza, con las manos todavía sujetando el vaso.

—No. Esa es una época de mi vida que prefiero no recordar. Pero Gilbert me hizo dos favores, y yo sabía que tenía que ayudarlo por doloroso que fuera para mí.

—¿Dos favores? —repitió Ellen, para instarle a continuar.

—Descubrió mi situación, pero no por la tienda de empeños. Por casualidad descubrió que por las noches trabajaba de reponedor en el supermercado. Al día siguiente me llamó a su despacho y me lo dijo. Tenía mis notas delante de él, y me dijo que serían mejores si concentraba toda mi energía en las clases. No sé muy bien por qué lo hice, pero me sinceré con él. Supongo que entonces ya no tenía edad

para que el estado se ocupara de mí, se hiciera cargo de mi tutela y acusara a mis padres de negligencia y abandono de un menor, así que ya no importaba. Gilbert me aseguró que mantendría el secreto. Ése fue el primer favor que me hizo.

—¿Y el segundo?

—Del segundo no estoy seguro de que fuera él, pero poco después me concedieron una beca completa que incluso incluía una cantidad para vivir, por lo que pude dejar el trabajo y concentrarme en los estudios. El benefactor era anónimo, y pensé que Gilbert había presentado una solicitud de mi nombre. Tras mucho insistir, reconoció que había sido él. Ahora que ya no tenía que trabajar, mis notas mejoraron notablemente y así pude entrar en la facultad de medicina. Continué teniendo becas hasta que me licencié en Harvard, gracias a Gilbert y al benefactor anónimo.

—¿Pero sigues sin saber quién era ese benefactor? —preguntó Ellen.

—Se lo pregunté a Gilbert en repetidas ocasiones, pero nunca quiso decírmelo. Me dijo que de la misma manera que guardaba mi secreto, guardaba también el de la identidad del benefactor —explicó Jacob. Después estuvo callado durante un minuto—. Fuera quien fuera, me cambió la vida.

Ellen asintió, consciente de que la pelota estaba ahora en su campo, aunque Jacob no lo supiera.

—¿Qué pasará si el profesor Harrison pierde su batalla contra la junta? —preguntó.

—Que perderá su trabajo.

—Lo sé, pero me refiero a si tiene el futuro asegurado. Quizá pueda jubilarse anticipadamente y dedicarse a viajar por el mundo, o hacer lo que nunca ha podido hacer por falta de tiempo, como hacen muchos jubilados.

Jacob sacudió la cabeza.

—Gilbert no es el hombre que era. Ahora su trabajo es toda su

vida, sobre todo desde la muerte de su esposa. Ni siquiera quiero pensar en lo que hará si pierde esta batalla. Lo que sé es que si se queda sin trabajo será un hombre perdido. Por eso tenemos que asegurarnos de que lo mantiene.

Ésa era la indicación que Ellen necesitaba para revelar su secreto. Si era tan importante para su antiguo profesor, ella iba a tener que romper su promesa para ayudarlo.

Esta vez Ellen respiró profundamente. Después, empezó a jugar con la servilleta de papel, doblándola en forma de estrella, mientras decía muy despacio:

—Yo sé algo que probablemente se podrá utilizar en defensa del profesor.

—¿Tú?

Ellen cambió de postura, ladeándose ligeramente y apoyando el peso sobre la cadera y el brazo en el sofá, con el que podría acariciar a la pequeña schnauzer, que dormitaba plácidamente, en lugar de mirar directamente a Jacob.

—Yo también hice algo terrible una vez —empezó ella—. Mi último año en Saunders fue una pesadilla. Poco después de Navidad mis padres murieron en un accidente de coche y yo caí en una fuerte depresión. Mis notas bajaron considerablemente, e incluso suspendí la asignatura de ciencias políticas, la más importante, lo que significaba que no iba a poder licenciarme y mucho menos matricularme en la facultad de derecho, que era lo que deseaba. Estaba desesperada —le explicó—, y un día me colé en Secretaría y busqué mi expediente académico para cambiar la nota.

Ellen tuvo que hacer una pausa para tragar la vergüenza que sentía. —Nunca se lo he contado a nadie —susurró.

—Tranquila, cariño... —le aseguró Jacob, con una voz tranquilizadora—. Como has dicho tú misma, en circunstancias extremas todos hacemos cosas de las que luego nos arrepentimos.

Ellen asintió pero no se sintió mejor. A pesar de que agradecía su

comprensión.

—Me pillaron —continuó—. Ya había cambiado la nota, pero todavía estaba con los expedientes que no debería ver. Tuve que presentarme ante el consejo escolar. Nadie se dio cuenta del cambio de nota porque el profesor de aquella asignatura estaba de baja médica, pero a pesar de todo me habían sorprendido haciendo algo éticamente reprochable.

—Que en principio significaba que nunca te aceptarían en la facultad de derecho.

—Casi con toda certeza. Pero cuando estaba segura de que me iban a expulsar de Saunders, el profesor Harrison, que era mi tutor, me ayudó. Dijo al consejo que estaba trabajando para él, que él me había pedido que archivara unas cosas, y que por eso estaba en Secretaría mirando los expedientes. Me salvó. De no ser por eso, ahora no estaría aquí.

De soslayo, Ellen vio cómo Jacob asentía. —El problema es que si la junta se entera de eso las cosas no harían más que empeorar para Gilbert —dijo Jacob.

—Tienes razón. Pero lo que te quería contar es mucho más importante que eso.

Capítulo 8

Ahora que había llegado hasta ahí. Ellen sabía que tenía que continuar.

—Lo que puede ayudar al profesor es algo que descubrí mientras buscaba mi expediente.

—¿Qué fue? —preguntó Jacob.

Ellen respiró hondo, resignándose a romper su promesa ahora que había empezado.

—Lo que descubrí fueron informes sobre las becas que recibían algunos alumnos dependiendo de sus necesidades económicas. Y había notas sobre las supuestas procedencias de esas becas, que en realidad ocultaban la verdadera identidad del origen de dicho dinero.

Levantó los ojos y miró a Jacob.

—No vi tu nombre en concreto, pero lo que vi es prueba suficiente para demostrar que Gilbert Harrison era el benefactor anónimo de muchos estudiantes, y tengo que asumir que también lo fue tuyo. Una expresión de incredulidad cubrió el rostro de Jacob.

—¿Gilbert?

—Cuando me ayudó a salir de aquel embrollo, le di las gracias y le pregunté por qué lo había hecho. Me respondió que me conocía y que sabía que merecía su ayuda. Pero también quiso saber qué había visto en los expedientes. Fui sincera con él, y le dije que había visto su programa anónimo de ayudas. Entonces me contó que había heredado una importante cantidad de dinero de su abuelo, un dinero que su abuelo había ganado poco antes de morir —continuó explicando Ellen—. El profesor Harrison había utilizado parte del dinero para pagar sus estudios y para complementar el bajo salario

de la universidad, pero con el resto decidió continuar con la generosidad de su abuelo y ayudar a otros estudiantes.

Ellen hizo una pausa, para que Jacob pudiera digerir todo lo que estaba contando. Después continuó.

—El profesor Harrison insistió en que le hiciera dos promesas: una que nunca volvería a hacer nada parecido a cambiar una nota, y la otra que nunca diría ni una palabra sobre sus buenas obras. Y hasta ahora, he mantenido mi palabra en ambas cosas.

—¿Pero ahora?

—Este hombre ha ayudado de forma altruista a muchos estudiantes, y no sólo escuchándolos y apoyándolos. A mí me salvó. No sé qué hiciste tú para influir en la vida de ese Smith Parker, pero te aseguro que si me hubieran expulsado de Saunders, a mí me habrían destruido la vida. ¿Y tú, serías médico si no hubieras tenido esa beca para poder estudiar?

—No —respondió Jacob, sin tener que pensarlo dos veces—. Con las notas que tenía hasta entonces nunca me hubieran aceptado en una facultad de medicina, y mucho menos en la de Harvard.

—Y sólo somos dos de todos los estudiantes que él ayudó. No creo que la junta deba saber que me proporcionó una coartada, pero sí deben saber todo el bien que ha hecho a muchísimos alumnos a lo largo de los años.

—¿Y si él no lo quiere? No sé, me alegro de que me lo hayas contado, pero ahora no sé muy bien qué hacer con esa información.

—A mí me pasa lo mismo —le aseguró ella—. Como tú tienes más relación con él y conoces mejor su situación, creo que es más justo que seas tú quien decida qué hacer con lo que te he contado.

—Supongo que tendré que pensarlo.

Habían hablado durante mucho rato y era bastante tarde, por lo que Ellen decidió volver a casa.

—Será mejor que me vaya —dijo entonces, apoyándose junto a la mesa de centro y recogiendo los restos de la cena.

—Deja eso. El equipo de limpieza pasará dentro de un par de horas y se ocupará de todo —le dijo él.

—¿Estás seguro?

—Desde luego. Ceno aquí muchas más noches de las que me gustaría, y no les extrañará encontrarse con esto.

Otro elemento se añadió a la imagen que Ellen tenía de él, primero como adolescente solitario y ahora como hombre que seguía cenando muchas noches solo en su despacho.

Los dos se levantaron.

—¿Ya tienes tu coche? —preguntó Jacob entonces.

Ellen creyó escuchar una nota de esperanza en su voz, como si deseara de nuevo la oportunidad de llevarla casa. Algo que a ella también la hubiera complacido enormemente.

Pero era una vana esperanza.

—Me lo han devuelto esta tarde —respondió ella.

—Oh —dijo él, un tanto cohibido—. Entonces te acompañaré al aparcamiento.

—¿Champ y tú no vais a casa? —preguntó Ellen, al ver que él no hacía ademán de recoger a la schnauzer, que seguía dormida en el sofá.

Él señaló con la cabeza hacia el escritorio.

—Todavía tengo que actualizar algunos expedientes —dijo.

Ellen asintió mientras se colgaba el bolso del hombro. Jacob abrió la puerta del despacho y la invitó a salir primero.

En el ascensor encontraron a uno de los guardias de seguridad del edificio. El hombre saludó a Jacob e intercambió algunas frases con él.

Cuando Ellen y él salieron al aparcamiento, éste estaba prácticamente vacío.

—Después de la sesión de acupuntura de mañana, iremos a la reunión con los otros antiguos alumnos de Gilbert. ¿Quieres que vayamos a comer algo después? —preguntó Jacob, mientras cruzaban

el aparcamiento hacia el coche de Ellen.

—De acuerdo —dijo ella, abriendo el coche con el mando a distancia.

Jacob aceleró el paso para abrirle la puerta del vehículo, que sujetó con las manos por el borde superior de la ventanilla. Ellen dio un paso y se detuvo entre la puerta y el asiento, pero no se sentó tras el volante sino que se quedó de pie frente a él para despedirse.

—Gracias por la cena, y por todo —dijo, refiriéndose a la comprensión que Jacob había mostrado con ella.

—¿Por todo? —preguntó él, sin entender.

—Por ser tan comprensivo y por no juzgarme. Hace mucho tiempo que guardaba los dos secretos, y ahora me siento mucho mejor por haberlos compartido por primera vez.

Él asintió, entendiendo muy bien a qué se refería.

—Es duro llevar solo una carga tan pesada. Créeme, lo sé —dijo él—. Pero creo que aunque decida contar al grupo que Gilbert era el benefactor anónimo, no es necesario que sepan cómo llegaste a averiguarlo.

En ese momento, Ellen se dio cuenta de lo mucho que había confiado en él.

—Te lo agradezco —dijo.

Él parecía más enfrascado en mirarla que en pensar en Gilbert Harrison o sus problemas. Volvió a respirar profundamente, casi como si quisiera decir algo que no acababa de salir. —Me gus... ta mucho estar contigo —dijo por fin.

¿Había estado a punto de decir «me gustas», y al final no se había atrevido?

La posibilidad hizo sonreír a Ellen.

—A mí también me gusta mucho hablar contigo —dijo, con un tono divertido en la voz.

Jacob pareció darse cuenta de la interpretación de su comentario, pero su amplia sonrisa confirmó que no le importaba. Al revés, que

no se equivocaba al pensar que ella le gustaba.

Y entonces se inclinó hacia delante, por encima de la puerta del coche, y la besó.

No fue un beso rápido como el de la tarde anterior, ni tampoco un beso impulsivo. Era más bien un beso en el que probablemente había pensado mucho.

Era un beso más lento, más estudiado; un beso que dio a Ellen tiempo a reaccionar, a responder. Un beso que les dio a los dos la oportunidad de sentir los labios suaves que se abrían ligeramente y se acariciaban despacio, sin prisas.

Mientras se besaban, Ellen sintió el aliento de Jacob en la piel. Y deseó que la puerta del coche no se interpusiera entre ellos para poder sentir los brazos masculinos abrazándola, sus manos en el pelo o en la espalda, y los cuerpos pegados.

Pero nada de eso ocurrió antes de que por fin se separaran.

Después, Jacob dio un paso atrás, alejándose del coche, y le sonrió. Fue una sonrisa cálida y casi íntima, que parecía salir directamente del corazón, y que no dejaba dudas de que era sólo para ella.

—Te veré mañana por la tarde —dijo él, en un tono que expresaba lo mucho que deseaba que llegara ese momento.

Ellen asintió, pero no dijo nada. No estaba segura de tener voz suficiente para hablar cuando todavía sentía el aumento de temperatura en su cuerpo y el temblor de las rodillas.

Entonces Jacob giró sobre sus talones y se alejó, dejándole una vista de su cuerpo por detrás que ella se llevaría consigo a la cama aquella noche.

Eso y el recuerdo de un beso tierno y excitante de un hombre que estaba conquistando su corazón.

Capítulo 9

—Tengo que contaros una cosa... Ellen estaba sentada en un círculo de sillas plegables en un local comercial vacío que había junto al Westport's Emporium, un establecimiento propiedad de David y Sandra Westport, dos antiguos alumnos de la Universidad de Saunders que estaban colaborando con Jacob en la defensa de Gilbert Harrison.

También estaba Kathryn Price, a quien Ellen reconoció de las portadas de muchas revistas de su época de modelo. Junto a ella estaba Nate Williams, a quien conocía profesionalmente.

Tras intercambiar algunas palabras de cortesía con todos, Jacob tomó la palabra.

—Ellen me ha contado algo sobre Gilbert que me parece muy importante, y tras considerar qué hacer con esa información, he decidido compartirla con vosotros para que tomemos una decisión en común. Mientras Jacob hablaba, Ellen se fijó en el resto de las personas que lo escuchaban. Por lo visto, Nate Williams y Kathryn Price se habían emparejado a raíz del reencuentro propiciado por el profesor Harrison y sus problemas, y ahora se sentaban uno al lado del otro tomados de la mano.

—Por supuesto que tenemos que utilizarlo para ayudar a Gilbert. Ahora mismo. Mañana. Hoy —exclamó Kathryn Price apasionadamente en cuanto Jacob terminó con su exposición.

Al oírla, Ellen sintió la imperiosa necesidad de echar el freno y obligarlos a recapacitar un poco. A pesar de que no había querido intervenir en la exposición de Jacob para no interferir en el grupo de antiguos alumnos que el mismo profesor Harrison había

seleccionado para su defensa, ahora se vio obligada a hacerlo.

—No sé si es una buena idea —dijo despacio.

—¿No? —preguntó Jacob, sorprendido.

—Quizá se deba a los remordimientos que siento por haber contado un secreto que había jurado mantener, pero no creo que debamos precipitarnos. Recordad que el profesor Harrison siempre quiso ocultar el hecho de que él era el benefactor anónimo de tantos estudiantes y durante tantos años. Ni siquiera ahora quiere utilizarlo en su propia defensa. Por eso creo que hay que meditar bien el siguiente paso. Yo había pensado que el siguiente movimiento podía ser hablar con él y tratar de persuadirlo para que nos dé su autorización para hacerlo público.

—La voz de la razón —dijo Jacob, sonriéndole. Después, dirigiéndose al resto del grupo, añadió—: Creo que Ellen tiene razón, y que es Gilbert quien debe decidir si esto se puede utilizar en su defensa o no. Podemos hacerle saber que lo sabemos, que nos gustaría utilizarlo para ayudarlo, y ver qué dice.

—Y no esperéis que se alegre de que lo sepáis, porque no será así —insistió Ellen—. Más bien me temo lo contrario.

—Yo sólo quisiera que pudiéramos presentárselo en un frente unido —dijo Kathryn—. Totalmente unido, con Rachel e incluso Cassidy a nuestro lado. Así tendremos más fuerza.

Jacob se inclinó de lado hacia Ellen hasta que le rozó el hombro con el suyo.

—Rachel James y Cassidy Maxwell —le explicó—. Cassidy apreciaba mucho a Gilbert, y sabemos que si se entera de que está en un aprieto, querrá ayudarlo. Pero hace algún tiempo se fue a vivir a Londres y de momento no hemos podido localizarla. Y Rachel ha estado trabajando con nosotros hasta hace poco pero...

—Sí, ¿dónde está Rachel? —preguntó Nate Williams, al escuchar la explicación de Jacob a Ellen.

Fue Sandra Westport quien respondió a la pregunta.

—Le he dejado dos mensajes en el contestador sobre la reunión de hoy. No me ha llamado, pero esperaba que viniera.

—Últimamente está muy rara y muy nerviosa —observó Kathryn.

—Lo sé —dijo Sandra—. Estoy preocupada por ella.

—¿Por qué? —preguntó Nate—. ¿Le pasa algo?

—Tiene un comportamiento un poco extraño. Tienes que haberte dado cuenta —dijo Sandra.

—Yo desde luego sí que lo he notado —dijo David Westport—. ¿Cómo no? La última vez que nos reunimos para hablar sobre Gilbert, estaba distraída y era incapaz de seguir el hilo de la conversación. De hecho, creo que tenía la cabeza en otra parte.

—Sí, a mí me dio la sensación de que la preocupaba algo —dijo Kathryn. —David y yo estábamos pensando en ir a hablar con ella y averiguar qué es lo que le pasa.

—dijo Sandra.

—Me parece una buena idea —dijo Jacob—. Yo también la he notado muy rara.

—Y además está el tema de Cassidy —dijo Nate, cambiando de conversación.

Cassidy Maxwell era uno de los pocos nombres que Ellen reconoció de su época en la universidad, y decidió intervenir una vez más.

—Conozco alguien que conocía a Cassidy Maxwell en Saunders. Quizá él pueda ayudarnos a dar con ella. ¿Por qué no ha podido localizarla nadie todavía?

Fue Jacob quien respondió.

—Lo único que sabemos es que está en Londres, pero nada más. ¿Crees que esa persona que conoces puede saber su dirección, o su teléfono, o incluso su dirección de correo electrónico?

—La persona que conozco es Eric Barnes. ¿Os suena ese nombre? Todos negaron con la cabeza.

—Eric también estudió en Saunders. Se licenció el mismo año que

yo, y sé que Cassidy Maxwell y él eran amigos desde hacía tiempo. De hecho, creo que fue él quien me la presentó en una ocasión. Lo que sí sé es que hablaba mucho de ella. La verdad, siempre pensé que estaba enamorado de ella, pero habían crecido juntos y ella era más joven que él. Por lo que sé, siempre habían sido amigos. Muy amigos. Y si alguien puede localizarla, estoy segura de que es él. Incluso si no quiere darnos su dirección o su número de teléfono, quizá pueda ponerse en contacto con ella, contarle la situación con el profesor y que ella se ponga en contacto con vosotros si así lo desea.

—Me parece una gran idea —dijo Sandra Westport—. Y cuanto antes lo hagamos mejor. Se nos está acabando el tiempo.

—Llamaré a Eric mañana por la mañana.

La reunión terminó y todos se despidieron antes de salir del establecimiento.

Ellen sólo deseaba haber hecho lo correcto y que su antiguo profesor no la odiara por ello.

Capítulo 10

—¿Te gusta el sushi? —preguntó Jacob a Ellen, una vez sentados en su Porsche después de la reunión.

—¿Pescado crudo? —dijo ella, con desdén.

Jacob se echó a reír.

—Pescado crudo exquisito. Supongo que no lo has probado nunca.

—A mi hermana le gusta, pero a mí no me llama la atención especialmente, si quieres que te diga la verdad.

—El restaurante que estoy pensando también tiene opciones cocinadas. Incluso sirven solomillo y salmón a la plancha, si no te apetece experimentar. ¿Qué te parece?

—El solomillo y el salmón bien, pero no prometo nada sobre el sushi —dijo ella, aceptando—. ¿Es un sitio muy elegante? —preguntó, mirando los pantalones de tela caqui y la camiseta roja de manga corta que llevaba. Jacob apartó los ojos de la carretera un segundo para sonreírle.

—Estás perfecta —le aseguró.

El restaurante estaba a mitad de camino entre la tienda de los Westport y la consulta de Jacob, así que no tardaron en llegar. Puesto que ya era bastante tarde, la mitad de las mesas estaban vacías y no tuvieron que esperar.

Era un lugar tranquilo, con decoración modernista e iluminación indirecta, donde se podía hablar sin tener que levantar la voz.

Jacob convenció a Ellen para que probara unos rollos de sushi con el salmón, y después le enseñó a utilizar los palillos, que era lo único que había en las mesas a modo de cubiertos.

Ellen intentó utilizarlos sin éxito varias veces, hasta que el camarero le trajo un tenedor sin preguntar.

—Estupendo. Me he puesto en evidencia delante del camarero — dijo ella, cuando éste se retiró.

—Yo no tengo la culpa de que no sepas hacer lo que hacen hasta los niños chinos de tres años — comentó él, divertido.

Cuando terminaron de comer y estaban compartiendo un plato de tiramisú de postre, Jacob se apoyó en el respaldo de la silla y clavó sus ojos azul marino en ella.

—Y dime, ese Eric Barnes — dijo —, ¿es un alumno de Saunders con quien sigues manteniendo contacto?

—Más o menos — respondió Ellen.

¿Era su imaginación o había un toque de celos en la voz masculina?

—¿Más o menos?

—No es que quedemos con regularidad ni que seamos lo que se puede llamar amigos. Somos conocidos que fuimos juntos a la universidad y que ahora nos encontramos con relativa frecuencia por casualidad. Supongo que se puede decir que nos movemos en los mismos círculos. Trabajamos relativamente cerca y de vez en cuando nos encontramos en acontecimientos sociales. El es asesor político, y en época de elecciones hemos trabajado como voluntarios con los mismos candidatos.

—¿Pero tienes su número de teléfono y puedes llamarlo cuando quieras?

Si aquello no eran celos, Ellen no sabía qué otra cosa podía ser. Y no pudo evitar una sonrisa para sus adentros.

—Nos conocemos desde hace tiempo, pero mantenemos la misma relación de cuando estábamos en la universidad. Hemos comido o cenado juntos alguna vez, e incluso hemos compartido alguna pizza mientras metíamos papeletas en sobres. También nos hemos pedido favores el uno al otro alguna vez, y eso es lo que haré

mañana.

—¿Nunca has salido con él como pareja?

No había la menor duda. Jacob Weber estaba celoso ante la idea de que ella podía haber mantenido una relación romántica con Eric Barnes. Y eso la hizo sonrojarse.

—Bueno, tuvimos un tórrido romance en la universidad, y cuando cortamos hicimos el pacto de vernos una vez al año en un lugar secreto para un par de días de desenfreno sexual. Pero aparte de eso... —dijo Ellen, con la cara seria.

Esta vez fue Jacob quien sonrió, al darse cuenta de que Ellen le había leído el pensamiento.

—¿En qué época del año? —preguntó él, continuando con la broma.

—En primavera —respondió ella—. Cuando florece el amor.

—¿Y si alguno de los dos está con otra persona?

—Les mentimos sin ningún tipo de reparo y los abandonamos durante un par de días —respondió Ellen, con expresión teatral.

—Está bien saberlo —respondió Jacob, arqueando una ceja.

Ellen se echó a reír y respondió a la pregunta inicial.

—Nunca he salido con Eric Barnes. Como he dicho en la reunión, siempre me pareció que estaba enamorado de su amiga Cassidy Maxwell. A lo mejor entablaron por fin un relación sentimental, la cosa entre ellos no terminó bien, y por eso ella está ahora en Londres de incógnito.

—No creo que esté de incógnito. Lo que pasa es que ninguno estamos dispuestos a ir a Inglaterra y empezar a ir de calle en calle gritando su nombre a ver si la encontramos —le explicó Jacob—. Pero espero que ese Eric Barnes no saliera con ella ni la cosa terminara mal, porque si así fuera estaría menos dispuesto a ayudarnos a encontrarla.

—Déjame a mí —dijo Ellen, con fingida expresión seductora—. Eric nunca se ha podido resistir a mis encantos.

—Estoy seguro —dijo Jacob, con otra sonrisa.

Tan enfrascados estaban el uno en el otro que apenas se dieron cuenta de que el restaurante estaba cerrando. Por fin, un camarero se acercó con la cuenta, Jacob pagó y los dos salieron al exterior.

—¿Qué te ha parecido? —dijo él, mientras le abría la puerta del Porsche para que se montara—. Sé que el pescado crudo es fantástico, pero ¿qué tal estaba la comida pasada por la sartén?

—Deliciosa. Tendré que decírselo a mi hermana. A su marido no le gusta el pescado crudo, así que este restaurante es perfecto para los dos —respondió Ellen, pensando que también lo era para ellos dos.

Jacob deslizó diestramente el Porsche entre el tráfico nocturno y condujo en dirección a casa de Ellen.

—Tu hermana, Sara, ¿es la que fue a Saunders conmigo? ¿O tienes más hermanas?

—Sólo Sara.

—¿Y hermanos?

—No, sólo somos Sara y yo.

—¿Y Sara está casada?

—Sí, con un tipo estupendo llamado Andy —le aseguró Ellen.

—Y tienen una hija que tiene juguetes en tu apartamento —concluyó Jacob. —Sí. Janey. De hecho mañana cumple tres años.

—Parece que te llevas muy bien con ellos.

Ellen se echó a reír.

—Oh, sí, mucho. Sé que muchas familias no se llevan bien, pero Sara y yo siempre hemos sido muy amigas, además de hermanas. Estamos muy unidas.

—Y supongo que también te llevas bien con su marido.

—Crecimos todos juntos, por lo que Andy y yo éramos amigos antes de ser cuñados.

—¿Érais vecinos?

—Andy vivía justo enfrente de nuestra casa. Sara y él empezaron

a salir juntos en el instituto, lo que significa que Andy pasaba tanto tiempo o más en nuestra casa que en la suya. La verdad es que casi era como un hermano para mí.

—Pero no para tu hermana.

—Me temo que no —respondió Ellen, con una picara sonrisa.

Jacob sonrió también y continuó con la mirada concentrada en el poco tráfico que circulaba por las calles de la ciudad.

—¿A qué se dedica? —preguntó tras un breve silencio.

—Es un mago de los ordenadores, y se dedica fundamentalmente a diseñar programas de software. Sé que puede parecer un trabajo propio de una persona aburrida —dijo Ellen—, pero Andy no lo es en absoluto. Al contrario, es un hombre muy divertido. Con él la diversión siempre está asegurada.

Y entonces, sin pensarlo dos veces, Ellen se lanzó de cabeza al añadir:

—Mañana es la fiesta de cumpleaños de Janey, mi sobrina. ¿Te apetece venir? Así podrás conocerlos a todos.

Apenas habían salido las palabras de su boca, ya estaba casi arrepentida. Por un montón de razones. Porque implicaba presentarlo a su familia. Porque era una cita totalmente fuera del ámbito profesional. Porque significaba ponerlo ante lo que era una familia feliz, algo que él no había conocido nunca. Porque su hermana lo detestaba. Y por muchas cosas más.

Sin embargo, a pesar de todo, la decepción que la embargó al no obtener respuesta a su invitación fue mucho peor.

—Ya hemos llegado —dijo Jacob en lugar de responder a la invitación.

A pesar de que Ellen podía ver con sus propios ojos que acababan de aparcar junto a su coche en el espacio destinado a aparcamiento que había ante el edificio de la consulta de Jacob, miró a su alrededor como si no supiera dónde estaba.

Jacob apagó el motor, retiró la llave del contacto y sólo entonces

mencionó la referencia al día siguiente.

—Es verdad, mañana es viernes y no hay sesión de acupuntura, ¿no?

No era una respuesta, pero Ellen prefirió no darle más importancia.

—No, no hay acupuntura. Los próximos tres días tengo que hacer acupresión y meditación sola.

Jacob asintió.

—A tu cuerpo le sentará bien el descanso —dijo, abriendo la puerta y saliendo del coche.

Ellen hizo lo mismo antes de que él pudiera rodear el vehículo para llegar a su lado y abrirle la puerta. Los dos quedaron de pie frente a frente entre el Porsche y su coche.

—Gracias por la cena y por llevarme a la reunión —dijo ella, mientras abría su coche con el mando a distancia—. Llamaré a Eric B arnés mañana a primera hora y ya te diré lo que sea.

—Bien —dijo Jacob, como si no la estuviera escuchando. Apoyado de espaldas en el coche de Ellen, tenía los ojos clavados en ella con una expresión intensa e indescifrable.

—Me alegro de poder hacer algo por el profesor Harrison —dijo Ellen.

—Si puedes ponernos en contacto con Cassidy Maxwell será un gran paso adelante —dijo él en tono distraído, pero sin dejar de observarla intensamente ni por un segundo.

Durante unos momentos ninguno de los dos dijo nada, y Ellen decidió tomar la iniciativa.

—Será mejor que me vaya —dijo, mirando a su coche.

—Probablemente —respondió él, pero no se movió.

Se quedó donde estaba, y continuó mirándola con los mismos ojos penetrantes.

—Y tú deberías ir a buscar a Champ —le recordó ella.

—Probablemente.

Jacob dio un paso hacia delante y ella pensó que iba a alejarse de la puerta del coche para dejarla subir.

Pero no fue así.

Se acercó más a ella y le puso las dos manos en los brazos, acariciándolos con un suave masaje. —Empiezo a sentirme como un adolescente, siempre despidiéndome de ti en el aparcamiento del instituto —dijo él muy cerca de ella.

—Para que nuestros padres no se enteren y nos prohíban volver a vernos —añadió Ellen, en tono de broma.

—Detestaría no volver a verte —dijo él.

Ellen no estaba segura de si el comentario era una broma o si hablaba en serio. Por su tono de voz parecía estar hablando en serio, pero la sonrisa que tenía en los labios la hizo dudar.

—No te imaginas cuánto —añadió él, en un susurro.

Entonces tiró de ella hacia él, y cuando Ellen levantó la barbilla para mirarlo, sus bocas se encontraron.

Y aunque él parecía tener ciertas reservas para aceptar la invitación a la fiesta de su sobrina, no tuvo ninguna para besarla.

Ni tampoco Ellen.

Porque en el momento en que sus labios se rozaron, ella se olvidó totalmente de la invitación, de la fiesta y del día siguiente y pensó sólo en él y en el presente. En lo maravilloso que era tener aquellas manos grandes y hábiles acariciándole los brazos. En lo excitante que era sentir el calor de su cuerpo tan cerca. En lo bien que besaba...

Jacob separó los labios, y ella hizo lo mismo, pensando que apenas necesitaba tiempo para reconocer los deseos del otro y sentirse tan compenetrada con él.

Apoyó las manos en el pecho masculino y sintió los músculos fuertes y sólidos bajo la sensible piel de las palmas. Aspiró la fragancia de la colonia masculina y se dejó envolver por el olor del hombre, viril e irresistiblemente seductor.

Jacob la apretó contra su cuerpo, haciéndola consciente de su

propio cuerpo y de su propia reacción, al beso y a él. Los senos femeninos parecían querer salirse del sujetador mientras los pezones erectos rozaban el pecho masculino a través de la tela.

Los labios masculinos se abrieron un poco más, y los de ella también, y Ellen sintió la lengua de Jacob en ella, acariciándole primero el labio inferior, después el superior.

Ellen abrió más la boca, intensificando el beso, mientras su cuerpo cobraba vida con él.

Jacob no desaprovechó el momento y exploró con la lengua la boca femenina mientras le sujetaba la cabeza con la mano y la acomodaba a sus caricias. Y la sensación de cosquilleo que despertó en ella le hizo desear mucho más que un apasionado beso entre dos coches en un aparcamiento. Le hizo desear quitarse la ropa y sentir la piel del hombre contra la suya. Sentir sus manos y su boca en el pecho. Sentir su cuerpo unido al suyo....

Pero estaban en un aparcamiento, a la vista de todos, y nada de eso iba a ocurrir. Nada podía ocurrir con un hombre a quien apenas conocía. Un hombre que ni siquiera se había molestado en darle una excusa para no aceptar su invitación a la fiesta de cumpleaños de su sobrina.

Por eso, por mucho que estuviera disfrutando de aquel beso, Ellen empezó a tomar medidas para terminarlo.

Se echó ligeramente hacia atrás y metió las manos entre ambos cuerpos.

Después separó su boca de la de él.

—En mi instituto había guardias que regaban a las parejas con mangueras cuando las sorprendían haciendo esto —dijo, con una sonrisa forzada.

Jacob no pareció ofenderse por el beso interrumpido, porque su respuesta fue una divertida risita antes de apoyar la frente en la de ella y decir: —A mí nunca me han sorprendido, pero no me extrañaría que así fuera ahora, dado el calor que estábamos

generando.

—Sí, eso es cierto —accedió ella.

—Y no queremos que nos rieguen.

—Te aseguro que yo no.

—Así que paramos —terminó él.

Y no volvieron a empezar, a pesar de que Ellen lo deseaba con todas sus fuerzas. Incluso pensó en cruzar la calle y continuar en su casa.

Pero durante un rato continuaron como estaban, él rodeándole el cuerpo con los brazos, ella con las manos apoyadas en su pecho, y él con la cabeza sobre la de ella.

Y de repente, Jacob dijo:

—¿Sabes?, llevo un rato pensándolo, pero a no ser que haya ido a alguna cuando tenía tres años y no lo recuerde, creo que nunca he estado en una fiesta de cumpleaños de un niño de tres años.

—¿No? —dijo ella, sin entender muy bien por qué había vuelto a sacar el tema.

Entonces él se irguió y Ellen lo miró. Jacob la miraba con una suave sonrisa en los labios.

—¿Son divertidas? —preguntó, arqueando una ceja.

—¿Las fiestas de cumpleaños de tres años? —repitió ella para confirmar que hablaban de lo mismo—. Los son para los niños de tres años —dijo ella.

—Pero no para los mayores. ¿Me has invitado porque quieres verme aburrido? —preguntó entonces él.

—No son aburridas para nadie. Es genial ver cómo los niños disfrutan y se divierten, y Sara preparará una cena magnífica para los mayores, así que no estará mal. Se me ocurren ocasiones peores —dijo Ellen.

—Y así podría estar contigo.

El comentario le puso la carne de gallina, pero Ellen trató de ignorarlo.

—Sí —confirmó.

—En ese caso, creo que me gustaría ir.

¿Tanto rato había necesitado para decidirse?

Probablemente sí, pero el hecho de que hubiera tomado la decisión de ir la complació profundamente y Ellen decidió perdonarlo por el retraso.

—Si todavía quieres que vaya, claro —se apresuró a decir él, al ver que ella no respondía enseguida.

—Claro que quiero —confirmó ella, sin dudarle esta vez—. Si tú estás seguro de que quieres ir.

—Estoy seguro.

Jacob bajó la cabeza para besarla otra vez, esta vez un casto beso en los labios, antes de soltarla.

—¿Qué tal si paso a recogerte por tu casa para que no tengamos que despedirnos otra vez en un aparcamiento? —sugirió él.

—Sí, es una buena idea.

—Buscaré tu dirección en tu historial clínico. ¿A qué hora?

—Si pasas a recogerme a las seis y media, estaremos en casa de mi hermana a la hora.

—Entonces hasta mañana —dijo él, sonriendo.

Jacob se volvió y abrió la puerta del coche. Después esperó a que ella se acomodara detrás del volante para cerrarla otra vez.

—Mañana a las seis y media —repitió él, antes de dar un golpe en el techo del coche a modo de despedida.

Ellen puso el coche en marcha, hizo un ademán de despedida y se alejó.

Y entonces fue cuando se dio cuenta de que había invitado a Jacob Weber a casa de su hermana. Su hermana, que tanto lo detestaba. Sin embargo, la dulce sensación que tenía después del beso del médico le impidió preocuparse.

Al contrario, el beso y el hecho de que iba a volver a verlo al día siguiente fueron los dos únicos pensamientos que ocuparon su

mente durante todo el trayecto hasta su casa.

Capítulo 11

Lo primero que hizo Ellen el viernes por la mañana fue llamar por teléfono a Eric Barnes. Como siempre, éste se alegró de oír su voz pero dado que tenía una reunión y le era imposible hablar con ella en aquel momento, le sugirió que quedaran para comer en una cafetería cercana.

Después, Ellen hizo la segunda llamada que tenía que hacer, ésta a su hermana Sara.

—No me odies —le dijo cuando su hermana respondió al teléfono.

—¿Por qué iba a odiarte, Ellen?

—Si tuviera un lío con tu marido me odiarías —observó Ellen.

Estaba segura de que comparado con eso, invitar a Jacob a la fiesta de cumpleaños de Janey era una nimiedad.

Pero su estrategia no funcionó como esperaba porque Sara se echó a reír. —¿Andy y tú liados? Ja, ja, seguro.

—Sólo digo que si así fuera, me odiarías.

—Pero sólo por eso —le aseguró Sara—. Venga, deja de andarte por las ramas y suéltalo. ¿Sabes cuántas cosas tengo que hacer hoy?

—Vale, vale, pero prométeme que no me odiarás cuando te lo diga.

—No te odiaré.

—He invitado a Jacob Weber a la fiesta de Janey y ha aceptado.

—Te odio.

Ellen se echó a reír.

—Oh, venga...

—No lo dices en serio, ¿verdad? Estamos en septiembre, todavía

quedan unos meses para el Día de los Inocentes.

—No, es la verdad. Lo he invitado.

—Ah, Ellen... —gruñó Sara—. ¿Es que quieres estropearme la fiesta?

—Anoche volví a cenar con él y empezó a preguntarme cosas sobre ti. El caso es que se me escapó. Le dije que si quería venir a la fiesta tendría la oportunidad de conocerlos a todos.

—¿Y él aceptó?

Ellen prefirió no darle demasiados detalles de lo ocurrido y en lugar de eso dijo:

—Sí.

—¿No podías haberte liado mejor con Andy?

Buen se echo a reír otra vez y repitió;

—Venga, Sara.

—No puedo creer que Su Alteza Imperial Jacob Weber se haya dignado a aceptar. Ni siquiera se dignó a hacer un proyecto de clase con simples mortales como yo y ahora se rebaja a visitar mi humilde morada.

La misma historia de siempre.

Sólo que ahora Ellen sabía por qué Jacob había fingido creerse mejor que nadie. Por qué no quería relacionarse con los demás estudiantes y por qué había pedido hacer el trabajo solo. El motivo era proteger su secreto. Un secreto que Ellen no podía contar. Ni siquiera a Sara.

—Ahora es diferente, Sara —dijo—. A veces no tiene mucho tacto, pero es mucho más que eso. Tiene sentido del humor, es amable y cariñoso y compasivo, y...

—Y te ha hecho un lavado de cerebro.

—No me ha hecho ningún lavado de nada. Había oído hablar tan mal de él que me esperaba un auténtico monstruo. Ya te he dicho que a veces es un poco brusco y se pone a la defensiva, pero en el fondo es una persona que hay que conocer.

—¿Qué está pasando?

—¿Cómo que qué está pasando? No está pasando nada.

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué tengo la sensación de que tú ya lo conoces mejor?

La insinuación en el tono de voz de su hermana era inconfundible.

—No como tú insinúas, pero estoy empezando a conocerlo como persona y... bueno, me gusta —admitió Ellen, un poco a su pesar.

No sólo porque sabía la animadversión que sentía su hermana hacia Jacob, sino también porque era consciente de que no debía alimentar la atracción que sentía por él. Tener otro hombre en su vida no estaba en sus planes. Sus planes se limitaban a tener un hijo a quien dedicar todo su esfuerzo y todas sus energías.

—¿Te gusta? —repitió Sara, incrédula—. ¿Te refieres como hombre?

Imágenes del beso de la noche anterior ocuparon la mente de Ellen una vez más. Había sido un beso que la mantuvo despierta hasta altas horas de la madrugada, impidiéndole conciliar el sueño.

—Ya sabes que no estoy buscando empezar una relación con ningún hombre —dijo con énfasis Un énfasis que estaba dirigido tanto a su hermana como a sí misma.

—Pero la has encontrado, ¿no? —insistió Sara.

—No —respondió Ellen, con la esperanza de no estar mintiendo — Es sólo que cuando estoy con él lo paso bien. Me gusta su compañía y me gusta cómo es. Por eso lo invité al cumpleaños de Janey, nada más.

—Eso de «nada más» lo dirás tú —dijo Sara con suspicacia, que conocía bien a su hermana.

—La única pega que tiene es que sé que no te cae bien, pero me gustaría que lo conocieras. Quizá así cambies de opinión.

—Vaya, ahora resulta que lo has hecho por mí.

—Lo he hecho porque quería hacerlo —respondió Ellen, sin

dejarse provocar por su hermana—. Quiero que os conozca. A ti, a Andy y a Janey. Y que vosotros lo conozcáis a él.

—¿Porque te gusta, no?

—Por favor, no hagas una montaña de esto. No es nada. Sólo lo invité como a un amigo, nada más, y eso no significa que haya ningún tipo de relación especial entre nosotros.

Aunque la imagen del beso de la noche anterior era testigo de lo contrario. —Vale, vale —aceptó Sara por fin—. Jacob Weber viene a la fiesta. Me portaré bien.

Ellen se echó a reír.

—Gracias.

—Pero, en serio, Ellen, ¿no podías haberte limitado a enrollarte con Andy? Habría sido más llevadero —bromeó Sara de nuevo.

—Lo apuntaré en mi lista de cosas pendientes, si te hace sentir mejor.

—Mucho mejor que verte con Jacob Weber, te lo aseguro. Ten especial cuidado con él.

—Después de Brandon, tengo especial cuidado con todos los hombres, ¿sabes? —insistió Ellen.

—Eso espero —dijo Sara.

—Puedes estar segura al cien por cien —le aseguró Ellen, tratando de no recordar todos los sacrificios que había hecho para complacer a su ex marido y a todo a lo que había renunciado por él—. Ahora déjame hablar con mi sobrina para que pueda cantarle Cumpleaños feliz.

—Voy a buscarla. Hasta esta tarde —dijo Sara.

Ellen trató de ignorar el tono de preocupación en la voz de su hermana mientras esperaba a su sobrina. Pero en su mente seguía estando el recuerdo del beso de la noche anterior. Un beso cargado de pasión.

—Sandwich de pavo con pan vegetal y verduras, y sandwich de beicon, lechuga y tomate con ensalada de patatas y vinagreta.

La camarera dejó los platos delante de Ellen y Eric. Después de asegurarse de que no necesitaban nada más, la mujer se retiró.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado. Hace tiempo que no hablábamos —dijo Eric Barnes.

—Sí —dijo Ellen, mientras los dos empezaban a comer. Tras intercambiar algunas frases Ellen fue directamente al grano—. La razón por la que quería verte tiene que ver con Gilbert Harrison. ¿Te acuerdas de él? Es profesor en Saunders.

—¿Cómo podía olvidarme de él? Era profesor de lengua, asesor de estudiantes, entrenador de béisbol, y amigo de todo el mundo. Incluso me consiguió un trabajo como ayudante de ciencias políticas —respondió Eric.

—¿Has oído algo sobre su situación actual?

Eric era un hombre atractivo, de pelo moreno con algunos mechones castaños. Tenía los ojos muy negros, y ahora alzó las cejas en un gesto que indicaba que no sabía nada nuevo referente al profesor.

—Yo tampoco sabía nada hasta esta semana —dijo Ellen, y pasó a relatarle los problemas de su antiguo profesor con el consejo de dirección de la universidad.

—Eso es un golpe bajo a alguien que no se lo merece —fue la inmediata respuesta de Eric cuando Ellen concluyó su exposición.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Y por eso precisamente quería verte.

—¿Hay algo que yo pueda hacer?

—El profesor Harrison ha pedido la ayuda de un grupo de alumnos que ha seleccionado él mismo por razones que desconozco. Entre esos alumnos está Cassidy Maxwell, pero nadie sabe cómo localizarla. Cuando alguien mencionó su nombre, recordé que ella y tú erais buenos amigos en la universidad, y pensé que quizá tú pudieras echarme una mano.

Al escuchar el nombre de Cassidy Maxwell, la expresión de Eric se

ensombreció visiblemente.

—Hace mucho tiempo que no he hablado ni sé nada de Cassidy. Desde que se licenció, de hecho.

—Por lo visto vive en Londres. Es lo único que se sabe de ella — dijo Ellen, estudiando la reacción de Eric.

—Sé que está en Londres —confirmó Eric—. Trabaja como ayudante del embajador.

—¿O sea que sigues estando al corriente de su vida a pesar de haber perdido contacto con ella?

—No exactamente —se apresuró a responder Eric, un tanto a la defensiva—. Pero los círculos políticos son más cerrados de lo que puede parecer y todo se sabe.

El joven no parecía sentirse muy cómodo hablando de ella. Pero Ellen estaba decidida a ayudar a su antiguo profesor y no estaba acostumbrada a tirar la toalla tan fácilmente.

—¿Crees que podrías intentar localizarla a través de la oficina del embajador?

Eric debió perder el apetito porque empujó el plato sin apenas haber tocado la comida. Siguió con los ojos clavados en el plato, pero Ellen estaba prácticamente segura de que sus pensamientos no estaban en el sandwich sino en Cassidy Maxwell.

—Siempre tuve la sensación de que estabas... un poco enamorado de ella —dijo Ellen, tratando de adivinar qué le ocurría.

—Crecimos juntos. Éramos amigos. Yo tenía cinco años más que ella, una diferencia que ahora no es importante, pero que cuando éramos más jóvenes parecía mucho.

—¿Nunca tuvisteis una relación sentimental?

—No.

Una sola palabra, pero llena de tristeza, de pesar, incluso de ira.

—¿Y después os separasteis? —continuó preguntando Ellen, diciéndose que era por un bien mayor.

—Más o menos —respondió Eric—. La verdad es que Cassidy

desapareció sin dejar rastro. El día que se licenció en Saunders, de hecho. Sin una palabra. No supe que estaba en Londres hasta mucho tiempo después, y entonces... —se encogió de hombros—. Pensé en ir a verla, para averiguar por qué se había ido de aquella manera tan repentina y sin despedirse. Pero me dije que si tuviera algo que decirme, me habría llamado, o escrito, o algo.

—Pero no lo hizo.

—Ni una línea, ni una palabra.

A pesar de la actitud distante y taciturna de Eric, Ellen decidió continuar insistiendo.

—Quizá esto te dé un motivo para ir por fin a buscarla y averiguar por qué se fue tan inesperadamente.

Eric sacudió firmemente la cabeza y dejó escapar una risita cargada de amargura.

—No lo creo.

—Podrías ir a buscarla y contarle que el profesor Harrison necesita su ayuda. Podrías utilizarlo incluso como una excusa para conseguir algunas respuestas personales.

—Entre Cassidy y yo no hay nada —insistió Eric, no con hostilidad, pero Ellen tuvo la sensación de que había cosas que ella desconocía.

—Sólo lo digo porque podría ser una manera de ayudar al profesor Harrison, y de paso resolver otros misterios.

Tras unos segundos en silencio, Eric volvió a hablar.

—El profesor Harrison es un buen hombre.

—Desde luego que lo es. Y necesita toda la ayuda que le podamos proporcionar.

Eric desvió la mirada hacia las otras mesas, pero sin ver nada de lo que lo rodeaba. Era evidente que estaba meditando la propuesta de Ellen.

—Dentro de poco tengo unos días de vacaciones —dijo por fin—. También he acumulado un montón de kilómetros aéreos que tengo

que utilizar si no quiero perderlos.

Ellen empezó a ver la luz al final del túnel.

—Y el grupo que está ayudando al profesor Harrison necesita la colaboración de Cassidy —repitió Ellen.

—No estoy seguro... —dijo Eric, dudando una vez más.

Esta vez Ellen decidió no decir nada y dejó que fuera el propio Eric quien tomara la decisión libremente.

—Supongo que podría hacerlo —dijo Eric por fin, aunque no con mucho entusiasmo.

—Sería estupendo —dijo Ellen—. Y estoy segura de que Cassidy preferiría que un viejo amigo le pida la ayuda personalmente a recibir una llamada de teléfono o un correo electrónico de alguien que ni siquiera conoce.

Eric se limitó a asentir, aunque no parecía muy encantado con la idea.

Pero Ellen estaba contenta de haber conseguido lo que necesitaba. Lo que el profesor Harrison necesitaba.

—¿Cuándo irás? —preguntó ella.

—En cuanto pueda organizarlo —respondió él, confirmando la decisión que acababa de tomar. Aunque desde luego no estaba dando saltos de alegría.

—Es una gran ayuda —le aseguró Ellen.

Eric asintió una vez más. Después levantó la muñeca para echar un vistazo al reloj y dejó la servilleta sobre la mesa.

—Quédate y termina de comer, Ellen. Yo tengo que irme —anunció de repente.

—No me gustaría que llegaras tarde a tu reunión —dijo ella, aunque estaba bastante segura de que la reacción de Eric se debía más al recuerdo de Cassidy Maxwell que al trabajo.

Eric se levantó.

—Ya te diré lo que pase con Cassidy.

—Gracias, te lo agradezco. Todos te lo agradecemos de parte del

profesor Harrison.

Por tercera vez Eric se limitó a asentir con la cabeza.

—Pero me alegro de volver a verte —le aseguró después.

—Yo también.

—Yo invito —dijo él, haciéndose con la cuenta—. Es lo mínimo que puedo hacer por ser tan pésima compañía.

—No eres pésima compañía.

—Mentirosa —dijo él con una sonrisa.

Ellen lo siguió con la mirada mientras él pagaba la cuenta en la caja que había junto a la entrada del restaurante, y deseó no haber abierto antiguas heridas entre Eric y Cassidy Maxwell.

Pero se dio cuenta de que era posible que lo hubiera hecho.

Capítulo 12

—Bien, príncipe azul, ya te puedes quitar la corona.

Ellen no pudo evitar una sonrisa al mirar a Jacob, sentado al volante de su Porsche con la corona de papel que su sobrina había insistido en ponerle en la cabeza y que no se quitó durante toda la fiesta de cumpleaños, que acababan de dejar.

—¿Me estás pidiendo que abdique? —preguntó él solemnemente. Ellen se echó a reír.

—Nada más lejos de mi imaginación —le aseguró—. Aunque pensaba que ya te habrías cansado del tocado.

Los jóvenes del coche que se detuvo a su lado en el semáforo los miraron y se echaron a reír. Jacob los miró serio y les dedicó un regio saludo antes de que el semáforo se pusiera verde otra vez. Después respiró con resignación y dijo:

—De acuerdo. Puedes quitarme la corona.

Se inclinó hacia un lado para permitir que Ellen se la quitara y después volvió a ponerse recto detrás del volante.

—Pero la echaré de menos —se lamentó.

Ellen se echó a reír, mientras pensaba que aquella tarde Jacob había dado un paso de gigante. No sólo por el esfuerzo que había supuesto para él verse rodeado de tantas caras desconocidas, sino también por su determinación a ganarse a su hermana, a su cuñado y a su sobrina mostrándose encantador con todos y especialmente con Janey, que se había quedado prendada de él desde el momento en que apareció por la puerta de la casa y a quien enseguida se apresuró a nombrar su príncipe azul. Jacob también había progresado enormemente en el corazón de Ellen, que no sólo apreciaba y

agradecía el esfuerzo que él había realizado con su familia sino que además estaba impresionada e incluso intrigada por aquel lado más desenfadado de su personalidad.

Primero Champ y ahora esto.

Jacob Weber no dejaba de ser una caja de sorpresas.

Sentado en una de las diminutas sillas de Janey, con las rodillas casi en la barbilla, Jacob había fingido tomar el té en unas tacitas de juguete ridículamente pequeñas siguiendo las órdenes de la pequeña princesa. También había escuchado sus interminables historias e invenciones y había fingido gran interés en los juguetes que la niña insistió en enseñarle.

—Hoy me he dado cuenta de que puedes ser un auténtico payaso —dijo Ellen, sin ocultar su asombro.

Él la miró de soslayo.

—No me creías capaz, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¡Sorpresa! —dijo él, con una sonrisa.

—Pero has estado genial —le aseguró ella—. Janey se ha quedado prendada contigo.

—¿Y la tía de Janey? ¿También se ha quedado prendada conmigo? —preguntó él.

Ellen no estaba segura de si la pregunta iba en serio o en broma, pero afortunadamente el trayecto desde la casa de Sara a su apartamento era de apenas diez minutos, y ya estaban allí.

Ellen aprovechó la situación para eludir una respuesta.

—La tía de Janey ha comprado una pelota para tu adorable perrita. Aunque antes se me ha olvidado bajarla, y todavía está arriba. La verdad era que Ellen no pensaba utilizar la pelota como excusa para invitarlo a subir a su apartamento. Al menos no de manera consciente.

—¿Has comprado una pelota para Champ?

—Una de su tamaño.

—¿Subo a buscarla? —preguntó él, mientras aparcaba el Porsche delante del edificio de apartamentos.

—Si quieres. O si estás preocupado porque Champ esté más rato sola que de costumbre y quieres irte, puedo llevártela a la consulta el lunes por la tarde —dijo ella, ofreciéndole la excusa perfecta para no subir a su apartamento.

—¿El lunes por la tarde? —repitió él, como si acabara de darse cuenta de que no volverían a verse hasta entonces—. No creo que Champ esté dispuesta a esperar tantos días para ver su nuevo juguete. Además, estoy seguro de que esta durmiendo como un tronco y ni siquiera se ha dado cuenta de mi ausencia.

—Entonces sube —dijo Ellen, alegrándose de poder disfrutar un rato más de su compañía.

Esta vez no esperó a que Jacob rodeara el coche para abrirle la puerta, sino que se apeó a la vez que él.

—También puedo ofrecerte té de verdad, en lugar de lo que Janey te ha estado obligando a beber toda la tarde. O café —dijo ella, subiendo por las escaleras hasta la segunda planta.

Abrió la puerta de su apartamento y lo invitó a pasar.

—Si quieres que te diga la verdad, me conformo con un vaso de agua fría, después de todas las chucherías que me ha hecho comer tu sobrina.

—Entonces un vaso de agua fría marchando —respondió ella—. Ponte cómodo —le dijo.

Dejó el bolso en una mesa cerca de la puerta y fue a la cocina a buscar dos vasos de agua.

Cuando volvió al salón, Jacob estaba sentado en el sofá. Ella hubiera podido sentarse en una silla, más alejada de él, pero no lo hizo. Se sentó en el sofá, a una prudente distancia de él, pero ladeada hacia él para mirarlo.

A pesar de que apenas le había quitado los ojos de encima en toda la tarde, tenía la sensación de que no se cansaba nunca de mirarlo, y

continuó haciéndolo.

Jacob llevaba un par de pantalones de tela grises y una camisa de rayas amarilla y blanca remangada hasta los codos. Nada especial, pero seguía presentando una imagen impresionante con los hombros anchos y el pecho fuerte y musculoso. —La pelota de Champ — anunció Ellen, entregándosela después de dejar el vaso en la mesa.

—Tienes razón, es justo de su tamaño —dijo Jacob, sujetando la pequeña pelota en la palma de la mano abierta.

Después cerró la mano y apretó la pelota con los dedos. El movimiento provocó una oleada de escalofríos en Ellen que la recorrieron de la cabeza a los pies. Unos escalofríos tan sensuales que sintió la automática respuesta de los pezones al endurecerse bajo la blusa de seda que llevaba debajo de la chaqueta.

Jacob bebió otro trago de agua y dejó el vaso en la mesa junto al de Ellen. Después se volvió hacia ella.

—A Champ le encantará —dijo, metiéndose la pelota en el bolsillo del pantalón—. Te doy las gracias de su parte.

—Dile de mi parte que de nada —respondió Ellen—. Debo decir que esta tarde me has impresionado —añadió, volviendo al tema que habían interrumpido antes.

—O sea que te has quedado prendada de tu príncipe —bromeó él.

—Impresionada no es lo mismo que prendada —lo corrigió ella—. Mi príncipe —añadió, con una ligera inclinación de cabeza.

Jacob inclinó la cabeza como si el título le correspondiera realmente y Ellen sonrió una vez más.

—Me ha impresionado la paciencia que has tenido con Janey y lo poco que te ha costado hablar de béisbol con Andy y sus amigos, por no decir lo mucho que recordabas sobre Sara. La has dejado encantada cuando le has dicho que recordabas todos los artículos que escribió para el periódico de la universidad.

—¿Creías que me iba a quedar en un rincón sin hablar con nadie?

La verdad era que la posibilidad se le había pasado por la cabeza.

Pero no lo dijo.

—No, pero tampoco has sido tímido, y eso me ha gustado.

En realidad «tímido» era un eufemismo para «distante» o «estirado», pero tampoco lo dijo.

—De todos modos gracias por ser tan atento con Janey.

—Me he dado cuenta de que la quieres mucho, ¿verdad?

—Muchísimo —admitió Ellen.

—¿Fue ella quien te inspiró para desear tener un hijo? ¿Incluso sin marido?

—Oh, no. Yo quería tener un hijo mucho antes de que ella naciera, y tener marido fue uno de mis principales problemas.

Jacob la miró confuso, sin comprender sus palabras.

—¿Cómo podía ser un problema tener un marido para quedarte embarazada?

—Yo siempre quise tener hijos. Siempre. A los trece años empecé a trabajar cuidando niños, y continué haciéndolo cuando todas mis amigas lo dejaron. Continué haciéndolo porque me gustaban los niños. Quería ir a la universidad, ser abogada y tener una profesión, sí, pero también quería hijos, y lo antes posible.

—¿Con o sin marido?

—No, entonces no. Entonces lo quería todo: el marido y los hijos.

—Así que te casaste.

—Conocí a Brandon en un curso preparatorio para los exámenes de abogacía. Él se había licenciado un año antes y había suspendido una vez. Estudiamos juntos, nos fuimos conociendo, y después del examen me invitó a salir.

—Una familia de dos abogados —comentó Jacob—. ¿Cuánto tardasteis en pasar por la vicaría?

—Un año. Y durante todo ese tiempo yo dejé muy claro cuáles eran mis objetivos...

—Matrimonio y niños.

—Exacto.

—¿Y Brandon? ¿Él también quería lo mismo?

—Eso pensaba yo. Pero después, pensándolo cuando ya era demasiado tarde, me di cuenta de que él nunca lo había dicho de manera explícita. Únicamente no había dicho que no quería, y supongo que yo lo tomé como un «sí». Cuando me pidió en matrimonio y acepté, estaba segura de que era el comienzo no sólo de una vida en común sino también de una familia.

—Parece razonable, si habías dejado claro que era lo que deseabas.

Jacob tomó el vaso de la mesa y bebió otro trago. Cuando lo dejó y volvió a acomodarse en el sofá, Ellen tuvo la sensación de que estaba más cerca de ella que antes.

Ella también se acomodó. Se quitó las sandalias y se sentó parcialmente sobre las piernas dobladas en un movimiento que pareció acercarla más a él.

—Incluso en la luna de miel sugerí que dejáramos de utilizar métodos anticonceptivos.

Jacob arqueó las cejas.

—Eso es muy pronto —dijo, como si también a él le pareciera un poco precipitado.

—Lo sé —admitió Ellen—. Brandon se mostró reacio a aceptar la sugerencia, y dijo que no quería atarse tan pronto.

—¿Atarse tan pronto? —repitió Jacob—. ¿Ésas fueron sus palabras?

—Textualmente. Al principio yo me quedé de piedra. Para mí el matrimonio era un paso positivo, no una atadura. Pero cuando se lo comenté, me dijo que no le sacara tres pies al gato, que los dos éramos jóvenes, que acabábamos de terminar muchos años de estudios y que teníamos que labrarnos primero un futuro en nuestra profesión. Yo entendí su razonamiento y continué tomando la píldora.

—¿Cuál es su especialidad? —preguntó Jacob.

—Derecho mercantil.

—¿Así que aprobó el examen la segunda vez?

—Sí.

—Así que después de aprobar el examen los todos, él al segundo intento, tú al primero, accediste a esperar un tiempo antes de tener hijos —resumió Jacob.

—Sí. Pensé que un año sería suficiente.

—¿Brandon no pensaba lo mismo?

—Cuando llegó nuestro primer aniversario, le volví a sugerir que dejáramos de utilizar anticonceptivos, pero él me dijo que todavía era muy pronto. Vivíamos en un apartamento pequeño, apenas teníamos dinero en el banco, en fin, un montón de excusas.

—¿Y tú accediste otra vez?

—Sí, pero no de tan buena gana esa vez. El problema fue que cada vez que yo abordaba el asunto de los hijos, él encontraba excusa tras excusa, y así pasaron cinco años. Entonces yo ya tenía treinta y un años, sabía que el tiempo jugaba en mi contra y no quise esperar más. Así que insistí.

—Y él seguía sin estar interesado —imaginó Jacob.

—Me dijo que aunque yo estuviera preparada, él no lo estaba, y que si teníamos hijos, serían sólo mi responsabilidad. Que no esperara que él me ayudara a cambiar pañales, a limpiar mocos o a llevarlos al parque.

Jacob arqueó las cejas por segunda vez.

—Qué agradable.

—Lo sé, pero en el fondo pensaba que si teníamos un hijo, él cambiaría de actitud, como les ocurría a todos los padres. Y si no me ayudaba a cambiar los pañales o a limpiarle los mocos, no me importaba. Por fin podía dejar de tomar la píldora e intentarlo otra vez.

—Pero no te quedaste embarazada —dijo Jacob.

—No —confirmó Ellen, con la voz entrecortada.

—No me imagino a Brandon entusiasmado con el tratamiento de fertilidad.

—Cada vez que tenía que ir a hacerse un análisis o una prueba era como una sesión de tortura.

—¿Pero lo hizo?

—Algunas cosas, pero no todo.

Ellen tuvo que contener las lágrimas al recordar lo difícil que había sido no sólo someterse a los distintos tratamientos de fertilidad sin el apoyo de su marido, sino además tener que suplicarle un mínimo de cooperación por su parte.

Jacob debió de ver las lágrimas, a pesar de que no llegaron a caer.

—Los tratamientos de fertilidad son una prueba muy difícil para un matrimonio. Si a eso le añades un cónyuge reticente...

—Difícil es poco —terminó Ellen por él—. Brandon se quejaba de que yo estaba tan obsesionada con tener hijos que lo tenía totalmente olvidado. Me dijo que le estaba arruinando la vida, y que hacer el amor conmigo en vez de ser algo placentero se había convertido en una pesadilla.

Ellen se interrumpió y tuvo que aclararse la garganta para poder continuar.

—Yo no creo que lo tuviera olvidado como él decía —continuó Ellen, un poco a la defensiva—. Al menos lo intenté. Pero ¿quién sabe? A lo mejor lo hice...

Jacob se inclinó hacia ella y le tomó una mano entre las suyas.

El gesto le hizo alzar la mirada. Ver las manos grandes y capaces del hombre rodeando la suya y sentir el calor y la fuerza que la envolvió la ayudó más de lo que había podido imaginar.

—No todos los maridos de mis pacientes son así —dijo él por fin—, pero me he encontrado con algunos. Mi opinión es que son personas inmaduras e irresponsables que no quieren compartir nada, ni a sus esposas, ni sus vidas, ni el centro de atención. Y desde luego no quieren la responsabilidad ni el trabajo que significa la

paternidad. En esos casos, no suelo animarlos mucho a seguir el tratamiento, y si quieres que te diga la verdad, suelen ser matrimonios que no duran mucho. O terminan antes de que la mujer quede embarazada, o poco después del nacimiento del niño.

—El mío terminó antes. Brandon me dijo que había encontrado a otra mujer que estaba más interesada en él que en tener hijos.

Jacob asintió, como si no lo sorprendiera en absoluto.

—Total, que había perdido lo que probablemente eran los años más fértiles de mi vida —concluyó ella, con un profundo pesar en la voz.

Miró a Jacob, que la observaba con expresión comprensiva y compasiva.

—Pero eso no terminó con mi deseo de tener un hijo, y decidí no perder más tiempo —terminó ella, con una sonrisa.

Él le sonrió con ternura.

—Sé que esto no te servirá de consuelo, pero veo algo positivo en todo esto. Y no puedo decir que no me guste cómo han salido las cosas.

Ellen no entendió el comentario y frunció el ceño.

—Si las cosas hubieran sido diferentes, nunca te habría conocido —aclaró él, mirándola con gran ternura.

Ahora ella lo entendió perfectamente, y sus palabras sí le sirvieron de consuelo. Lo suficiente como para hacerla sentirse mucho mejor.

Especialmente cuando las manos masculinas le apretaron las suyas.

—Yo siempre creo que las cosas salen como tienen que salir —dijo ella, mirando los intensos ojos azules oscuros que parecían penetrarla hasta lo más hondo de su alma.

Aunque hablar de su matrimonio roto y sus problemas para concebir no era una conversación especialmente seductora, Jacob se inclinó hacia ella para besarla.

Ellen dejó que sus ojos se cerraran y se entregó al beso, dejándose transportar a un lugar donde lo único que importaba era el contacto entre los dos.

Jacob le soltó una mano y le tomó la mejilla, para ladearle ligeramente la cara y poder intensificar el beso, separando los labios y esperando a que ella respondiera de igual manera.

No tuvo que esperar mucho porque los labios de Ellen se separaron no sólo como una respuesta, sino también como una invitación. De hecho, fue la lengua femenina la que dio el siguiente paso, acariciándole suavemente los dientes. Ellen lo sintió sonreír, a la vez que le rodeaba el cuerpo con el otro brazo, atrayéndola contra él, mientras sus cuerpos se deslizaban en el sofá hasta quedar con las cabezas apoyadas en el respaldo.

Abriendo más las bocas, casi al máximo, dejaron que sus lenguas jugaran mientras el beso se intensificaba con un fervor que hizo que Ellen alzara las manos hasta el pecho masculino y le acariciara con las palmas abiertas, buscando más.

Bíceps fuertes. Hombros anchos. Cuello firme y poderoso...

Ellen sintió en las manos el calor del cuerpo masculino, y buscó los botones de la camisa con los dedos, ignorando la voz interior que le aconsejaba cautela. Sin esperar más, le desabrochó la camisa.

¿Por qué la piel de un hombre era distinta a la de una mujer?, pensó mientras acariciaba la piel firme del pecho masculino y él le sujetaba la cabeza con las manos y seguía besándola con intensidad.

Hasta la ropa la molestaba. Aislaba su cuerpo de él, y eso era algo que no deseaba. Alzó las manos sobre los hombros masculinos, y le quitó la camisa parcialmente, hasta que su pecho quedó pegado al de él, y sus pezones endurecidos lo acariciaron a través de la tela.

Jacob debió de sentirlos porque dejó escapar un gemido y alzó las dos manos por los costados hacia sus senos, hasta que metió una mano entre los dos cuerpos y tomó uno de los senos con la mano, acariciándolo y excitándola todavía más.

La mano masculina la abandonó, pero sólo por un momento, el que él necesitó para deslizarse bajo la chaqueta y la blusa de seda y encontrar la piel desnuda e hinchada que esperaba ansiosa sus caricias.

Con el pezón endurecido como nunca lo había sentido, Ellen pensó que era como un diamante en las manos masculinas, y que él sabía exactamente qué debía hacer con él. Acariciarlo suavemente sólo con las puntas de los dedos, después hacerlo rodar entre el índice y el pulgar, hasta que las excitantes caricias lograron arrancar un gemido de placer de la garganta femenina y le hicieron arquear la espalda hacia él, a la vez que creaban una especie de conexión entre sus senos y otras partes más bajas de su cuerpo.

Y eso la sorprendió. Hasta el punto de que le hizo preguntarse qué estaba haciendo. Y si debía hacerlo o no.

La respuesta era «no». Tenía que concentrarse en sus objetivos. No podía volver a repetir la equivocación que había cometido con su ex marido. Una vez había dejado que sus sentimientos por un hombre se interpusieran entre ella y sus objetivos, y las consecuencias habían sido desastrosas.

Y aunque hasta ahora lo único que le había importado había sido estar allí con Jacob y sentir sus besos y sus caricias, de repente se dio cuenta de que no era lo único importante. Lo importante era algo que no podía posponer, ni por otro hombre ni por nadie. Y menos por un hombre tan difícil de conocer y con tantas barreras protectoras a su alrededor.

—No, espera —dijo ella, interrumpiendo el beso y echándose hacia atrás—. Creo que estamos yendo muy deprisa.

La mano de Jacob salió inmediatamente de debajo de su blusa, y Ellen casi tuvo que reprimir el impulso de protestar. Pero ignoró el deseo físico y se recordó que debía mantener la cabeza fría.

Jacob le sonrió, con una expresión un tanto apenada, pero en absoluto avergonzada.

—Has comprado un regalo para Champ —dijo él—. Ninguna buena obra puede quedar sin castigo —bromeó a modo de excusa.

—Supongo que así aprenderé —dijo ella, también en broma, porque era más fácil que intentar explicarle por qué había dejado que las cosas llegaran tan lejos para interrumpirlas de repente.

Jacob la besó de nuevo, quizá para decirle que no le reprochaba su actitud, y después se sentó con la espalda recta en el sofá, poniendo más distancia entre ellos mientras se colocaba la camisa y abrochaba de nuevo los botones.

Pero después de unos minutos, la miró de nuevo intensamente, con una expresión casi expectante.

—Entonces ¿nos vemos el lunes por la tarde? —preguntó.

Ellen sabía que se refería a la próxima vez que se vieran.

—Para la sesión de acupuntura, sí —dijo ella.

—¿Por qué me parece que falta una eternidad?

A ella también se lo parecía, pero antes de poder decirlo, él continuó.

—Todavía conservo la antigua mansión familiar donde viví mi infancia y mi juventud. No está muy lejos de la universidad y me gusta ir allí los fines de semana, porque si no lo hago suelo terminar metiéndome a trabajar en la consulta. La estoy reacondicionando, y pensaba ir mañana a comprobar cómo van las obras y pasar allí la noche. Ya hay por lo menos dos dormitorios, con sus cuartos de baño terminados, que se pueden utilizar —hizo una pausa para que ella fuera digiriendo la información, y después añadió—: Si no tienes planes para el fin de semana y quieres, puedes venir conmigo.

La invitación sorprendió ligeramente a Ellen. Le estaba pidiendo que fuera a pasar el fin de semana con él justo después de estar a punto de perder la cabeza por él.

No había duda de que la respuesta era «no».

Sin embargo, lo que salió de sus labios fue:

—¿En habitaciones separadas?

—Con cerraduras en las puertas si crees que no puedes confiar en mí.

Era en ella en quien no confiaba.

Y sin embargo dijo:

—Estará bien cambiar de paisaje un par de días y ver la universidad otra vez. Hace mucho que no he estado allí.

—Podemos pasar un par de días descansando —dijo él, y alzó las manos con las palmas hacia fuera—. Incluso podemos poner una cláusula de separación de medio metro en todo momento, si eso te hace sentir mejor. Sólo quiero tu compañía.

«No debes. No debes. No debes».

—Está bien —se oyó decir Ellen de todas maneras—. Si prometes que estaremos en habitaciones separadas.

—Te lo juro —dijo él solemnemente.

Entonces se levantó, y Ellen hizo lo mismo, y lo siguió hasta la puerta. Sin embargo, cuando la abrió él no salió al pasillo, sino que se volvió hacia ella con la pelota de Champ en la mano.

—¿Quieres guardarla tú y dársela a Champ cuando la veas? —preguntó.

—Claro —dijo ella, asiendo la pelota.

El breve roce de sus dedos fue suficiente para encender de nuevo sus deseos, y Ellen se dijo que quizá aceptar la invitación a pasar el fin de semana con él no fuera una decisión muy acertada.

Pero ya era demasiado tarde.

O al menos eso se dijo.

—Pasaré a recogerte mañana a las doce. Podemos comer primero —sugirió él.

—Estaré preparada.

Él se inclinó y la besó una vez más. Después, se incorporó y dijo: —A medio metro de distancia en todo momento, a partir de mañana.

Ellen tuvo que sonreír al ver la expresión maliciosa de su rostro.

—A medio metro en todo momento —repitió ella, con firmeza.

—Y habitaciones separadas.

—Totalmente separadas —insistió ella.

—Por supuesto —dijo él, con un destello en los ojos.

Pero cuando él se fue, Ellen cerró la puerta y apoyó la frente en ella, preguntándose si había perdido totalmente el juicio.

¿Qué otra explicación podía tener haber accedido a pasar el fin de semana con alguien con quien había estado a punto de perder la cabeza hacía apenas unos minutos?

Alguien con quien apenas tenía fuerzas para resistirse cuando estaba cerca de él.

Capítulo 13

—Sé lo que estás pensando y estás equivocada —le dijo Jacob a Champ a la mañana siguiente.

Jacob estaba preparando la bolsa de viaje que utilizaba para ir los fines de semana a la vieja mansión familiar. La bolsa estaba sobre la cama, y junto a ella estaba la pequeña schnauzer, mirándolo con las orejas levantadas.

—Estás pensando que estoy bajando la guardia con esta mujer. Que nunca he invitado a nadie a la casa. Que invitarla porque la sola idea de estar sin verla durante dos días me resulte insoportable no es motivo suficiente. E indica que estoy perdiendo totalmente la cabeza por ella. Pero te equivocas —le insistió, mientras preparaba la ropa del fin de semana con más cuidado que de costumbre.

Champ ladró como si supiera de qué estaba hablando y lo entendiera perfectamente. —Ni he bajado la guardia ni he perdido la cabeza —le aseguró él, con firmeza—. ¿Y qué si disfruto de su compañía? Tengo todo el derecho del mundo. Y sólo significa eso, que disfruto de su compañía. No significa que espero nada de ella, ni que dependa de ella, ni siquiera para pasar un buen rato, porque si ella hubiera declinado la invitación, yo habría ido a la casa de todos modos, tal y como tenía planeado.

Aunque sabía que no habría sido lo mismo.

También sabía que, a pesar de los argumentos que estaba dando en voz alta, si Ellen hubiera declinado la invitación pero hubiera aceptado salir con él al día siguiente, él habría cambiado sus planes.

—Mala señal —murmuró.

Por lo visto el tono de su voz le hizo pensar a Champ que había

hecho algo malo, porque la perrita bajó las orejas y dejó escapar un triste ladrido.

—No, tú eres una buena chica —dijo Jacob para consolarla.

Pero estar dispuesto a cambiar de planes por una mujer era una mala señal, se repitió en silencio.

O quizá no tanto, se corrigió tras pensarlo un momento. Porque a fin de cuentas él siempre tenía trabajo pendiente en la consulta y hubiera podido aprovechar el tiempo que no estuviera con ella.

Y habría aprendido de una vez por todas a no volver a cambiar de planes por ella ni por ninguna otra mujer.

El razonamiento lo hizo sentirse mejor y continuó haciendo la bolsa.

—Tú y yo habríamos estado perfectamente —le aseguró a Champ—. Ha habido otras mujeres, claro que sí. Aunque no últimamente, sino de vez en cuando. Y créeme, sé dónde echar el freno. Sé hasta dónde dejar que lleguen las cosas antes de poner un poco de distancia. Y esta vez también lo habría sabido. Aunque la invite a la casa.

¿Entonces por qué lo preocupaba tanto?

Quizá porque no lo había hecho nunca con nadie.

O quizá porque las cosas con Ellen, los sentimientos que ella despertaba en él, eran diferentes...

—Está bien, quizá no haya ningún «quizá» —se dijo reconociendo a regañadientes y un poco a su pesar que las cosas con Ellen eran diferentes. Sí, era una mujer hermosa, inteligente e ingeniosa. Para él representaba un desafío. Era divertida, era inteligente, era estimulante, y tremendamente sexy y atractiva. Pero ¿sentimientos? ¿Lo que sentía por ella eran sentimientos?

La posibilidad lo hizo detenerse y sentarse en la cama.

Sentimientos...

Por Ellen...

—Tengo que pensar en esto —continuó explicándole en voz alta a

Champ.

¿Qué sentimientos tenía exactamente por Ellen?

Ellen le gustaba; eso era un sentimiento. Disfrutaba con su compañía; eso era otro sentimiento. Lo atraía; otro sentimiento más y ya iban tres. Se sentía muy atraído por ella, le gustaba estar con ella, y la echaba de menos desde el momento que se despedían hasta que volvía a verla. Sentimientos, todo sentimientos y nada más que sentimientos.

Pero no eran sentimientos que no se pudieran controlar ni sentimientos que ejercieran ningún tipo de control sobre él.

Y ahí estaba la clave, se dijo. Que ninguno de los sentimientos que Ellen inspiraba en él lo controlaban. Y ahora que reconocía la existencia de dicho sentimientos, sería capaz de continuar manteniendo el control sobre ellos.

—Y, reconocer el problema... —informó a Champ— es el primer paso para encontrar la solución.

¿Pero cuál era la solución?

La más obvia, por supuesto, sería terminar con ella cuanto antes. Cortar su relación de raíz. Olvidarse de Ellen y de sus sentimientos significaba eliminar los riesgos y los problemas.

—Podría descolgar el teléfono, llamarla, decirle que me ha surgido una emergencia y que no puedo ir a la casa, y después ir sin ella. Ella no se daría cuenta, y cuando venga a la consulta el lunes por la noche, sólo tengo que procurar no verla. Para cuando esté lista para el tratamiento médico, sólo será una paciente más.

Champ estaba jugando con uno de los botones de la camisa, e ignoró la sugerencia.

Jacob tampoco tardó mucho en ignorarla. O al menos en descartarla.

No quería cancelar el fin de semana ni tampoco alejarse de Ellen hasta que fuera una paciente más.

Siempre había sido capaz de mantener sus sentimientos y sus

relaciones con otras mujeres bajo control, y con Ellen sólo tenía que hacer lo mismo. Así podría seguir disfrutando de su compañía, conocerla un poco más y salir con ella, y ahora que sabía que existía la posibilidad de un problema en potencia...

—Porque todavía no es ningún problema —se aseguró en voz alta—. De momento sólo es un problema en potencia.

Y lo que tenía que hacer era impedir que se convirtiera en un problema real.

—Como ves —aseguró alzando a Champ en el aire y mirándola a los ojos—, no significa nada. Estás totalmente equivocada.

Champ le lamió la nariz, y Jacob lo tomó como una indicación de que estaba de acuerdo con él.

—Ahora vamos a terminar de hacer la bolsa para ir a recoger a Ellen y largarnos de una vez —dijo, dejando una vez más a Champ encima de la cama.

Y continuó recogiendo la ropa mientras fingía no darse cuenta de lo mucho que deseaba tener a Ellen sentada junto a él en el Porsche camino de un fin de semana juntos.

—Además de la comida, que es excelente, también tienen un comedor al aire libre, así que no tenemos que dejar a Champ en el coche. No quiero volver y encontrar que se ha comido parte de la tapicería.

Jacob estaba sugiriendo un restaurante para ir a comer.

—Además —añadió Ellen—, sería una lástima no aprovechar un día como éste.

Tal y como habían quedado el día anterior, Jacob había pasado a recogerla el sábado a mediodía, y la temperatura de principios de septiembre no podía ser más agradable. Veintiséis grados, sin viento y ni una nube en el cielo azul.

Aunque el fin de semana con Jacob se presentaba como un regalo del cielo, Ellen no podía evitar plantearse si no estaba cometiendo un tremendo error.

Pero ni siquiera una noche de insomnio la habían hecho desistir de la intención de ir con Jacob a la casa que tenía cerca de Saunders.

Porque, fuera un error o una imprudencia, el deseo de estar con él era tan intenso que no había tenido fuerzas para cancelar el fin de semana. En lugar de eso, se había recordado que Jacob le había garantizado dos habitaciones separadas, y se había jurado no cometer ninguna estupidez. Disfrutaría de volver a pasear por los jardines de la universidad, de la casa de Jacob y de su compañía sin olvidar que sólo estaba haciendo tiempo hasta quedarse embarazada, tener a su hijo y empezar una nueva vida.

—Sandra y David Westport están aquí —dijo Jacob, interrumpiendo sus pensamientos mientras aparcaba el Porsche cerca del restaurante.

Ellen miró en dirección a las mesas redondas que había en la terraza que se extendía tras la barandilla de hierro forjado en el más puro estilo parisino.

—Dijiste que el restaurante estaba cerca de su tienda —recordó Ellen—. Han debido de venir a comer.

—Y a ver a Rachel James, que es la mujer que está con ellos. Ha estado trabajando con nosotros en la defensa de Gilbert, pero no vino a la reunión de la otra noche.

—Todos estaban muy preocupados por ella —recordó Ellen.

—Sí.

—No parece muy contenta —comentó Ellen, tras observar a la mujer de pelo negro y rizado que estaba sentada con los Westport.

—No, desde luego que no. Champ estaba sentada en el regazo de Ellen, y mientras ésta la sujetaba y recogía su bolso del suelo, Jacob tuvo tiempo para rodear el coche y abrirle la puerta.

Llevaba un polo de cuello alto de color negro que marcaba los hombros anchos y el pecho fuerte y musculoso, y un par de vaqueros que le ceñían las estrechas caderas, los fuertes muslos y un trasero capaz de detener el tráfico. Era la primera vez que Ellen lo veía con

ropa tan informal, y la imagen era inolvidable.

—Trae, yo me ocuparé de la bestia —dijo él, tomándole a Champ de la mano.

Los Westport los vieron entrar en la terraza y los llamaron con la mano, pero Ellen se dio cuenta de que la mujer que estaba con ellos apenas esbozó una sonrisa. De hecho, parecía estar buscando una excusa para salir de allí.

—Sentaos con nosotros —los invitó Sandra, después de intercambiar unos saludos y presentar a Rachel y Ellen.

—Parece que ya casi habéis terminado —dijo Jacob, mirando sus platos casi vacíos.

—Todavía nos queda rebañar —le aseguró David—. Llamaremos al camarero para que os tome la comanda. Si no, os pondrán en la lista de espera y no os atenderán hasta por lo menos dentro de media hora.

—Uno se puede sentar en mi sitio —se apresuró a decir Rachel poniéndose en pie, como si hubiera encontrado la ruta de escape que andaba buscando—. He terminado y tengo que irme.

Sacó unos billetes de la cartera, pero David Westport insistió en invitarla a comer.

—Nosotros te hemos pedido que vinieras —dijo el hombre—. Eres nuestra invitada.

—Gracias —dijo Rachel. Después se volvió hacia Ellen—. Encantada de conocerte.

—No lo olvides —le dijo Sandra a la mujer—. Si necesitas algo, lo que sea, puedes contar con nuestra ayuda...

—Estoy bien —le aseguró Rachel, aunque no sonaba muy convencida.

—Ya te avisaremos cuando volvamos a reunirnos —dijo David.

—Por lo que me habéis explicado, parece que lo tenéis todo controlado. No me necesitáis. Pero seguiremos en contacto —dijo ella, como si tuviera necesidad de salir de allí cuanto antes.

De hecho, un minuto después estaba saliendo por la misma puerta que Ellen y Jacob habían utilizado para acceder al interior de la terraza desde la calle.

—No parece estar muy bien —dijo Jacob.

—No lo está —confirmó Sandra.

—A Sandra le ha costado mucho convencerla para que viniera —explicó David—, pero no ha querido contarnos nada de lo que le pasa.

—Lo único que nos ha dicho es que está muy ocupada —continuó Sandra—. Pero ya la has visto, Jacob. No parece la misma de siempre.

—Parecía muy nerviosa —observó Jacob—. ¿No quiere seguir trabajando para ayudar a Gilbert?

—Me temo que no —respondió David.

—Podemos hacerlo sin ella, especialmente si el amigo de Ellen consigue ponerse en contacto con Cassidy Maxwell y ésta accede a ayudarnos, pero ahora estoy preocupada por Rachel —dijo Sandra.

—Es casi imposible saber qué ocurre cuando alguien no quiere que lo sepas —observó Jacob.

Ellen pensó en los secretos que él había ocultado con tanto esfuerzo en su juventud.

Sandra y David concentraron su atención en Champ, que estaba sentada en el regazo de Jacob olisqueando a su alrededor como si tuviera todo el derecho a la comida que había sobre la mesa, totalmente ajena a las tribulaciones de los humanos, o a las de la mujer que tan precipitadamente acababa de irse.

Capítulo 14

Durante su época en Saunders Ellen había visto muchas veces la mansión de piedra de tres plantas con aspecto de castillo que se alzaba majestuosamente detrás de la hilera de gigantescos álamos que flanqueaban el sendero circular de entrada. Pero nunca supo a quién pertenecía.

—¿Ésta es tu casa? —preguntó maravillada mientras Jacob conducía el Porsche hacia la entrada—. ¿Había lores ingleses entre tus antepasados?

Jacob se echó a reír.

—Anglófilos puede, pero no lores.

—Tiene hasta un torreón.

—Y un ascensor que no funciona desde hace años. De momento y hasta que termine con los trabajos de rehabilitación de la primera y la segunda planta, toda la tercera planta está cerrada. El torreón es más decorativo que otra cosa. Todas las habitaciones que hay en él son muy pequeñas para poder ser utilizadas.

Los jardines también necesitaban un buen repaso, pero Ellen no lo mencionó.

—Puedes dejar a Champ en el suelo —le dijo Jacob cuando bajaron del coche—. Dará una vuelta y después volverá a casa. Es lo que hace siempre.

Jacob sacó del maletero su bolsa y la de Ellen y subió los escalones de piedra que conducían hacia la puerta principal de la casa.

—¿Qué te parece si te enseño un poco la casa, dejamos nuestras cosas como están y vamos a dar un paseo por la universidad con

Champ? Podemos pasar por el despacho de Gilbert a ver si está y saludarlo un momento —propuso Jacob, mientras abría la puerta de la casa.

Ellen sintió un nudo en el estómago ante la idea de volver a ver al hombre que la había salvado. El hombre cuyo secreto había revelado.

—¿Crees que seguirá trabajando los sábados por la tarde?

—Creo que hoy en día no hace más que trabajar —dijo Jacob, abriendo la puerta e invitando a pasar a Ellen al interior.

Cuando entraron en el amplio vestíbulo que todavía olía a pintura fresca, Ellen contempló admirada la enorme escalera en forma de semicírculo que subía hasta la segunda planta. A la derecha había un salón formal dos veces más grande que todo el apartamento de Ellen, adornado con todo tipo de herramientas, cubos y escombros. Y a la izquierda una puerta doble de madera tallada que estaba cerrada.

—Ése es el cuarto de estar —la informó Jacob siguiendo su mirada—. Ya está terminado, y dejo las puertas cerradas para que no entre el polvo. Es muy acogedor. Además de la chimenea, está el equipo de música y la tele, por si queremos ver una película o escuchar música esta noche.

Jacob había dejado las bolsas en el suelo y mientras hablaba abrió las puertas. A pesar de que Ellen no entró, pudo ver una televisión con una enorme pantalla plana, un sofá de piel marrón oscuro con dos cómodos sillones a juego, las paredes revestidas de paneles de madera y estanterías desde el suelo al techo.

—Ven por aquí, te enseñaré esta planta primero, y después subiremos arriba. La cocina está detrás —dijo Jacob llevándola por el pasillo que había detrás de las escaleras.

Entre el salón y la cocina había un comedor formal que todavía no estaba terminado. A continuación estaba la cocina, que había sido totalmente restaurada en estilo rústico, con suelo de baldosas de cerámica rojizas, las encimeras de granito negro y los armarios en madera de roble oscuro. Sin embargo contaba con los

electrodomésticos más vanguardistas del mercado, entre ellos una enorme nevera de doble puerta en acero inoxidable.

—Creo que no nos faltará de nada. Tengo contratado un servicio que prepara la casa para los fines de semana y se ocupa de limpiar después.

—Estupendo —murmuró Ellen, admirando la elegante belleza de la cocina que, a pesar de todo, no tenía ningún toque personal.

Después Jacob le enseñó la sala de juegos, la terraza acristalada y las habitaciones del servicio, todos en pleno proceso de rehabilitación. Al terminar volvieron al vestíbulo.

—Tendrás que subir a Champ en brazos —le dijo Jacob mientras recogía las bolsas y se dirigía a la escalera.

Ellen tomó a la perrita y subió las escaleras junto a él. Al llegar al primer rellano, entraron en un espacio circular donde había seis puertas.

—Aquí están los dormitorios, cada uno con su propio baño —explicó él. Después señaló con un movimiento de cabeza la primera puerta a la derecha, y a continuación la primera puerta a su izquierda—. Ese es mi dormitorio, y tú puedes alojarte en ese otro. ¿Lo ves? A más de medio metro en todo momento.

Ellen sonrió al recordar su promesa y abrió la puerta de la izquierda. Entró en el dormitorio, mientras Jacob la seguía con su bolsa.

Era una habitación espaciosa con una amplia cama que tenía un cabecero de estilo victoriano. También había un escritorio, un tocador y un vestidor a juego, además de un espejo de pie en la esquina.

—El cuarto de baño está ahí —dijo él, señalando la puerta que había junto al escritorio. Después dejó la bolsa en el banco que había al pie de la cama—. Voy a dejar mis cosas a mi dormitorio y a buscar la correa de Champ. Si quieres nos vemos en el vestíbulo dentro de unos minutos.

—Perfecto —respondió Ellen, entregándole a la perrita.

Jacob la tomó en brazos y se dirigió hacia la puerta, como confirmando que allí tendría toda la intimidad que deseara.

Y eso era lo que ella quería, pensó Ellen, recordándose su intención de mantener la distancia de Jacob.

Pero el hecho de que no ser capaz de apartar la vista de la espalda masculina y, el trasero enfundado en los ajustados pantalones vaqueros mientras Jacob se dirigía hacia la puerta, era razón más que suficiente para necesitar recordarse su promesa en todo momento.

El nuevo curso había empezado apenas hacía unas semanas en la universidad, y los estudiantes daban vida al lugar y a los jardines y praderas todavía verdes que rodeaban los edificios universitarios.

Grupos de estudiantes se sentaban al pie de los árboles charlando y disfrutando del buen tiempo, y la imagen recordó a Ellen su época en la universidad.

—El despacho de Gilbert sigue en el mismo sitio —la informó Jacob mientras caminaban hacia el edificio donde siempre había estado.

Cuando llegaron, Jacob tomó a Champ en brazos para entrar.

—No hagas ruido y ni se te ocurra ladrar porque aquí sólo permiten la entrada de perros guía y nos echarán —advirtió el médico a la perrita con tal seriedad que Ellen no pudo reprimir una sonrisa.

Champ respondió con un apagado ladrido, como desafiando su autoridad, pero después permaneció en silencio.

Jacob y Ellen estaban a dos puertas del despacho de Gilbert Harrison cuando éste abrió la puerta y salió al pasillo, cerrándola tras él.

—¡Gilbert! —exclamó Jacob, anunciando su presencia.

A Ellen la sorprendió el aspecto demacrado y ojeroso de su antiguo profesor.

—Jacob —dijo el profesor, al reconocerlo.

—¿Recuerda a Ellen Gardner? —dijo Jacob, al llegar a su altura.

Los ojos del profesor miraron a Ellen durante un momento.

—Claro que la recuerdo —dijo, aunque no pareció alegrarse mucho de verla.

De hecho, Ellen pensó que recelaba de su presencia allí.

—Ha pasado mucho tiempo, profesor Harrison —dijo ella, un tanto incómoda.

Y con remordimientos.

—Gilbert, por favor —le pidió el hombre—. Los tiempos han cambiado.

Y por lo visto él también. Ahora Ellen entendía por qué Jacob le había dicho que Gilbert Harrison no era el de siempre. La chispa y la energía que habían caracterizado siempre al viejo profesor parecían haberse extinguido. Si se debía al intento de expulsión por parte del consejo de administración de la universidad, Ellen pensó que era una injusticia.

—He invitado a Ellen a pasar el fin de semana en casa, y sólo queríamos pasar un momento a saludarlo —dijo Jacob.

Gilbert Harrison asintió con la cabeza, pero no parecía muy entusiasmado por verlos.

—Le conté lo que está pasando —le dijo Jacob—. Pensé que le gustaría saber que Ellen conoce a alguien que puede ser capaz de localizar a Cassidy Maxwell.

Ellen tuvo la sensación de que la expresión de su antiguo profesor se tensaba un poco más.

—¿Cassidy Maxwell? Ah, no sé. No me gustaría meterla en esto....

—No creo que ella piense lo mismo —dijo Ellen.

—¿No? Oh, bueno, supongo —balbuceó el hombre mayor, como si no supiera qué decir. Después echó una ojeada al reloj—. Siento no poder quedarme a hablar un rato más con vosotros. Tengo una cita. Si me disculpáis.

—Por supuesto —dijo Jacob.

—Me alegro de veros a los dos —dijo el anciano profesor mientras

se alejaba.

A Ellen su huida le recordó la reacción de Rachel James en el restaurante.

—No creo que se haya alegrado mucho —comentó Ellen en voz baja—. Al menos no creo que se haya alegrado de verme a mí.

—Está pasando por un mal momento.

—Pero se ha acordado —insistió Ellen—. Se ha acordado de mí y estoy segura de que se ha acordado de que sé que él era el benefactor anónimo. Y cuando se lo digáis, sabrá que lo he dicho yo. Que no cumplí mi palabra.

—Tranquila —dijo Jacob, tratando de reconfortarla—. Tendrá que saber que si rompiste tu promesa fue para ayudarlo.

—No sé qué esperaba cuando has dicho que viniéramos a saludarlo. Supongo que de alguna manera tenía la esperanza de poder transmitirle que lo he hecho pensando en su propio bien, pero no he podido.

—No te ha dado siquiera la oportunidad de decir nada. Tenía prisa.

—Por alejarse de mí.

—O por acudir a una cita, como ha dicho.

Ellen no lo creía, pero asintió, dándose cuenta de que tendría que soportar sus propios remordimientos.

Jacob debió de darse cuenta, porque le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra él, en un intento de consolarla.

—Tranquila. Hiciste bien al decírnoslo. Y te prometo que cuando se lo digamos, también le diré que no lo hiciste por placer, sino que nos lo dijiste después de pensarlo mucho y por la única razón de poder ayudarlo.

—Gracias —murmuró Ellen, agradeciendo su comprensión.

Y tratando de ignorar lo agradable que era sentir su abrazo.

Capítulo 15

Aquella tarde había programado en el campus de Saunders un concierto al aire libre. Antes, Jacob llevó a Ellen y a Champ a un restaurante francés del que Ellen sólo había oído hablar durante su época en la universidad. Era demasiado caro para poder acomodarse a su presupuesto de estudiante.

Una generosa propina de Jacob al maître les aseguró una mesa en el patio al aire libre, mucho más elegante que el restaurante donde habían comido por la tarde con los Westport. La propina también aseguró la entrada de Champ.

Al resto de los presentes no pareció importarles. Mientras Jacob cortaba un filete poco hecho y Ellen disfrutaba de un delicioso solomillo de cerdo acompañado de una salsa de naranja y vino de Madeira, varias personas se acercaron a hacer carantoñas a la diminuta y adorable perrita. Después de cenar volvieron a casa a buscar una manta y la correa de Champ, y después fueron caminando hasta el campus, donde pasaron el resto de la velada sentados en el suelo, escuchando música folk y country interpretada por distintos grupos de estudiantes.

Cuando el concierto terminó, ya era casi medianoche, y los dos regresaron caminando hasta la casa. A pesar de que habían estado juntos desde por la mañana, Ellen no sentía ningún deseo de despedirse de Jacob y retirarse a su dormitorio. Por eso, cuando él sugirió que terminaran la botella de vino que habían llevado consigo para tomar mientras escuchaban música, ella aceptó encantada.

Terminaron en el salón, sentados en el enorme y cómodo sofá, con sendas copas de vino en la mano, mientras Champ quedaba

profundamente dormida en un cojín que Jacob había preparado para ella en el suelo.

—Con excepción del encuentro con el profesor Harrison —dijo Ellen—, ha sido un día maravilloso. Gracias.

—Es bueno poder escaparse de todo, aunque sólo sea al otro extremo de la ciudad —dijo Jacob—. Cada vez que vengo aquí, tengo la sensación de que he salido de Boston. Aunque ninguno de los dos se había cambiado de ropa, Ellen se había soltado el pelo, y los rizos cortos y rubios le enmarcaban la cara. Y la fragancia de la colonia de Jacob la envolvía e intoxicaba incluso más que el vino.

—¿Por eso mantienes la casa? ¿Para tener un lugar donde escaparte? —dijo ella, tratando de no pensar en la intensa atracción que sentía por él.

—A veces no estoy seguro de por qué la mantengo —confesó él—. Cuando murió mi madre y la heredé, pensé en venderla, pero... no sé, no pude hacerlo. Quizá tenga sus raíces en mis deseos infantiles de que fuera el hogar de una familia feliz.

Eso la sorprendió.

—¿De verdad? ¿Te gustaría tener una familia?

Jacob sonrió con tristeza.

—Antes, sí. ¿Tan raro te parece?

—No sé, supongo que no te imaginaba deseando mujer e hijos. ¿Has estado casado alguna vez? —preguntó ella, dándose cuenta de repente de que apenas sabía nada de su vida y deseando conocer más.

—Tienes que dejar de hablar como si todo en mí te pareciera raro. Podrías ofenderme —dijo él, con una sonrisa.

—No es eso —le aseguró ella—. Es que siempre te he visto como una especie de adicto al trabajo...

—¿Adicto al trabajo? ¿Tipo científico loco?

—Más o menos. Pero, no sé, a lo mejor tienes esposa e hijos escondidos en la tercera planta, y por eso la tienes cerrada.

Jacob se echó a reír.

—Me has descubierto. Cuando traigo mujeres a casa, les doy sedantes para que no hagan ruido.

—A la mejor debería subir y comprobarlo con mis propios ojos —amenazó Ellen, divertida.

—En ese caso tendría que sedarte a ti también, y ya no sería tan divertido.

—Cuéntame cosas sobre tu vida personal —insistió ella—. Presente y pasada.

—No creo que sea un loco como dices, pero adicto al trabajo sí —reconoció él—. Eso no deja demasiado tiempo para tener vida personal, pasada o presente, con la excepción del tiempo que hemos estado juntos últimamente.

—¿Y nunca has estado casado?

—Nunca.

—¿Nunca has tenido ganas?

—Nunca —repitió él.

—¿Y nunca se te ha pasado por la cabeza? —preguntó ella insistente.

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a mentir?

—Tienes más de treinta años, una buena posición profesional y económica, un aspecto físico que no es en absoluto desagradable —añadió con una sonrisa burlona—, ¿y nunca has tenido relaciones con ninguna mujer con quien consideraras contraer matrimonio?

Jacob dejó la copa de vino en la mesa que había en la esquina del sofá en su extremo, y se volvió hacia ella.

—¿Qué parte es la que no entiendes? —preguntó él, con otra sonrisa—. No, nunca he considerado contraer matrimonio con ninguna mujer.

—¿Has tenido relaciones sentimentales con mujeres?

Esta vez Jacob soltó una carcajada.

—Si te estás preguntando si soy virgen o gay, la respuesta a ambas cosas es «no». Aunque creía que ya te habías dado cuenta —añadió, con una maliciosa expresión.

—Así que has tenido relaciones con mujeres —confirmó ella.

—Por supuesto. De hecho, a menos que me equivoque, tú eres una mujer y tengo una relación contigo.

Jacob estaba disfrutando del intercambio, pero Ellen era muy tenaz.

—¿Y nunca ha habido nada serio con otras mujeres?

—Nada tan serio como para pensar en casarme.

—¿Han durado mucho tiempo?

—Unos meses. En una ocasión, casi un año.

—¿Por qué no más tiempo? —preguntó ella, consciente de que sus preguntas empezaban a ser más que indiscretas, pero no le importaba.

Jacob se encogió de hombros, y Ellen vio el movimiento de los músculos debajo del polo de punto negro que llevaba. Pero se esforzó por concentrarse en las palabras de Jacob, y no en su evidente atractivo masculino.

—No lo sé —respondió él—. Simplemente no ha ocurrido.

—¿Porque las mujeres rompen contigo, o porque tú rompes con ellas?

Aquello era realmente indiscreto, y Ellen decidió dejar de beber el vino que tanto le estaba soltando la lengua. Por eso dejó la copa en la mesa que había en su extremo del sofá y se sentó más ladeada y más hacia él.

—No ha habido muchas rupturas importantes —dijo él, tras un momento de reflexión—. Las cosas nunca han llegado al punto de que fuera necesario. Sólo he vivido una ruptura desagradable en una ocasión.

—¿Con quién?

—Con una mujer llamada Janine. Era una pediatra con la que

colaboraba profesionalmente en partos especialmente difíciles. Ella se ocupaba de los bebés en cuanto nacían, por lo que estaba en el paritorio conmigo. Fuimos conociéndonos poco a poco. Teníamos mucho en común, y después empezamos a salir.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Ésa fue la relación que duró casi un año. De hecho, ése fue el motivo que provocó el distanciamiento definitivo.

—¿Cómo?

—Llegaba nuestro primer aniversario juntos, y ella quería «Hablar», con mayúsculas. Así era como lo llamaba. Yo no entendía qué quería decir.

Ellen no pudo evitar sonreír ante su ingenuidad.

—¿Que quería decir? —Se refería a hablar sobre adonde iba la relación. Qué sentía por ella. Si teníamos un futuro juntos.

Era exactamente lo que Ellen había imaginado.

—¿Y?

—Y nada. A mí me gustaba. Lo pasábamos bien juntos, pero yo no quería llegar más lejos con ella. Ella quería matrimonio e hijos, lo quería todo.

—¿Y tú seguías sin tener deseos de formar una familia? —preguntó Ellen.

—Ésas eran ilusiones de infancia, pero las superé. Además, con Janine sólo nos veíamos cuando los dos teníamos tiempo libre, que no era mucho. No fue una relación seria —dijo él, un poco a la defensiva—. Desde luego nunca se me ocurrió que pudiera haber algo más entre los dos.

—Pero no fue así para ella.

—Lo que me dijo fue que yo mantenía a todo el mundo, incluida ella, fuera de un círculo imaginario que yo había erigido a mi alrededor como un campo de fuerzas infranqueable.

—¿Y estaba en lo cierto? —preguntó Ellen, pensando que él se había comportado exactamente así con ella al principio.

—Supongo que en parte tenía razón —reconoció él—. Es cierto. No permito que la gente se acerque mucho a mí. El trabajo es siempre lo primero, y además soy autosuficiente y estoy acostumbrado a estar solo desde bastante pequeño.

—Quizá a lo que estás acostumbrado es a mantener ese campo de fuerzas para protegerte —sugirió ella—. Si no permites pasar a nadie, no corres el riesgo de que te hagan daño, te decepcionen o te abandonen como hicieron tus padres. No corres el riesgo de que te hagan daño.

Jacob la miró con una media sonrisa.

—Pensaba que eras abogada, no psicóloga.

Y Ellen pensó que había descubierto el mayor secreto de Jacob Weber: que su arrogancia y frialdad no sólo habían evitado que el mundo conociera su terrible soledad de adolescente, o el lado más sensible y vulnerable de la actualidad; también garantizaban que la situación no se repitiera y le provocara el mismo dolor que le había provocado el abandono de sus padres.

—No creo que haga falta ser psicólogo para darse cuenta de que no dejas a nadie acercarse mucho —dijo ella, tras un momento de reflexión. Jacob levantó la mano y le recorrió la raya del pelo con el índice, sonriéndole con una expresión entre picara y maliciosa.

—Me parece que a ti te he dejado acercarte bastante —dijo él, en un tono de voz más íntimo y muy sincero.

—¿Estás tratando de seducirme? —preguntó ella.

—Te prometí que no lo haría, ¿te acuerdas?

Sí, pero su voz profunda y áspera era totalmente seductora.

—También prometiste mantenerte por lo menos a medio metro en todo momento.

—¿Me aparto?

Jacob le estaba acariciando la mejilla con el dorso de los dedos. Casi sin tocarla. La caricia era apenas un susurro sobre la piel femenina.

Ellen respiró profundamente y suspiró.

—No —dijo, casi sin voz.

—¿Subimos a nuestras habitaciones separadas y nos encerramos cada uno en la nuestra?

—No.

—Porque si no recuerdo mal, fuiste tú quien anoche no quería que estuviéramos demasiado cerca —le recordó él—. Y si sigues pensando lo mismo, mantendré mi promesa.

Pero cuando Ellen recapacitó sobre lo que estaba pensando en ese momento, se dio cuenta de que no era lo mismo. De hecho, tampoco la noche anterior había querido ningún tipo de distancia entre los dos. Pero hubiera sido una distracción para su objetivo.

Claro que ahora estaban en una especie de mini vacaciones. Un fin de semana en que podía olvidarse de todo lo demás, al menos de manera temporal.

—No es que no quisiera que estuviéramos juntos —lo corrigió ella.

—¿Entonces qué fue?

—Pensé que debía mantener la cabeza fría.

—¿Y ahora?

Ahora su cabeza no podía estar fría teniéndolo tan cerca y sintiendo las suaves caricias de sus dedos en la cara.

—Ahora... —dijo ella, repitiendo la palabra pero sin saber qué decir.

—¿Quieres que intente mantener yo la cabeza fría? —se ofreció él.

Ellen supo con total certeza que si respondía afirmativamente, Jacob apartaría la mano de su mejilla, no se acercaría ni un centímetro más a ella, no la besaría, y no haría ninguna de las cosas que ella deseaba.

Y en lugar de responder afirmativamente, se dejó llevar por lo que había deseado tan intensamente la noche anterior. Se dejó llevar por lo que quería.

Alzó los ojos para mirarlo, primero a los ojos y después a la cara, y después levantó una mano y la hundió bajo los cabellos castaños en la parte lateral de la cabeza.

—Quizá no muy fría —susurró ella.

Esta vez Jacob le puso la palma de la mano en la mejilla, se inclinó hacia delante y la besó. Despacio, sin prisas, pero con una sensualidad inconfundible que buscaba la rendición.

Y esta vez Ellen estaba dispuesta a rendirse.

Respondió al beso cerrando los ojos y perdiéndose en el movimiento de sus bocas.

Cuando los labios de Jacob se abrieron, lo mismo hicieron los suyos. Cuando la lengua masculina acarició la suya, ella respondió de la misma manera. Y eso fue todo lo necesario para que se olvidara del pasado y del futuro, de los campos de fuerzas, de los escudos protectores y de sus objetivos.

De todo excepto de que estaba allí con él, un hombre que encendía en su interior sentimientos y deseos que nunca había conocido antes. Un hombre a quien quería entregarse por completo aquella noche. Y eso fue lo que decidió hacer.

La mano que había hundido en sus cabellos unos momentos antes descendió para acariciarle el cuello, y ella no se resistió cuando él la rodeó con el brazo y la pegó a su cuerpo. Ellen dejó que su otro brazo le rodeara la espalda, mientras las bocas se abrían más y las lenguas se encontraban juguetonas y provocadoras.

Hasta el punto de que Ellen sintió la urgente necesidad de quitarle la ropa que cubría el pecho masculino para descubrir lo que había debajo.

Tiró de ella hasta sacarla de los pantalones, y después hacia arriba, y Jacob no la hizo esperar, ya que enseguida, abandonando su boca sólo por un momento, terminó de quitarse el polo antes de volver a capturar la boca femenina con un beso mucho más hambriento que antes.

Ellen le rodeó el torso musculoso y firme con las manos, disfrutando de la sensación de la piel desnuda en los dedos.

Pero ella no era la única que sentía la necesidad de sentir piel contra piel, porque enseguida Jacob utilizó sólo un brazo para sujetarla y usó el otro para desabrocharle los botones de la chaqueta. Ellen sintió cómo los pezones se endurecían, y cómo deseaban sentir una vez más las caricias masculinas.

Los botones se abrieron sin resistencia, y Jacob no necesitó ayuda para quitársela y dejarla en el suelo tras ellos, mientras contemplaba los senos recogidos en el sujetador de encaje que llevaba.

Sin embargo, incluso el tejido de encaje era como una armadura que impedía el contacto directo que ambos deseaban y, tras un momento de acariciarla por encima de la tela, Jacob lo desabrochó por la espalda y deslizó los tirantes por los hombros y los brazos femeninos.

Entonces los labios masculinos descendieron dibujando un sendero a lo largo de la garganta sedosa de Ellen, hasta el hueco de la garganta, y continuaron su camino hasta el lugar donde el sujetador apenas le cubría los senos.

Bajo él, los pezones erectos parecían exigir sus atenciones.

Jacob retiró la tela con los labios y acarició el pezón primero con la nariz y después con la punta de la lengua. Ellen se arqueó hacia él, a punto de perder la cabeza hasta que él tomó el pezón entero con la boca.

Un gemido de placer escapó de la garganta femenina al sentir la satisfacción de tener la boca masculina en ella, despertando toda una nueva gama de sensaciones y deseos en su cuerpo.

Sensaciones y deseos que empezaron a girar alrededor del centro mismo de su ser, ganando fuerza e intensidad a cada momento, mientras él continuaba succionándole los senos y acariciándole los pezones con la lengua, mordisqueándolos con los dientes, torturándola y sabiendo hasta dónde ella podía soportar.

Ellen deseaba más, y deslizó las manos desde los hombros masculinos por la espalda hasta la cintura de los vaqueros. Recorrió la tela hacia delante, donde el creciente deseo de Jacob por ella estaba poniendo a prueba la cremallera, a punto de hacer estallar el botón.

Ellen no pudo evitar sonreír al ver lo mucho que él la deseaba, y tampoco pudo evitar desabrochar el botón y bajar la cremallera para revelar la prueba del deseo.

La reacción de la boca de Jacob en sus senos y el gemido que escapó de ella fueron una prueba más de su intenso deseo cuando ella lo tomó con la mano y exploró todo el poder y la gloria de su virilidad.

Después, Jacob le quitó los pantalones y el resto de la ropa que la cubría de cintura para abajo, antes de quitarse sus propios vaqueros, y quedar desnudo junto a ella.

Entonces fue cuando comenzó la verdadera tempestad. Cuando las manos se exploraron sin vacilación, cuando ella recorrió cada centímetro de él con los dedos mientras él continuaba acariciando y torturando sus senos con la boca mientras con la mano buscaba entre las piernas femeninas e inspiraba un frenesí de pasión y de deseo tan inimaginable que dejó a Ellen sin respiración.

Estaban tendidos de costado, cara a cara, y Jacob alzó la pierna femenina y se rodeó la cadera con ella, encontrando el lugar entre sus muslos no sólo con la mano y con los dedos y deslizándose en ella centímetro a centímetro hasta quedar totalmente envuelto por el lugar más recóndito del cuerpo femenino.

Rodeándole los hombros con un brazo, la mantuvo pegada a él mientras con el otro la sujetaba por la cintura y la ayudaba a moverse con él. A moverse rítmicamente, cadera contra cadera. A separarse y alejarse de ella antes de regresar de nuevo. Una y otra vez, penetrándola profunda y plenamente, excitándola hasta que la llevó hasta un climax tan sublime que ella apenas se dio cuenta de que él

había alcanzado su propio climax, y que ambos se habían convertido en un solo ente, un solo ser. Un todo completo e inseparable.

Y entonces, totalmente saciados y agotados, se fueron relajando y recuperando el aliento: Ellen dejó caer la frente sobre el pecho masculino.

—Desde luego no a medio metro de distancia —susurró ella.

El se movió en su interior.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Medio metro de distancia? —dijo él, desafiante.

Ellen rió suavemente.

—Me temo que no.

—Mejor, porque no voy a ninguna parte —dijo él, apretándola contra él.

Le alzó la cabeza y la besó una vez más, en un beso lento y profundamente íntimo. Después, preguntó, con una voz áspera y profunda:

—No te arrepientes, ¿verdad?

Ellen le sonrió.

—En absoluto. ¿Y tú?

Él le respondió con una sonrisa que era una respuesta evidente.

Después cerró los ojos como si no pudiera mantenerlos abiertos más.

Pero a Ellen no le importó porque sus párpados se cerraban, y allí, pegada a Jacob, con Jacob todavía dentro de ella, lo único que deseaba era dormir.

Dormir un rato en aquel momento en el que todo parecía estar hecho a medida, y el único campo de fuerzas era el que los rodeaba y los mantenía unidos.

Capítulo 16

Después de hacer el amor una segunda vez durante más tiempo y más pausadamente que la primera, Jacob había llevado a Champ y a Ellen a su habitación. Allí dejó a la perrita en un sofá y después se acostó junto a Ellen.

Cuando despertó el domingo por la mañana con Ellen tendida de costado y de espaldas a él, y él abrazándola por detrás, Champ estaba acurrucada en la almohada, con la cabeza apoyada en su cuello.

Jacob no pudo evitar una sonrisa al visualizar la imagen que formaban, pero era agradable. Una forma muy agradable de despertar. Mucho más agradable que despertar solo día tras día. En la cama, en la habitación, en la casa, como siempre se había despertado.

Para no molestar a Ellen, Jacob deslizó el brazo por debajo de la almohada, agarró a la perrita, que se había despertado, y se levantó. Por un momento permaneció de pie junto a la cama, mirando a Ellen, observando los cabellos rizados sobre la almohada, la piel pálida y sedosa, la nariz recta y perfecta, y el tono rosado de los labios. También el hombro desnudo que se asomaba por la esquina de la sábana que cubría su cuerpo. Y fue como si algo en su interior se abriera y una oleada de calor lo recorrió de arriba abajo.

«Qué raro», pensó.

Dejó a Champ en el suelo un momento para ponerse unos pantalones de chándal y sacarla al jardín, tratando de no hacer ruido para no despertar a Ellen.

Bajó las escaleras y cruzó la cocina en dirección a la puerta de atrás. Salió al exterior y dejó a la schnauzer en el suelo. Después se sentó en una tumbona cercana para disfrutar de la agradable

mañana.

Pensó que Ellen y él podrían desayunar allí. Podía preparar unos huevos con beicon, tostadas, zumo de naranja y café y disfrutar de la mañana del domingo leyendo los periódicos en el jardín con Champ jugueteando a su alrededor.

Eso sería como un domingo por la mañana en familia, ¿no?, se dijo Jacob sarcásticamente.

Pero la idea era tan tentadora y tan fuerte que volvió a pensar en lo agradable que era tener a Ellen con él allí. Ellen era el complemento que faltaba en aquella casa.

¿Acaso estaba reavivando los viejos sueños infantiles de tener una feliz vida familiar en una casa que no había tenido mucho de feliz ni tampoco de familiar?

¿O era la presencia de Ellen lo que daba nueva vida a sus antiguas ilusiones?

Jacob admitió que podía ser cualquiera de las dos posibilidades, pero rápidamente se recordó que lo más importante en su vida era el trabajo. El trabajo estaba por encima de todo. El trabajo era su vida. El trabajo era lo único que nunca lo podría defraudar como lo habían defraudado las personas.

Pero por alguna razón que no alcanzó a comprender, en ese momento no le sirvió de consuelo. Pensar en el trabajo no hacía desaparecer los sentimientos que Ellen y su presencia en su vida despertaban en él.

De hecho, le recordó a Gilbert Harrison.

Gilbert Harrison, cuyo trabajo era su vida. Y que ahora estaba desesperado por mantener su trabajo porque no tenía nada más.

¿Eso era lo que deseaba para él?, se preguntó Jacob. Hasta entonces eso parecía. Hasta ese momento, su respuesta inequívoca hubiera sido «sí, eso es exactamente lo que quiero».

¿Pero ahora?

¿Ahora que tenía una ligera idea de lo que era tener a Ellen con él

en la casa y en otros muchos sitios? ¿Ahora que sabía lo que era desear verla todos los días después del trabajo? ¿Hacer cosas con ella? ¿Compartir su vida con él?

De repente no estaba tan seguro.

¿Sólo trabajo? ¿Exclusivamente trabajo? ¿Para el resto de su vida?

Maldición. De súbito, aquel plan ya no parecía un plan de futuro sino un castigo.

Miró a su alrededor, preguntándose si el lugar no había alterado su visión de la realidad.

No. Ellen tenía razón la noche anterior al decirle que desde pequeño había aprendido a protegerse y a erigir una barrera entre el mundo y él por temor a ser abandonado de nuevo. Como habían hecho sus padres.

Champ se acercó trotando a su lado y apoyó las patas delanteras en su pantorrilla. Jacob se echó hacia delante y la sentó en su regazo, a la vez que le acariciaba la espalda.

—Creo que ayer te mentí —confesó a la perrita—. ¿Recuerdas que te dije que con Ellen lo tenía todo bajo control? ¿Y que con ella sabía hasta dónde podía llegar sin involucrarme demasiado? ¿Que era una situación temporal que cortaría antes de alcanzar un punto sin retorno? No era la verdad. Ni mucho menos.

La perrita lo miró como si lo entendiera, y Jacob habría jurado que la pequeña schnauzer le estaba diciendo algo así como que no la había engañado ni por un momento.

Quizá se había engañado a sí mismo. Quizá en el fondo quisiera que algo sucediera.

Si la alternativa era terminar como su antiguo profesor de universidad, totalmente solo con el único consuelo de su trabajo, y pasar los fines de semana también solo en la casa donde había experimentado la más terrible de las soledades, por supuesto que quería que sucediera algo.

¿Pero qué?

La respuesta no tuvo que meditarla mucho.

Sabía exactamente qué era lo que deseaba.

Lo que quería era lo que había tenido desde que conoció a Ellen. Lo que tenía con ella. La quería a su lado, en su casa. La quería en la ciudad y en su vida. Quería un futuro para los dos, juntos.

Reconocerlo supuso un paso tan monumental para él que por un momento se sintió mareado. Y no muy seguro de si ésa era la decisión acertada.

¿Y si la dejaba entrar en su vida, bajaba la guardia y empezaba a contar con ella? ¿Y si una vez que confiara en ella, ella lo abandonaba? ¿Qué pasaría?

Jacob conocía perfectamente la respuesta porque lo había sufrido en dos ocasiones. Primero con el abandono de su padre, y después con el de su madre. Sabía perfectamente qué sentiría. Sabía lo terrible que sería. Conocía perfectamente el proceso: primero la incredulidad y la negación, después la esperanza de que las cosas volvieran a ser como antes; a continuación la rabia, la frustración y la desilusión al tener que aceptar la dura realidad, y por fin la depresión y el hundimiento al volver a aceptar finalmente que estaba solo, completamente solo.

Sin embargo, ni siquiera al recordar los peores momentos de su vida podía olvidar la imagen de Ellen.

Ellen dormida desnuda en su cama tal y como la había dejado unos momentos antes.

Pero Ellen también era la persona cariñosa y atenta que había bajo la superficie, una mujer terriblemente fiel a su hermana, su cuñado y su sobrina. Una mujer tenaz que continuaba con el deseo de concebir un hijo a pesar de todos los fracasos anteriores y de no contar con el apoyo de un marido. Una mujer para quien la familia era importante, demasiado importante para abandonarla.

Una persona en la que incluso alguien como él podía confiar.

Jacob levantó a Champ y la miró a los ojos.

—Y soy muy afortunado —le dijo—. Porque no creo que de ahora en adelante merezca la pena vivir sin ella.

Champ pareció aprobar la conclusión lamiéndole la punta de la nariz y moviendo la cola.

—¿Qué te parece si despertamos a Ellen y le preguntamos si está dispuesta a intentarlo?

La perrita respondió alzando las orejas, y Jacob se echó a reír.

—Eso mismo digo yo —dijo, mirando a su alrededor y viendo la casa una vez más como siempre la había imaginado en sus sueños infantiles, como el acogedor hogar de una familia feliz.

Capítulo 17

—¿Champán para desayunar? —preguntó Ellen sorprendida.

—Champán con zumo de naranja —la corrigió él.

Los besos y lametazos de Champ habían despertado a Ellen una hora antes. Al abrir los ojos, se encontró también a Jacob sentado en el borde del colchón, mirándola como si esperara su turno para besarla.

Después de otra serie de besos, éstos humanos, más cálidos y excitantes, Jacob la informó de que estaba preparando el desayuno para servirlo en el jardín y le dio cuarenta y cinco minutos para ducharse y arreglarse.

Cuando Ellen se reunió con él en el jardín, se encontró con un exquisito desayuno. Con cóctel de champán incluido.

—Esto es maravilloso —dijo ella, sentándose en la silla que él le sujetaba—. Debo decir que tus habilidades culinarias me han impresionado. Parece que estamos celebrando algo.

Jacob hizo una cómica inclinación, y después se sentó frente a ella a la mesa redonda de hierro y cristal.

—Podríamos estar celebrando algo —dijo él, con cierto tono misterioso en la voz—. Quién sabe, a lo mejor es así.

Ellen se echó a reír.

—Es domingo por la mañana. Creo que hay una ley que prohíbe ser tan enigmático los domingos por la mañana, sobre todo antes del desayuno.

—¿Lo quieres más directo? —dijo él, riendo—. Esta bien. Hace un rato he salido al jardín con Champ, y he estado pensando. Más bien reconociendo.

Había algo en su tono de voz que alertó a Ellen. Jacob estaba hablando en serio.

—Pensando y reconociendo —repitió ella—. ¿En qué?

—Tú. Esta casa. Tú y yo. En esta casa.

La única respuesta de Ellen fue una señal para que continuara.

—Estaba pensando cómo ha cambiado mi vida desde que te conocí. Cuánto me has aportado. Y quizá las antiguas ilusiones de infancia de formar mi propia familia, aquí en esta casa, siguen vivas. Y que la idea de que tú y yo formemos una familia es maravillosa.

Ellen estaba segura de que la sorpresa y la incredulidad tenían que reflejarse en su expresión.

—Eso es mucho pensar —dijo ella, tratando de adivinar adonde quería ir a parar, y a la vez tratando de reprimir la emoción que las palabras masculinas estaban provocando en su interior.

—Eso es sólo el punto de partida —dijo él, con una media sonrisa que le aceleró los latidos del corazón—. Lo que quiero decir es que incluso a pesar de que no nos conocemos desde hace mucho tiempo, nos compenetramos. Creo que hemos encontrado algo maravilloso el uno en el otro, y en estar juntos. Y quiero que continúe —los ojos azules de él le sostuvieron la mirada—. Quiero que continúe, y continúe, y continúe.

Ellen sabía que no deseaba en absoluto que lo que había comenzado entre ellos terminara, pero apenas sabía qué responder.

—Ha sido increíble —confirmó ella.

—No has probado el desayuno —dijo él, a pesar de que él mismo tampoco lo había tocado.

—Me estás dando mucho que digerir —bromeó Ellen, y con la esperanza de obtener una explicación un poco más aclaratoria, preguntó —: ¿Quieres celebrar que nos hemos conocido?

—Espero que podamos celebrar mucho más que eso. Espero que podamos celebrar adonde vamos a partir desde aquí.

—¿Adonde te gustaría?

—Te quiero en mi vida para siempre. Quiero que tengamos y construyamos una vida juntos.

Ellen era consciente de que había abierto desmesuradamente en los ojos. Tanto que Jacob se echó a reír.

—Lo sé —continuó él en respuesta a su reacción—. Ha sido todo muy rápido. Debe de parecer que quiero que hagamos alguna locura, pero no es eso en absoluto. De hecho, lo que quiero es ir despacio.

—Bien —dijo Ellen, como si las palabras masculinas la aliviaran, aunque en realidad todavía no sabía qué era lo que él deseaba.

—Dejemos el tratamiento de fertilidad de momento —dijo entonces él—. Quiero que nos concentremos el uno en el otro. Que nos concentremos en conocernos, y que estemos juntos y solos durante un tiempo. Después podemos pasar al siguiente paso, sellar nuestro futuro juntos, formar formalmente una familia y un hogar. Entonces te prometo que haré todo lo imposible para dejarte embarazada.

Jacob terminó con otra de sus irresistibles sonrisas, que insinuaban que se refería tanto al lado sexual como al médico.

Pero esta vez sus palabras provocaron una reacción menos positiva en Ellen.

—No puedo continuar posponiendo el tratamiento de fertilidad —respondió ella, tajante.

—No será mucho tiempo —prometió él—. Mira lo lejos que hemos llegado en tan poco tiempo. Sólo quiero disfrutar de un tiempo contigo al principio, solos, sin las hormonas del embarazo y los preparativos para la llegada del bebé. ¿Es mucho pedir? Además, tendrás tu propio especialista en fertilidad particular a tu disposición cuando estemos listos.

Ellen entendía su punto de vista, y sabía que Jacob se merecía poder disfrutar de toda su atención antes de introducir una tercera persona en la relación.

Pero no podía hacer lo que había hecho ya una vez con Brandon.

El tiempo jugaba en su contra, y cuanto más mayor, aunque sólo fuera otro año, el riesgo de no concebir aumentaba.

Además, aunque él no dejaba de lado sus necesidades, sus objetivos, y sus deseos más fervientes, tampoco los colocaba en primer lugar. Y ella temía volver a emprender un viaje en el que sus deseos y sus necesidades quedaban en segundo plano.

—No puedo —dijo ella.

—¿No puedes qué?

—No puedo dejar el tratamiento de fertilidad. Aunque sea por poco tiempo.

—Yo soy tu médico y digo que puedes —dijo él, con una picara sonrisa.

—Aún no eres mi médico, pero al margen de eso no puedes darme ninguna garantía de que posponer el tratamiento no significará una reducción de las posibilidades de quedarme embarazada —dijo ella.

—Nadie puede darte esas garantías, ni yo ni nadie.

—Pero los dos sabemos que el tiempo es importante.

—Pero si no ocurre, podemos adoptar, o buscar una madre de alquiler...

Y eran opciones que ella estaba dispuesta a aceptar en caso de que fuera necesario, pero ahora no podía suspender el tratamiento por otro hombre. Otro hombre que parecía restar importancia a algo que era fundamental para ella. —Si hay alguna manera de quedarme embarazada, eso es lo que quiero.

La expresión de Jacob se ensombreció y se endureció, y Ellen vio una vez más al hombre frío y distante del primer día.

—O quizá lo que no quieres es a mí —dijo él, echando los hombros hacia atrás.

—No es eso, en absoluto —se apresuró a responder ella, con total sinceridad—. Estos días contigo han sido tan increíbles para mí como para ti. Todo lo que me has dicho hasta ahora me ha puesto la carne

de gallina, todo excepto la sugerencia de dejar a un lado el tratamiento. No puedo hacerlo, y no lo haré. Si no quieres hijos tanto como yo y enseguida, lo siento, pero no puedo posponerlo por más tiempo —terminó ella, con un tono de ultimátum en la voz.

—¿Y si los quiero un poco más adelante? —dijo él, en el mismo tono de voz.

Ellen negó con la cabeza.

—No puedo esperar.

—Pero tenemos que formar un equipo, ser una unidad consolidada antes de ser padres. Tenemos que aprender a cuidarnos el uno al otro antes de embarcarnos en el proyecto de cuidar a un bebé —razonó él.

—No puedo esperar a que todo sea perfecto. No puedo permitirme el lujo de esperar —repitió ella, con firmeza—. No puedo dejar pasar lo que puede ser mi última oportunidad.

Champ se acercó a la silla de Jacob, y éste la alzó del suelo afretándola contra su pecho. Ellen tuvo la sensación de que estaba utilizándola como escudo protector frente a ella.

—No puedo creer que no quieras esperar un poco —dijo él, furioso.

—Y yo no puedo creer que no seas capaz de entender lo que esto significa para mí —respondió ella, manteniendo su postura.

A pesar de lo fácil que sería bajar la guardia, ponerse en sus manos y confiar en los milagros de los que era capaz el gran doctor Jacob Weber.

De lo tentador que resultaba rendirse y aceptar su sugerencia para poder tenerlo a él.

Pero no podía hacerlo.

Durante un largo rato, ninguno de los dos habló.

Y cuando por fin Ellen no pudo seguir soportando el silencio, se puso en pie.

—Lo siento.

Jacob continuó mirando a Champ y acariciándola suavemente, sin reaccionar a las palabras de Ellen ni a su disculpa.

—Llamaré a mi hermana para que venga a recogerme. Así no tendrás que molestarte en llevarme a casa.

Jacob tampoco respondió.

Y aunque ella estaba tentada a suplicarle que no fuera tan testarudo y no erigiera una vez más los muros protectores a su alrededor, no lo hizo, consciente de que para ello tendría primero que acceder a su propuesta.

Y eso no podía hacerlo.

Capítulo 18

Las tres semanas siguientes fueron las más largas de su vida. Desde que se levantó de la mesa en el jardín de la mansión de los Weber junto a la universidad, Ellen no volvió a ver a Jacob, a pesar de que continuaba con el tratamiento de medicina china en su consulta.

El único contacto que tuvo con él fue a través de su enfermera, quien la informó de que el doctor Weber no realizaría el tratamiento *in vitro* posterior al tratamiento de la doctora Schwartz, sino que lo haría su anterior especialista, con quien él ya se había puesto en contacto.

Ellen se alegró de que al menos Jacob no quisiera sabotear lo que ella consideraba su última oportunidad de concebir un hijo.

Pero se sentía terriblemente mal. Lo echaba muchísimo de menos, y pensaba en él continuamente. Apenas podía concentrarse en el trabajo, y la idea de que pudiera estar cerca cuando ella estaba en la consulta multiplicaba sus deseos de verlo, de hablar con él, de escuchar su voz. De que la rodeara con sus brazos y le dijera que había cambiado de opinión.

Pero eso no ocurrió, y Ellen tampoco dio su brazo a torcer. No podía hacerlo.

Por eso, cuando la doctora Schwartz terminó el tratamiento con ella a finales de septiembre y le dijo que se pusiera en contacto con ella tres meses después para informarla del resultado del tratamiento *in vitro*, Ellen no pudo hacer más que dirigir una rápida mirada hacia la puerta cerrada del despacho de Jacob y marcharse.

— ¿Fecha de su última menstruación?

Ellen extrajo su agenda del bolso y comprobó las fechas.

—Tiene bastante retraso —dijo la enfermera—. ¿Es posible que pueda estar ya embarazada?

Ellen se echó a reír.

—¿Embarazada? Para eso estoy aquí, para quedarme embarazada.

—Sea como sea, será mejor que hagamos un análisis de orina —sugirió la enfermera—. No nos llevará mucho tiempo.

Ellen esperó los resultados en la consulta, diciéndose que era imposible, pero...

Poco después, entró su ginecólogo con una sonrisa en los labios.

—Lionel —dijo ella, que esperaba ver a la enfermera, no al médico.

—No tengo ni idea de lo que hiciste el mes pasado, pero el análisis es positivo. Estás embarazada, Ellen.

Ellen sintió que el mundo se detenía en ese momento.

—Parece que por fin vas a ser madre —añadió el médico.

Y Jacob iba a ser padre, fue casi lo primero que pensó ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el ginecólogo, al verla tan pálida.

Le puso una mano en el brazo.

—Sí, sí, estoy bien —logró balbucear ella. Y en un susurro, añadió —: ¿Estás seguro?

El médico se echó a reír.

—Haremos un análisis de sangre para confirmarlo, pero hoy en día estos análisis de orina tienen una fiabilidad muy alta, y estoy prácticamente seguro de que vas a tener un hijo. Enhorabuena.

Cuando llegó a casa, Ellen cerró la puerta, dejó el bolso y las llaves en el aparador de la entrada y se sentó en el sofá, sin poder dejar de repetirse la misma frase una y otra vez, como si tuviera que convencerse de que era cierto, mientras reía y lloraba a la vez.

«Estoy embarazada, estoy embarazada».

—Claro que es cierto —dijo en voz alta—. Por alguna razón que no lograré entender ni en un millón de años, una noche con Jacob ha

conseguido lo que llevo intentando toda una vida.

Y quería decírselo.

Con incredulidad se dio cuenta de que su primera inclinación no fue llamar a su hermana ni a ninguno de sus amigos para comunicárselo, sino decírselo a Jacob.

Como si decírselo a él, y sólo a él, lo hiciera más real.

Sin embargo, no podía descolgar el teléfono y llamarlo. No después de cómo habían quedado las cosas entre los dos y la guerra fría de las últimas tres semanas en su consulta. Ni siquiera sabía si él querría saberlo.

No quería verla, no quería hablar con ella, y tampoco quería tener un hijo con ella hasta algún momento indefinido del futuro.

Pero para ella tener un hijo era tan importante que no podía imaginar que el padre de ese bebé no quisiera conocer su existencia y no se alegrara de la noticia.

Pero Jacob era así, se recordó Ellen. Jacob, cuyos padres lo habían abandonado en su adolescencia; Jacob, que por primera vez en su vida se había quitado con ella la máscara de arrogancia que lo protegía del resto del mundo, y sólo había obtenido un rechazo.

El rechazo de Ellen.

Que ahora estaba embarazada de él.

Otra posibilidad era no decir nada. Dejar creer incluso a la doctora Schwartz que el embarazo era fruto del tratamiento in vitro, y tener su hijo sin más ataduras ni complicaciones. Un hijo que fuera exclusivamente suyo, sin interferencias.

Sin Jacob.

Además, incluso si se lo decía y su reacción no era totalmente negativa, ¿qué clase de padre sería? ¿El mismo Jacob hosco, frío y distante? Porque si ése era el caso, no sería un buen padre. Desde luego no sería el padre que ella deseaba para su hijo.

Sin embargo, al recordar los cuidados que Jacob había tenido con la pequeña Champ y el cariño con que la trataba, Ellen descartó esa

posibilidad.

También recordó los juegos y atenciones de Jacob con su sobrina Janey el día de su cumpleaños.

No, Jacob sería un padre maravilloso. Si quisiera serlo.

Pero ése era el problema, que no quería serlo, o al menos no quería serlo todavía.

Eso era lo que había afirmado antes de saber nada del embarazo. ¿Cambiaría ahora de opinión?

¿Y si se lo decía y él volvía con ella llevado sólo por su sentido de la responsabilidad, el deber y la obligación, no por ella ni por el bebé?

Quizá debería concentrarse en olvidarse de él y continuar con su vida, se dijo, pero lo cierto era que no sabía qué hacer.

Sin embargo, tras analizar la situación una vez más, llegó a la conclusión de que la idea de ver a su hijo sin padre en su vida era como una pesadilla y un tormento, y que no podía abandonar sin intentar llegar a una solución con él. Además, aunque Jacob no quisiera tener un hijo, tenía derecho a conocer su futura existencia.

Porque ella lo quería a él tanto como siempre había querido tener un hijo.

Capítulo 19

Al día siguiente era viernes, y puesto que Ellen no tenía que asistir a ningún juicio, decidió tomarse un día por asuntos propios.

Su ginecólogo la llamó con el resultado de los análisis de sangre a las cinco de la tarde, con la confirmación del embarazo, y ella se dejó caer en el sofá para absorber la noticia.

Estaba embarazada, lo que significaba que iba a tener que hacer lo que llevaba temiendo las últimas veinticuatro horas.

Ver a Jacob y decírselo.

Pero no podía presentarse ante él por primera vez en tres semanas sin arreglarse un poco, y sacando fuerzas de flaqueza, se duchó, se maquilló y se perfumó antes de elegir cuidadosamente la ropa: unos pantalones de tela negros y una blusa de encaje con transparencias que resaltaban las suaves redondeces de su cuerpo. Dejándose el pelo suelto en una suave cascada de rizos rubios, se puso unos zapatos de tacón alto y se plantó delante del espejo.

—Si esto no lo deja muerto, es que ya lo está —dijo en voz alta a su reflejo en el espejo.

Después salió del apartamento antes de que toda su valentía se esfumara.

Como desafortunadamente ocurrió durante el trayecto hasta la casa de Jacob.

Sin embargo, se obligó a aparcar el coche delante de la casa y bajar.

En la ventana del salón había luz, lo que indicaba que él estaba en casa, aunque las cortinas estaban echadas. ¿Estaría con alguien?

Aquella posibilidad casi le hizo dar media vuelta y montarse de

nuevo en el coche, pero se armó de valor y se encaminó hacia la puerta.

Llamó al timbre, y mientras esperaba se dijo que debía haber llamado antes. Durante un segundo se imaginó a sí misma desde fuera: una mujer que se presentaba inesperadamente y vestida para matar en casa de un hombre que no deseaba verla, para decirle que estaba embarazada de él.

Estaba a punto de dar media vuelta y echar a correr, o esconderse entre los arbustos, cuando la puerta se abrió. Allí estaba Jacob, en vaqueros y con un polo rojo, con Champ en brazos y una expresión que no era en absoluto la que ella hubiera deseado ver. Tenía las cejas fruncidas sobre la nariz y sus oscuros ojos azules clavados en ella como si la atravesaran.

—¿Ellen?

—Hola —respondió ella, casi en un susurro—. Me gustaría hablar contigo.

Jacob continuó mirándola fijamente, clavándola en el sitio con una intensidad que la debilitó aún más.

Pero Ellen se recordó que ya lo había visto así el día que lo conoció, y que entonces había terminado consiguiendo lo que quería. Todo lo que quería, aunque no de la manera que había imaginado. Eso le dio fuerzas para continuar.

—Tengo que decirte una cosa.

Jacob se hizo a un lado para que entrara, aunque no la invitó a pasar.

Champ al menos se alegró de verla y cuando Jacob dejó a la perrita en el suelo, la schnauzer siguió a Ellen hasta el salón, donde ésta se quedó de pie, sin sentarse.

Jacob no llegó a entrar en el salón, sino que se limitó a apoyarse en el arco que comunicaba la espaciosa estancia con el vestíbulo y cruzar los brazos mientras miraba a Ellen, esperando a que ella hablara.

—Disculpa si he venido en un mal momento —comenzó ella, un poco nerviosa.

—Acabo de volver de la consulta. No es ni un mal ni un buen momento —dijo él, con la arrogancia que lo caracterizaba.

—Quizá no debería haberte molestado —dijo ella, casi pensando en voz alta, preguntándose si estaba cometiendo la terrible equivocación de creer que todavía significaba algo para él.

—No me molestas —dijo él.

A pesar de que la actitud masculina continuó siendo la misma, Ellen vio la vacilación en los ojos azules. Eso le dio fuerzas para continuar.

—¿Quieres dejarlo de una vez? —dijo entonces, mostrando su irritación.

Jacob arqueó una ceja.

—¿Que deje qué? —preguntó él.

—Dejar de ser ese Jacob —respondió ella.

—¿Qué Jacob?

—El que eras cuando nadie sabía qué ocurría en tu vida. El que se asegura de mantener a todo el mundo a distancia. Sé el otro Jacob, el que eras la última vez que estuvimos juntos,

—Tampoco querías a ése, si no recuerdo mal.

Lo había herido. Ellen se dio cuenta de repente de que lo que había en la expresión de sus ojos y en la postura de su cuerpo era un escudo protector.

—Sí que lo quería —dijo ella, suavemente, pensando que si no daba ese paso él nunca lo haría—. Y lo sigo queriendo.

Jacob arqueó la ceja otra vez.

—¿Eso es lo que has venido a decirme?

En su voz había un leve tono de esperanza, que a Ellen le rompió el corazón.

—Eso y más —dijo ella—. Pero no estoy segura si lo otro te gustará.

—¿Qué ocurre, Ellen? —preguntó él, yendo directamente al grano.

Ellen aspiró hondo y decidió lanzarse de cabeza.

—Estoy embarazada, Jacob —dijo en voz tan baja que no estuvo segura de que Jacob la había oído hasta que lo vio palidecer visiblemente.

—Embarazada —repitió él—. El estudio acaba de terminar. Como mucho, sólo has tenido tiempo para ir a ver a tu ginecólogo una vez.

—Ayer —confirmó Ellen—. Entonces fue cuando la enfermera se dio cuenta de lo que a mí se me pasó por alto, porque las últimas tres semanas he estado demasiado absorta pensando en ti para darme cuenta del retraso. Me hicieron un análisis de orina en la consulta, que dio positivo, pero también hicieron uno de sangre, y me han dado los resultados hoy.

—¿Y estás embarazada?

Ellen asintió con la cabeza.

Y esperó.

Se daba cuenta de que la primera reacción de Jacob era de incredulidad, y de que necesitaba tiempo para digerir la noticia.

—¿Embarazada? —repitió él, unos momentos después, con la voz del Jacob que ella tanto deseaba volver a ver.

—Por los pelos, pero sí —dijo ella.

—Mi casa —dijo él, uniendo las piezas del rompecabezas.

Ellen asintió una vez más.

Se hizo otro silencio, que a Ellen se le hizo eterno. ¿Estaría procesando la información? ¿O acaso estaba pensando en cómo felicitarla y mandarla a su casa? Entonces, Jacob soltó una risita y dijo: —Desde luego es mucho más satisfactorio que con las otras mujeres que he dejado embarazadas.

Ellen no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¿Y ahora qué? —preguntó él.

Ella tampoco estaba segura de a qué se refería.

—Sé lo que a mí me gustaría —se aventuró—. Pero este hijo no es lo que tú querías, así que la decisión es tuya.

—No es que no quisiera un hijo —la corrigió él—. Sólo quería un tiempo a solas contigo antes.

—¿No pueden ser suficientes ocho meses y medio? —preguntó ella.

Esta vez él no intentó disimular la mirada que recorrió el cuerpo femenino desde la cabeza hasta los pies, ni tampoco lo mucho que le gustaba lo que veía.

—La verdad es que en estas tres últimas semanas he estado pensando mucho en nosotros y nuestra situación, y hoy he llamado a la doctora Kim para ver si podía seguir tratándote con medicina china otros dos o tres meses.

—¿Por qué?

—Porque pensé que quizá podríamos llegar a un acuerdo. Si Kim continuaba tratándote hasta que estuvieras a un nivel óptimo para concebir, podríamos tener unos meses de luna de miel, tú y yo solos.

Jacob hizo una pausa y se apartó de la pared. Sin dejar de mirarla, se acercó a ella antes de continuar.

—Pero incluso si eso no te parecía bien, iba a aceptar tus condiciones —confesó él—. Porque lo que sentí de niño cuando mis padres me abandonaron no fue nada comparado con cómo me sentí cuando tú te fuiste aquella mañana. Por eso, ocho meses y medio a solas contigo es mejor que nada. Mucho, mucho mejor que nada.

—¿Entonces por qué tenías esa cara de pocos amigos cuando has abierto la puerta y has visto que era yo?

Jacob esbozó una picara sonrisa y dejó que sus ojos recorrieran lentamente el cuerpo femenino.

—¿Con esa ropa? Creía que tenías una cita con otro hombre y sólo te habías pasado por aquí para devolverme algo que se había quedado mezclado con tus cosas.

Ellen sonrió también.

—Sólo quería estar irresistible.

—Pues lo has conseguido —dijo él, tomándola en sus brazos y besándola con una intensidad que expresaba sin lugar a dudas lo mucho que la había echado de menos.

—Tenemos que hablar —dijo ella, sin respiración, tras unos momentos.

—Hablaremos —prometido él, tomándole la boca de nuevo con la suya y apretándola contra él.

Por un momento Ellen pensó que quizá debería insistir en aclarar antes la situación, pero entonces las manos masculinas empezaron a quitarle la ropa, y su cuerpo ardió de unos deseos y una necesidad que sólo él podía provocar y satisfacer, y de repente hablar pareció mucho menos importante.

Ellen le sacó el polo de los vaqueros y con las prisas casi lo rasgó. Después lo dejó en el suelo junto con su blusa.

También colaboró mientras él le quitaba los pantalones, y apenas perdió tiempo en desabrocharle el botón de la cremallera de los vaqueros, empujándolos hacia abajo.

Por fin quedaron los dos otra vez desnudos en el sofá, explorándose con las manos y con las bocas. Acariciándose y excitándose con los dedos. Buscando y encontrando lugares secretos con las lenguas que los llevaron a nuevas cotas de placer. Y los dos cuerpos se unieron una vez más, encajando perfectamente, moviéndose rítmicamente, cada uno llevando al otro a alcanzar un poderoso climax que los envolvió.

Y cuando todo terminó y los dos habían recuperado la respiración, Jacob la hizo rodar de costado con él y la besó en la frente.

—Te quiero —le dijo—. ¿Te lo había dicho alguna vez?

—Sabes perfectamente que no —dijo ella, con una suave carcajada—. Aunque es agradable saberlo.

—No lo dudes nunca —dijo él—. Y otra cosa, nunca dije que no

quisiera tener un hijo. Sólo quería un poco de tiempo para poder tenerte para mí solo.

—Me aseguraré de que el embarazo no lo invada todo —le dijo ella.

—¿Y perderme un solo minuto? Ni hablar. Sólo te pido que no te olvides de mí.

Eso hizo reír a Ellen, que movió las caderas bajo las de él, con sus cuerpos todavía unidos.

—Eres bastante inolvidable. Además, estoy tan enamorada de ti que dudo que pueda olvidarme de ti ni un solo segundo. Jacob inclinó la cabeza para besarla en la boca otra vez, y después la miró intensamente a los ojos,

—Un hijo, ¿eh?

—Un hijo —confirmó ella, con una voz cargada de alegría.

—Sí. Y parece ser que he conseguido lo que nadie pudo antes —dijo Jacob, con una orgullosa sonrisa.

—Y eso te hace sentir muy gallito, ¿eh? —lo acusó ella.

—Es toda una hazaña —insistió él.

—Sí, lo es —dijo ella, besándolo en el pecho y apoyando la cabeza en él, sintiéndose más feliz que nunca.

Y a medida que la respiración de Jacob se hacía más profunda y acompasada, Ellen no pudo evitar pensar que quizá había sido obra del destino, que había impedido su embarazo a pesar de todos sus esfuerzos hasta que llegara el hombre que le tenía reservado.

Hasta que llegó Jacob.

Y pensó que, si ése era el caso, todo el sufrimiento y la frustración que había experimentado hasta entonces habían merecido la pena. Con creces.

Porque la había llevado hasta él. Hasta él y el bebé que por fin iba a tener. Su hijo y el de Jacob. El hijo que siempre había deseado.

Fin